

VÉRTICE



REVISTA NACIONAL DE FALANGE ESPAÑOLA TRADICIONALISTA Y DE LAS J. O. N. S.

Ayuntamiento de Madrid

HOLZAPFEL



COMPANIA
ESPAÑOLA
DE PINTURA
INTERNACIONAL S. A.

Patente INTERNACIONAL para fondos de buques de hierro y acero. Cerca del 40% de la flota mundial emplea esta patente. NAVY BRAND. Composición muy fuerte para el mismo uso y adecuada para navegaciones entre países tropicales o aguas muy sucias. ♦ COPPER PAINT. Composición para fondos de buques de madera. ♦ YACHT COMPOSITION para fondos de buques de regata y recreo. ♦ BLACK TOPSIDE. Pintura para costados de buques. ♦ DAMBOLINA, LAGOLINE, Esmalte SUNLIGHT, UNION JACK, esmaltes para juguetes. Pinturas y barnices secado al aire libre y a la estufa BEDSTEAD PAINT (pintura para camas) FURNITURE VARNISH, FURNITURE ENAMEL. (Barniz y esmalte especiales para muebles). BOOTTOP. Anticorrosiva para la línea de flotación de buques de hierro. ♦ FUNNEL PAINT Pintura ignífuga para chimeneas. ♦ Nuestras pinturas son las de mayor duración y de mayor rendimiento. ♦ Son por lo tanto, las más baratas. ♦ MOTOR PAINT. Pinturas decorativas LAGOMAT. Pintura al agua ODICO (preciosos colores permanentes). Esmaltes y barnices INTERLAC a la nitrocelulosa y demás productos nitrocelulósicos INTERPAST A. y B. En todos los puertos del mundo podemos suministrar nuestras patentes y guardamos depósitos, además, en las principales poblaciones de España.

Fábrica en LUCHANA - ERANDIO (Bilbao)

Oficinas: Ibañez de Bilbao, 8 BILBAO.

Todas las pinturas patentadas HOLZAPFEL, son para toda clase de aplicaciones y usos.
LAS MEJORES DEL MUNDO Y LAS DE MAYOR CONSUMO MUNDIAL.

Ayuntamiento de Madrid



FABRICA MODELO
DE PASTAS
PARA SOPA

CRIPTANA
(CIUDAD REAL)



Honesta Manzanera



EZEQUIEL
DAVALOS

FABRICACION
DE GENEROS
DE PUNTO

CASTELLON

Manufactura General de Correas de Transmisión
GOMAS - AMIANTOS - LUBRICANTES - ACCESORIOS INDUSTRIALES

Falcó Hermanos

FABRICAS DE CURTIDOS = CORREAS DE
CUERO Y CORREAS TEJIDAS DE PELO
DE CAMELLO, ALGODON, CAÑAMO, ETC.

«FRENAUTO»

CINTA DE FRENO PARA AUTOMOVILES = PATENTE 91.615

CORREAS TEJIDAS SIN FIN

FABRICAS EN BENETUSER
CALLE GARCIA HERNANDEZ, 2 AL 18

DESPACHO Y ALMACENES EN VALENCIA

AVENIDA DE NICOLAS SALMERON, 11 = Teléfono 12006

LA SODA CASTELLONENSE



FABRICANTES REUNIDOS
DE BEBIDAS GASEOSAS,
LIMONADAS, SIFONES,
ZARZAS, NARANJADAS
Y CUANTAS BEBIDAS
PUEDAN FABRICARSE
CON AGUAS CARBONICAS

MENDEZ NUÑEZ, 9

CASTELLON
DE LA PLANA

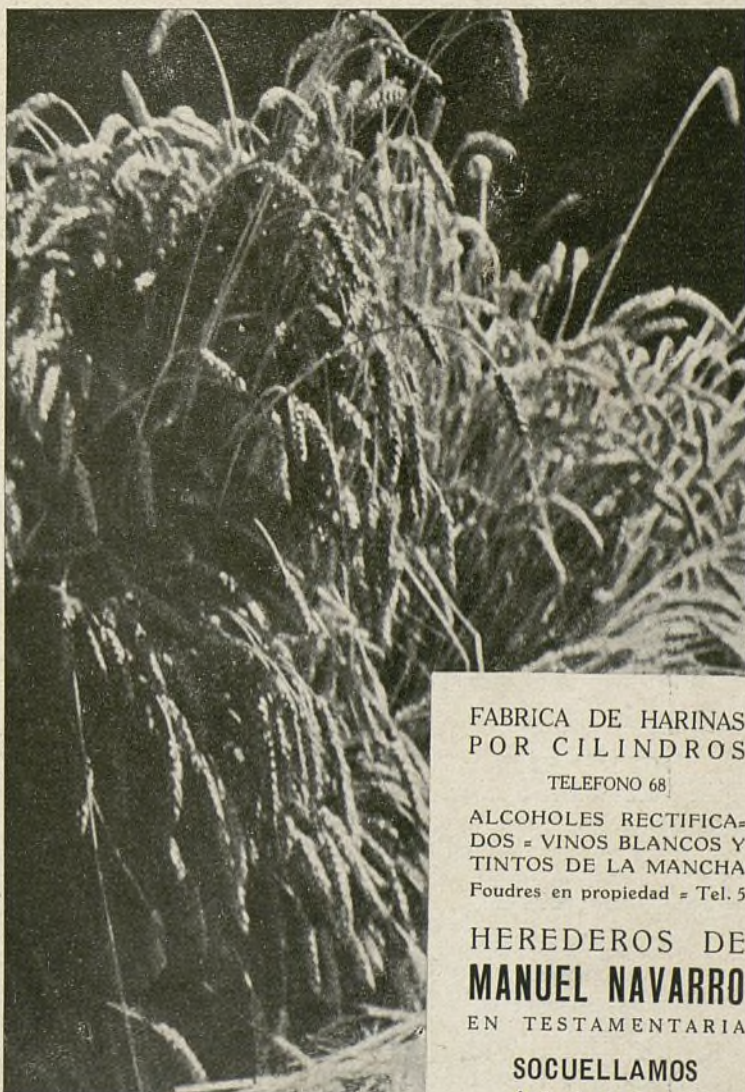
Emilio Arnáu Gallego

FABRICA DE CURTIDOS

ESPECIALIDAD EN DONCOLAS NAU-
MANN Y METIS NAF PARA TRAJES

CANALS
(VALENCIA)

Telegramas: ARNAU



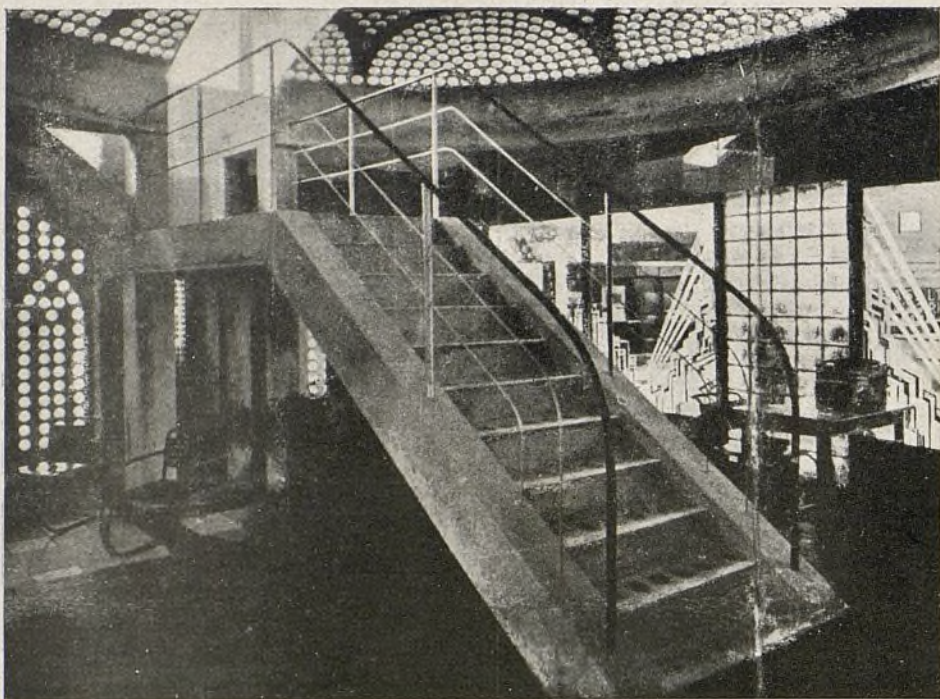
FABRICA DE HARINAS
POR CILINDROS

TELEFONO 68

ALCOHOLES RECTIFICA-
DOS = VINOS BLANCOS Y
TINTOS DE LA MANCHA
Foudres en propiedad = Tel. 5

HEREDEROS DE
MANUEL NAVARRO
EN TESTAMENTARIA

SOCUELLAMOS
(Ciudad Real)



LA TECNICA MAS DEPURADA DE LA INDUSTRIA VIDRIERA LA HALLARA USTED EN

LAS LUNAS PULIDAS EN BLANCO
Y COLORES - BALDOSAS BRUTAS
Y PULIDAS - LOS VIDRIOS IMPRESOS, CATEDRALES, DECORATIVOS Y ARMADOS - LOS PRODUCTOS OPACOS DE COLORES

"CRISTAÑOLA"
MARCA REGISTRADA

BALDOSAS, TEJAS Y PAVES DE VIDRIO

"ESPERANZA"

CRISTANINAS DE TODOS ESPESORES

VENDIDOS EN EXCLUSIVA POR

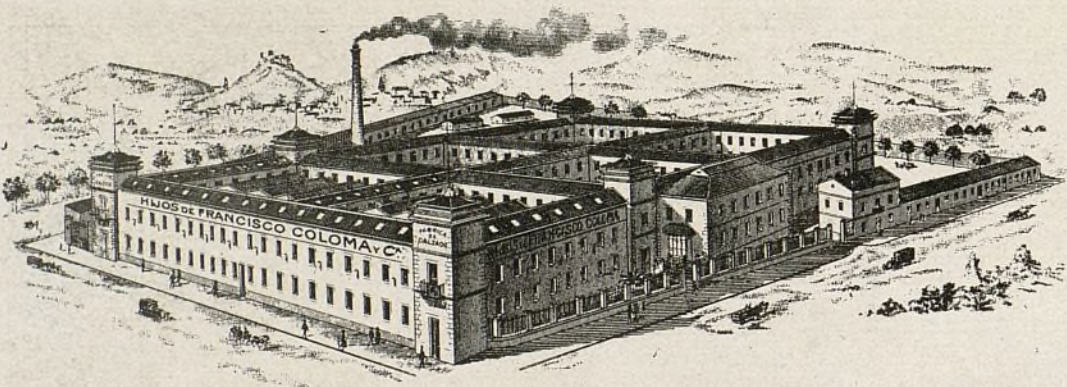
EXPLOTACION DE INDUSTRIAS, COMERCIO Y PATENTES, S. A.

Avenida del Generalísimo, 14 ● Apartado núm. 1.218 ● Teléfono 51755 ● MADRID

PRODUCTOR NACIONAL DE LAS LUNAS DE SEGURIDAD, INASTILLABLES

"SECURIT"
MARCA REGISTRADA

Agencias: BARCELONA, Provenza, 206 y 208; BILBAO, Rodríguez Arias, 8; VALENCIA, Don Juan Villarrasa, 21



F A B R I C A
D E
C A L Z A D O S

A L M A N S A

CALZADOS COLOMA, S. A.

TORTOSA Y DELGADO

SUCESOR

FABRICA DE HILADOS Y TEJIDOS DE LANA Y ALGODON

O N T E N I E N T E





VINOS



PEDRO AGÜERO

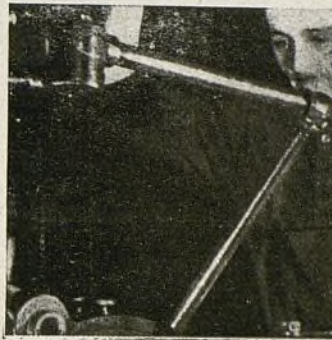
Bodega "LA AURORA" - Vinos y Alcoholes

TELEFONO 25

C R I P T A N A
(C I U D A D R E A L)

ASKAL

J. MONTERO Y C.



MAQUINARIA INDUSTRIAL

Reparación y transformación de instalaciones defectuosas. Ascensores eléctricos montacargas industriales. Montaplatos eléctricos y a mano. Montacargas. Calefacción por agua caliente, por termosifón, condensador y bomba. Calefacción por vapor. Limpieza por el vacío.

LISTA, núm. 45 - TELEF. 53609

M A D R I D

CUCHILLERIA

S.

GAVILAN

(S. Marca establecida en 1828)

TELEFONOS:

FABRICA NUM. 8

DESPACHO NUM. 18



MARCA DE FABRICA
S. GAVILAN

Gran Fábrica de CUCHILLERIA

SANTA CRUZ DE MUDELA (Ciudad Real)

Arvik

(SIGNO DE GARANTIA)

UN PRODUCTO

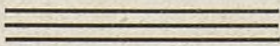
de la "FABRICA
de LICORES
ARVIK"

LA CORUÑA

RON VIEJO CUBANO
"CAMAGUEY" Solera

Indiscutiblemente

EL MEJOR
EL UNICO



Manuel PUCHE

VINOS FINOS
DE MESA

Carretera Solana, 23

MANZANARES
(CIUDAD REAL)



ANTONIO CARRASCO

Apoderado: CIRIACO CARRASCO

MINAS Y FABRICAS
DE PULVERIZACION
DE BLANCO DE ESPANA,
ABONOS MINERALES,
SERRETERIA Y MADERAS

TELEFONO 76

(Albacete)

LA RODA

JOVER & C^A

BANQUEROS

Via Jose Antonio (Antes Layetana) 64 Junto a la Plaza Urquinaona

BARCELONA

CASA FUNDADA EN 1737

OPERACIONES BANCARIAS DE TODAS CLASES

Dirección telegráfica JOUERG — Dirección postal. Apartado 80

Telefonos numeros 14 004 14 005 y 14 006



Casa en
BUENOS AIRES
CABRERA, 3.673

Casa en
NEW-YORK
52-Stone Street

Hijos de Ybarra

Cosecheros y exportadores de aceites y aceitunas

Apartado, 15

SEVILLA - ESPAÑA



PAPELITOS DE LA SALUD o SALVA INFANTES

De eficacia para la dentición y las dolencias infantiles.—De venta en Farmacias, Droguerías y Centros de Específicos.

Es un producto nacional.

Preparado en el Laboratorio C A M P S.

Planeta numero 39
BARCELONA

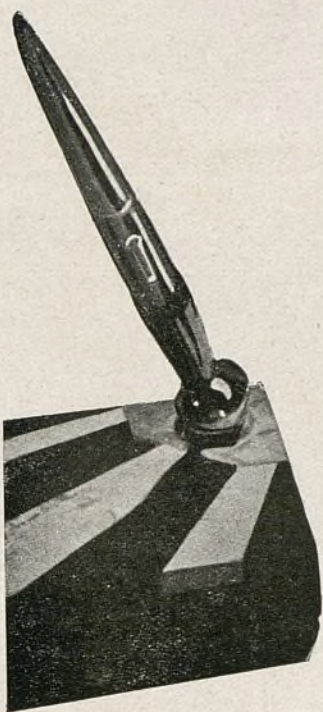
FABRICA DE MANTONES DE MANILA

FRANCISCO

TRAVEL

Ronda San Pedro, 68, Pral. Tel. 23.842 - BARCELONA

Hijo de J. ARMENGOT



IMPRENTA
LIBRERIA
y Artículos de Escritorio

ENMEDIO, 29 y 31
CASTELLON de la PLANA



MANUFACTURAS
BUSUTIL
CONFECCIONES

HERRERO, 8
TELEFONO 1717

CASTELLON



JUAN
HERNANDIS
TALENS

ARROCES

G A N D I A
(VALENCIA)



JOAQUIN
ALCOCEL
CUENCA

FABRICA
DE CALZADO
CABALLERO
Y CADETE
TELEFONO 43

A L M A N S A



Productos "BRASSO"

Bolsitas de azul ultramar "BRASSO"
Limpiametales "BRASSO" • Crema
para el calzado "NUGGET" • En-
cáustico para suelos y muebles "PO-
LIFLOR". Azul en polvo "CASTILLO"
Azules especiales para industrias.

BRASSO, Sociedad Anónima Española

Fábricas en: BILBAO-DEUSTO y LIMPIAS (Santander)

Oficinas: BILBAO - DEUSTO

PEDRO SANCHEZ JIMENEZ

(Ciudad Real)



(Ciudad Real)

LA CORRESPONDENCIA SE DIRIGIRA A NOMBRE DE LA SOCIEDAD



SOCIEDAD BELGA
de los
Pinares del **Paular**

FUNDADA EN 1840

M A D R I D
V I L L A L B A
R A S C A F R I A

L.E.V.

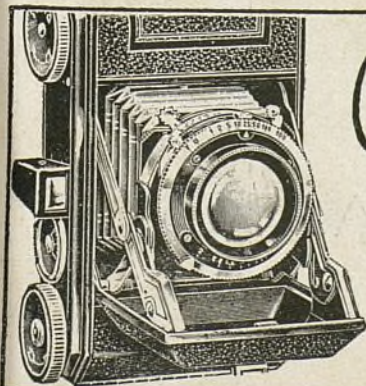


Baltasar Hernández
Licores selectos
Vitoria



Vicente Aznar Martí
Almacén de Tejidos - Pañería - Forrería

Avenida Nicolás Salmerón, 3 - Teléfono 12338
V a l e n c i a



Casa
ESCUDER

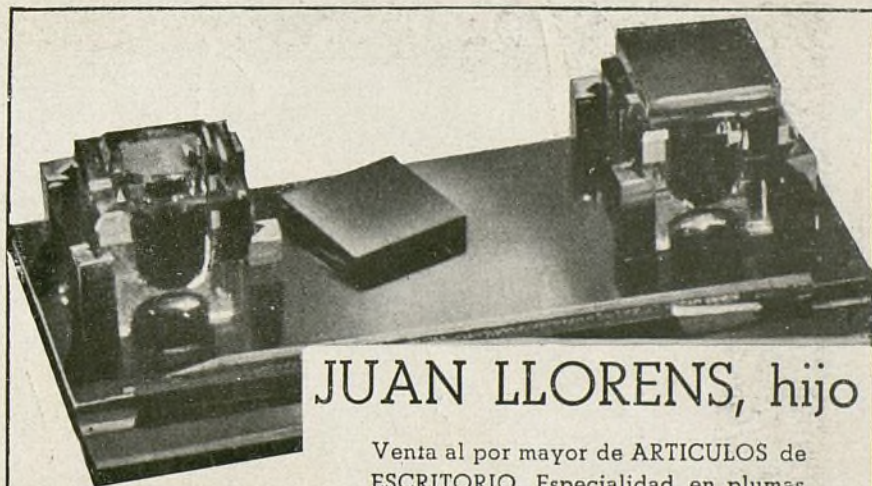
Artículos fotográficos - Gramófonos - Discos
Laboratorio fotografía. Óptica en general
Teléf. 13688 - Av. María Cristina, 1
V A L E N C I A



Creación
IBSA

IBSA
143
AGUA DE
COLONIA
NATURAL

Perfumes
IBSA
Barcelona



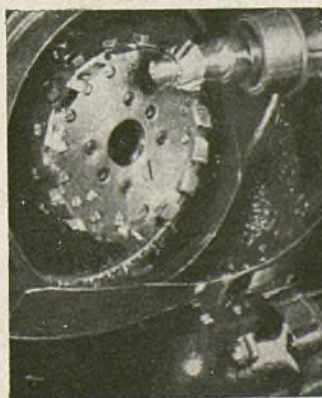
JUAN LLORENS, hijo

Venta al por mayor de ARTICULOS de
ESCRITORIO. Especialidad en plumas
estilográficas. MANTONES de MANILA

Montesión, 5 ● BARCELONA

"LA MERCEDES"

FUNDICION DE HIERRO Y BRON-
CE, SOLDADURA AUTOGENA
Y ELECTRICA



GOMEZ
BUENO Y C.^{IA}

Talleres de maquina-
ria y forja - Calderería y
cerrajería - Maquinaria y buques
Herrajes para edificios
Calle Alonso Pinzón, Dique-Tel. 1632

H U E L V A



presenta
en la actual temporada



La Marquesona

Argumento basado en la obra de QUINTERO y GUILLEN interpretada

por

PASTORA IMPERIO

con LUCHY SOTO, JESUS TORDESILLAS,
F. MUÑOZ MORENO y FERNANDO FRESNO

Dirección de

EUSEBIO F. ARDAVIN

Una producción

C. I. F. E. S. A.

QUE FUE ES Y SERA LA ANTORCHA DE LOS EXITOS
CALIDAD ● SELECCION ● ESPAÑOLISMO

Ayuntamiento de Madrid



Vda. de Eusebio Casarrubios Olivares

EXPORTACION DE VINOS

Bodegas en Criptana y Zúncara (Ciudad Real)

Teléfono 24

Telegramas: EUSEBIO

Cuentas corrientes

Banco de España en Madrid.
Español de Crédito en Criptana.
Central en Criptana.

CRIPTANA

Hijos de José Villaseñor

Santa Isabel

Harino - panificadora
Sistema E. M. S. A.

Carral de Almaguer (Toledo)

**FRANCISCO
TOLEDO ORELLANA**

ACEITES, CEREALES,
ABONOS, FABRICA-
CION Y EXPORTACION
DE ALCOHOLES

Dirección telegráfica
FRANCISCO TOLEDO

Teléfonos: { Particular, 46
 { Fábrica, 15

SANTA CRUZ DE MUDELA
(CIUDAD REAL)



Vigil de Quiñones Muñoz y C.^{ía}

FABRICA DE HARINAS

"SANTA TERESA"

EXPORTACION DE CEREALES

TELEFONO 40

SANTA CRUZ DE MUDELA



**ANTONIO
PEREZ MARIN**

COSECHERO EXPORTADOR
DE VINOS FINOS DE MESA

LA SOLANA



**Vda. de BENITO
TORRES ARIAS**

Telegramas: BENITORRES

TELEFONO 7
APARTADO 1

TOMELLOSO



PUBLICITAS



El

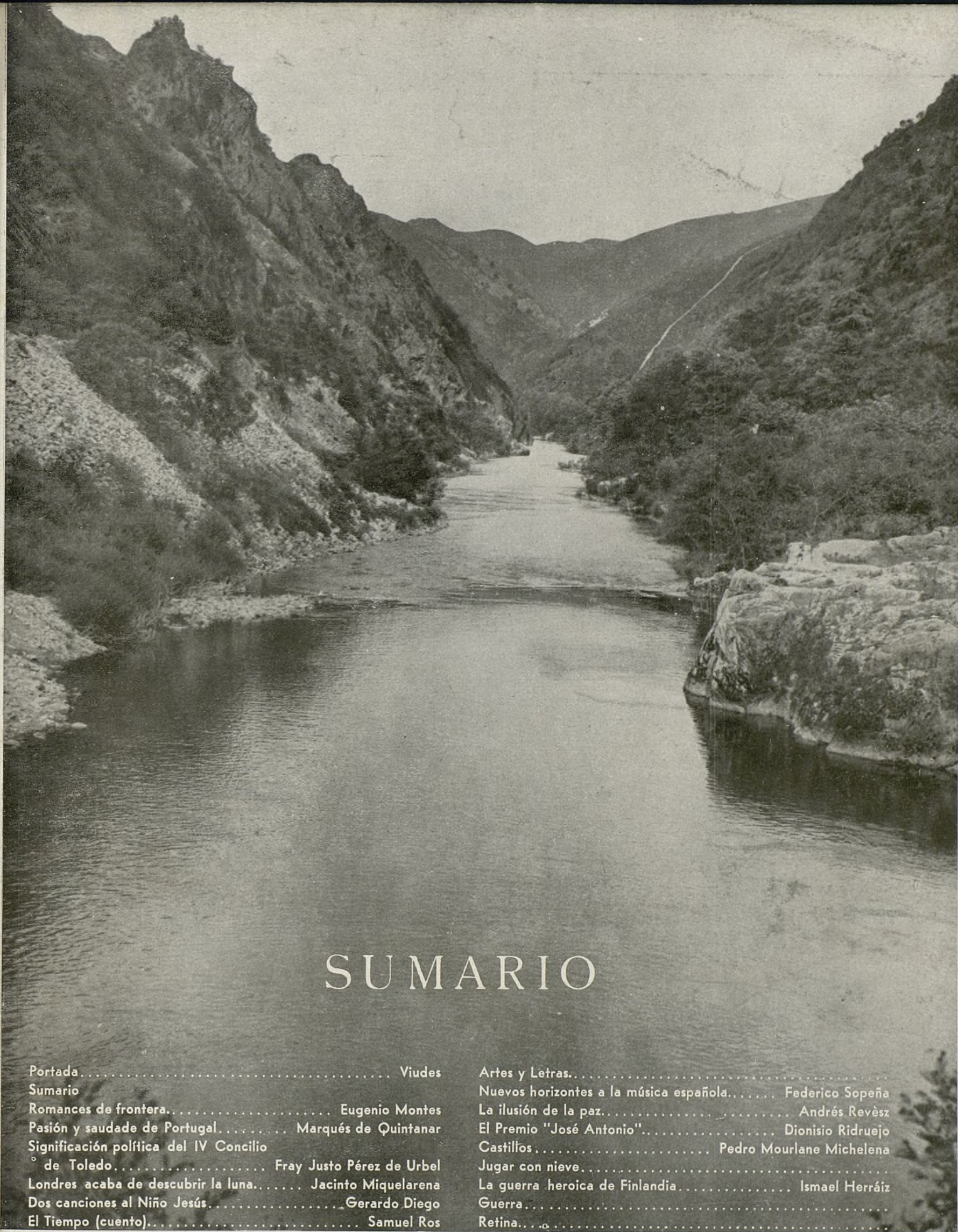
encanto de una mujer

reside principalmente en el rostro.
Y no hay rostro encantador si no está
libre de pecas, manchas, huellas de
viruela, etc. Para conseguirlo
use la famosa

VISNÚ

EN TONOS BLANCO, RACHEL, ROSADO, MORENO, BRONCEADO, OCRE Y NATURAL

Ayuntamiento de Madrid



SUMARIO

Portada.....	Viudes
Sumario.....	
Romances de frontera.....	Eugenio Montes
Pasión y saudade de Portugal.....	Marqués de Quintanar
Significación política del IV Concilio ° de Toledo.....	Fray Justo Pérez de Urbel
Londres acaba de descubrir la luna.....	Jacinto Miquelarena
Dos canciones al Niño Jesús.....	Gerardo Diego
El Tiempo (cuento).....	Samuel Ros
Crónica de la Caballería europea.....	
La obra de Trajano.....	Ramón de Basterra
Sombra que vuelve.....	Luis Rosales
San Andrés y San Francisco (Greco, lámina en color).....	
El Greco o la evidencia de lo sobrenatural....	Enrique Lafuente
Plástica.....	Vallmitjana
Palco en la Opera (grabado cedido por J. B. Meléndez).....	
Opera cerca y lejos.....	Ramón Ledesma

Artes y Letras.....	
Nuevos horizontes a la música española.....	Federico Sopena
La ilusión de la paz.....	Andrés Revész
El Premio "José Antonio".....	Dionisio Ridruejo
Castillos.....	Pedro Mourlane Michelena
Jugar con nieve.....	
La guerra heroica de Finlandia.....	Ismael Herráiz
Guerra.....	
Retina.....	
El cine y América.....	Gabriel García Espina
Modas.....	
Cuatro pisos y la portería (novela).....	Alfredo Marquerié

D i r e c t o r : S A M U E L R O S

IMPRESO EN SUCESORES DE RIVADENEYRA, S. A., MADRID, Y TALLERES OFFSET,
SAN SEBASTIAN. PAPEL FABRICADO ESPECIALMENTE POR LA PAPELERA ESPAÑOLA
ENERO, 1940 • NUMERO XXVIII • PRECIO: 4 PESETAS



ROMANCES DE FRONTERA

BALADA DE LOS CINCO RIOS

Por EUGENIO MONTES

II

*Yo soy el Duero
que con todos puedo,
menos con el Adaja
que es quien me ataja.*

La verdad es que no le ataja nadie. El Duero es un feudal y pica espuelas con voluntad de mando y albedrío. Pudo ir al Mediterráneo, a Roma eterna, y no quiso, por numantino. Pudo ir con su bordón a Compostela y le temió a la teocracia de Gelmírez. Pudo ir a Valladolid nacionalista y no fué por ignorar la etiqueta cortesana. No reconoce ni aun conoce Rey; río románico, de condados, cartapueblas y disputas de prerrogativas. Pide pleito homenaje, cobra foros y quiere imponer su propia ley, lanza en ristre. Ya no sabe el latín y aun se equivoca en los diptongos y en las efes, pero sabe cercar en Zamora a Doña Urraca y disponer el arco del asedio. Por no pagar tributo al leonés va a Lusitania, y entre mozas y vino, ebrio de su propio poder, generoso y abierto, firma la paz con el borgoñón, rúbrica en sangre.

El condado de *Portocale* nace en su orilla. Pero si no hubiese pasado de ahí, Portugal sería tan sólo eso: un condado leonés destinado a volver a la unidad española como aquellos del primer reino de Navarra.

III

Y este es el Mondego, letrado y poético, empapado de luna y de melancolía. Ha oído historias, de Bretaña, de Amadis y Oriana sin par; leyendas astúricas y sones de trovadores a la manera provenzal. Pero vió morir de pena a tantos enamorados, que la mortal *perdição* le ensombreció los ojos, y sus aguas son sólo canto y llanto.

*Proencas soen mui ben trobar
e dicen es el que é con amor,
mais os que troban no tempo da frol
e non en outro, sei ou ben que non
an tan gran coita no seu coração
qual me eu por mia senhor vejo levar*

En el tiempo de la flor, en la primavera del reino, con Don Dionís, ya tenía el Mondego angustia y lágrimas de otoño. Si hay en la Península ibérica ríos románticos—clásicos los queremos y a mucha honra—éste es uno, y aquellos de Granada, nieve y luto, son otros.

Ríos para despedidas, adioses y destierros. Hacen bien en llorar por Boabdil los dos ríos heridos de la Alhambra, y tú Mondego, por las españolas que un canto de ruiseñor ha traspasado.

¡Portugal por Doña Inés! Silencio, oíd.
¡Portugal por Isabel! Cuatro campanadas la

HACES bien, Dionisio, en preguntarle a los ríos el secreto de la vida y de la patria, y si yo fuese como tú, poeta—"sólo aprendiz de ruiseñor fui, en tiempos"—, bajo los arcos de mi voz pasaran Miño, Duero, Ebro y Tago, confidentes.

Cantaría su heroica cuna en piedra fría; sus desnudos pies de pilluelo, sangre en la verde esperanza de las huertas; su ronda alegre a mozas y colinas; sus furtivos robos de ramos y de sombras; su silencio, si los enamorados abedules les piden que se callen y no lo cuenten, y su risa en la barba cuando las lavanderas espuman chismes sobre la alcaldesa guapa; su danza en el molino con la luna; su ayuda de labrador, llevándole en acequia y canal fresco consuelo; su glosa, su rumor, su romería; su mirada a los pueblos de altas torres, y ese modo católico que tienen de humillar su indomable furia ibérica bajo los puentes de la Roma antigua.

El Miño es emigrante. Sueña con islas de San Balandrán y con campanas sumergidas que se oyen no se sabe dónde. Pastorcito en Lugo—gaita, ovejas y mirlos—; afilador en Orense, rueda de piedra coge su hato entre Valencia y Túy, y por la pampa del mar se va silbando camino a la otra pampa lejana de la Argentina, aún sin bozo en los labios, un lustro antes de sortear en quintas.



llevan sobre sus hombros negros por las calles de Coimbra. Si reman los suspiros, palpita el agua. Parejo al Don Dionis en la Alcobaca, este de Santa Clara es un claustro callado, y en él la hierba aprende a leer epitafios con sílabas perdidas.

A modo de su homónima de Hungría, la reina aragonesa cambió en místicas rosas los panes, las monedas y las armas. Rosa de letanía ante la cual cayeron, tímidas y cobardes, las espadas que el furor abrasara de locura. Sufrió guerras entre su hijo y su esposo, guerras horribles, ella, nacida para la paz, alma de olivo de Alcañiz, lámpara dulce en la Edad Media, "enorme y delicada". No fué querida y quiso. Murió en olor de santidad y vivió sin vivir en sí, en olor a sangre de su sangre arrebatada de humo. Sólo conoció inviernos, pero cada año en abril renueva el prodigio para que la juventud escolar deshoje el nominativo rosa, genitivo *rosae* en el jardín de las declinaciones, mientras suenan trompetas en el cuartel cercano y los gorriones solfean iniciales tatuadas en la carne joven de los fresnos.

*Dexadle llorar,
orillas del mar.*

Déjale llorar, tú, que siendo pura luz fuiste llamado mar tenebroso; déjale decir sonetos, sollozar saudades por Doña Inés y Doña Isabel, por Antero de Quental y Antonio Nobre, por los que teniendo soledades quisieron compañía y los que teniendo compañía quisieron soledad, por los sauces suicidas, por la noche y la luna, por las Atlántidas que fueron y los archipiélagos de coral y dolor que nunca han sido, por la pena del aire, por el gemir del viento y por la irremediable tristeza de haber nacido en el claro, solar y alegre mediodía este río de angustias que quisiera ser nórdico, maleficio de cisnes, misterio de florestas, huésped de las brumas, duende oculto de lagos, arpa de Tristán, filtro verde de Isolda.

IV

Ya viene el Tajo, ¡oh, río del Imperio!

*Con su clara e ilustre pesadumbre
de bellos edificios coronada...*

Toledo le plantea el imperativo del destino, grito de piedra en purgatorio de almas. Clara pesadumbre, como la del relámpago que centellea claridad y mete miedo al meter en la noche profunda del coraje y la vida; que no es nada. Temor sagrado. Lo primero, el temor de Dios; lo segundo, la gravedad, le decían al príncipe. El Tajo, ahí, es un grave temblor, ese temblor que precede a las batallas decisivas, al duelo a muerte en la plaza de armas del Juicio Final, y es alegría en la tragedia y, por conciencia de derrota, heraldo de victoria a hierro y fuego. Hierro y fuego, clavo ardiente de España.

¿Adónde ir? Esta es la encrucijada de mundo y sobremundo, peto de ánimas. ¿A cara y cruz? Más pascaliano que Pascal, lo que Toledo prohíbe con más dura energía es el juego y la apuesta o el cálculo de probabilidades sobre el abismo. Aquí no hay *pari*. Estamos en la meseta de lo absoluto y no queda otra dignidad que la de abrir y cerrar los ojos, esperándolo todo de la evidencia en la descarga de la revelación. Esta es una geología metafísica que eleva o aniquila, o eleva y aniquila, y en la que no hay sino este dilema: ser ángel fulminante o cuerpo fulminado, roca a alta tensión, pedernal en cenizas.

Isla de sed y piedra calcinada.

Isla con sed y hambre verdadera, hambre y sed de verdad, de certidumbre y sino. Y en peligro de muerte. Jinete de sí mismo, Toledo va a caer despeñado, y sólo puede salvarlo lo que puede perderlo: la tormenta que se fragua en el tórrido cielo.

Por eso el Tajo es un río atormentado. Sabe

que la tempestad está sobre él, suspendida, amenazándole con súbitos castigos. Pero sabe que dentro de ella está Dios, con su sol de justicia, palpitante entre nubes, bermellón en lo gris, azufre en humo.

Aquí el aire chispea la hipótesis cosmogónica de Broglie y Schroedinger, la nueva—y tan antigua—teoría ondulatoria que amanece tras el eclipse newtoniano. Teoría según la cual la substancia del cosmos sería una especie de mar tempestuoso del que se hubiese evaporado el agua, es decir, un mar de tempestad sin mar, tempestad pura y abstracta, infinita y perpetua. Yo le llamo cosmogonía de la tierra firme, rival castellana de la cosmogonía jónica.

Ahora la tempestad se hace más grávida. Por ella, Toledo, con su nido de tormentas colgado en el aire seco, sin árboles, es imagen del comienzo del mundo, agrio esquema del génesis antes del canto adámico y el estribillo del amor primero.

Está madura y por su propio peso va a caer, parturienta y ceñuda. Se oscurece el paisaje entre un pavor de rocas y de olivos. Pero suena una campana cristalina y otra repica, y, en espejos de voz van y vienen los ecos, burbujas de bronce, hasta reunirse en el concilio sonoro de la catedral primada. Huye la tormenta, perseguida, como un viento agareno por





el hierro de la reconquista. Caballero con su cota de agua, el Tajo se serena y brilla.

Ya emana la hosca nube una lumbré árida, como si quemasen los bosques de una constelación sin primavera. Es el carisma sin rocío, la luz sin misericordia de Bizancio, la de la teoría de Plotino, el filósofo predilecto de su paisano Kiriacos Theotocopoulos. Del Griego, que desde la Creta homérica, *laberinto de múltiples idiomas*, torreada Babel mediterránea, vino a este otro laberinto sin jardín o quizás llo armado, rompeolas de polvo étnico y lingüístico, movido por el anhelo de encontrar ese uno que contiene el todo, la salida al horizonte azotado de infinito.

Y por eso en sus cuadros, personas y cosas, se despojan de accidentes, se descarnan y se quedan en los huesos: unidad de la vida y la muerte en la resurrección. Unidad de la espiral, jadeante de altura, emblema de los Bernouilli, los del cálculo infinitesimal; *Eadem multa resurgo*.

Esa unidad de la resurrección el Tajo la descubre en su agonía, tras la lucha a vida y muerte, en el yermo del destino. Ahora ya se siente iluminado de verdad, vencedor de borrascas y de dudas, y bebe hasta en las piedras luz trascendida. Toledo es una piedra filosófica, voluntad de crisol en donde los

colores, machacados, rezuman el temblor de Dios, que los unifica en luz. Luz de Génesis y valle de Josafat, que hay que aspirar hasta expirando. Sinagoga y mezquita escapaban de la luz, religiones de gruta, y más aún la cábala, religión de tinieblas. Pero ahora, en este mediodía revelado, en este sol de fuego que la tempestad lavó, ya no se ven las sombras a la entrada de la cueva platónica o plotiniana, porque después de haberse confundido las cosas se han fundido a alta tensión y la luz ya no tropieza en nada. El aire es una catedral en la que se arrodilla el Universo. Ni hebreo de Tora ni moro de Corán, el Tajo, centelleante, se ha armado paladín de la cristiandad. Y así va, por esos campos de Dios, a cristazo limpio.

Ya han pasado los bellos días de Aranjuez, verduras de las eras. A la mar, que es el morir; pero la muerte no es la muerte. Marcha a Lisboa el río de Manrique. Tirso nos pide que sigamos su curso estremecido, embarcados en el cante jondo de su corriente:

*Y vos le podéis seguir
si en Cuenca le veis nacer,
ya que aquí le veis morir,
que estimará mucho el Tejo
que, mirándoos en su espejo,
le gocéis, dándole nombre,
niño en Cuenca, en Toledo hombre
y en nuestra Lisboa, viejo.*

(Tirso de Molina. Doña Beatriz de Silva.)

Darle nombre a las cosas: cristianar el Mundo. Para eso las agujas del río, como espadas, llevan, de huida a la mar, y no corren, que vuelan, las carabelas al Oriente, que en sus lejanías catecúmenas espera el chorro bautismal. Unir lo oriental a lo occidental por el crisol es el sino toledano y lisboense del Tajo.

Esas aguas oyeron el rumor de los traductores; saben arameo y hebreo, árabe, siríaco y latín. Y ese saber antiguo y disperso lo vertieron en los canales de la escolástica. Por los traductores toledanos pasó la sabiduría a la *summa*, y no sólo Aristóteles se hizo aquiniano. Pero más allá de las Termópilas hay un Oriente remoto que quiso vencer el macedón y fué por él vencido y convencido.

Dulcarnain le llamaban los árabes a Alejandro, y con dos cuernos—dos frentes—lo representaban. Con dos cuernos, taurino, furia ibérica, embiste el Tajo al Ganges y al Indo y a los ríos de la China.

*Lá ven o pai, con animo estupendo
trazendo furia e mágoa por antolhos.*

El Tajo hizo Lisboa y Lisboa hizo nación a Portugal por el rodeo o el atajo del Imperio. Mas cuando a mediados del quinientos, Solimán cerca y desmantela los fuertes de la India y cae Don Sebastián en las arenas de Alcázar y el reflejo de las olas sólo trae restos de naufragios, Portugal remonta el curso del río y se une a la España filipense, en busca de la fuente y la energía de la meseta.

Se alborota el río con la salida de las naves armadas que van a darle batalla a la traición inglesa. Y de nuevo aparecen mástiles rotos, jarcias naufragas y, queriéndolo cuna, es otra vez el Tajo cementerio marino. El doble Imperio se perdió en la mar, donde se había ganado. ¿Vuelta a empezar?

Para ser nación, Portugal fué Imperio. Cuando no puede sostenerlo se une a España, y ahora, cuando España se hunde, quiere salvarse: pero ¿para ser qué? ¿Y cómo? ¿Eso que se lanza sobre el abismo es un puente de piedra o un arco iris de lágrimas?

A enemigo que huye, puente de plata; a enemigo que se acerca, alianza. Se agarra Por-





tugal al arpón del abordaje que le tienden, como más tarde, ya expirando, respira España la flor de lis que la emponzoña. Pero si agarrándose al clavo ardiente, con fe, quemando el cuerpo, es posible salvar el alma, al agarrarse, desanimado, al arpón frío ¿ha podido Portugal salvar algo más que las apariencias?

Firme como un arrecife es la Inglaterra que se alza sobre el ibérico naufragio. Solloza el coro de Euclides si enmudece, musgo sobre la roca, Prometeo.

V

Pero ¿por qué callas tú, Guadiana esquivo?

Quizás hemos olvidado tanto al *Anas* de los romanos, *Uadi-ana* en árabe, que él mismo se ha hecho huraño y taciturno. Todos los ríos de España han tenido amantes y cantores. Sólo a él le negó peaje el endecasílabo. Y, sin embargo, la más alta poesía española nació a su orilla, gran río de la Mancha, donquijotesco.

Si al Tajo Garcilaso, y al Betis Lope, y al Tormes Fray Luis de León, al Júcar Góngora, y al Duero Antonio Machado le llevaron primicia y diezmo de sus rimas, él no debe nada a nadie y su gloria es suya. Y si a su apartamiento le llaman soberbia, ¿no es acaso español ese regusto de lejanías áridas, ese menosprecio de corte y ese modo de darle el caudal al mundo, reservándole la soledad a las estrellas? Estoico hasta dejarse robar sin un reproche. Bajo la luna de Sierra Morena, Guadalquivir, gitano, le hurta no se cuántos arroyos. Que se los lleve. A su callada anchura aun le sobra para dilatarse en Mérida bajo el puente real de setenta arcos nobles.

Busquen otros galas verdes, ramos floridos, retóricas y tropos. El prefiere la redonda columna, sirena en mármol de geometría, el cánon puro, y para la calzada romana—de Mé-

rida a Evora—enarca, gladiador sin combate, su espalda antigua.

Columnas rotas y silencio unánime. Quizás se parece a algunos ríos del Asia Menor, hasta donde llegaban, fatigadas y tristes, las legiones; fatigados y alegres, los anacoretas. Como el Eufrates o el Tigris, es un límite extremo, iba a decir extremeño, frontera entre España y Portugal o entre Iberia y el cosmos. A su paso crecen vastas llanuras inhumanas y horizontes de soledad ascética. Yo le dedico la grandiosa melancolía de aquel verso que Fray Luis de León no le ha dedicado:

Por nuestra triste y espaciosa España

Río de renunciadas. Ribera del Henares sembró el arcipreste de Hita su aturdida juventud: avena loca. A orillas del Guadiana sembró Don Quijote la marchita experiencia de su vida apaleada. Como Alonso Quijano, este río manchego nace viejo, ya de vuelta de todo, viajero de planetas deshabitados, de regreso del otro lado de la luna. Y pues la humana vida es larga y nada, él mismo cava su propio tumbó. Por eso se sume, se esconde, desaparece. Se lo ha tragado la tierra o la laguna. Se escapa a Portugal con ánimo de consolar en Beja la ventana donde Sor Mariana Alcoforado agoniza de saudades cada crepúsculo. En Badajoz, cuando el estío, huye, evaporado, a las nubes para que nadie lo vea. Sufre espejismo y los hace sufrir. ¿Esa es Dulcinea? ¿Eson son gigantes o son molinos? ¿Este es el Guadiana, o el Záncara, o el Cigüela? ¿Es siempre el mismo río? Pero nunca se puede decir si al cabo de una legua un río es el mismo o ya es otro.

Ahora se acercan al puente dos hombres llegados de lejanas tierras. Son viejos, muy viejos, tan viejos como el mundo. Tienen barbas de arena y en sus ojos anida la luz de más de veinticinco siglos.

Suena una voz en la ribera

—Todo pasa—*panta ren*—, todo fluye. No nos bañamos dos veces en la misma onda. Existe el agua pero no existe el río.

Responde el otro, acodado en la baranda:

—No existe la onda porque no existe el movimiento. Eso que tiembla, aparece y se va es sólo una ilusión de los sentidos. Nos bañamos siempre en la misma agua, porque las ondas son latidos de la eternidad, inmóvil corazón del tiempo. Nada pasa, pues; todo queda.

Aun se oye una tercera voz, esta española, que deja como cenizas en el aire. Es la de Don Francisco de Quevedo aseverando que sólo

lo fugitivo permanece y dura.

Ya han bebido las sombras las últimas palabras, y los extranjeros se alejan por un mismo camino, con discorde paso. Uno regresa a Efeso y su nombre es Heráclito. Otro retorna a Elea y se llama Zenón.

(Del libro en preparación:
Vida paralela de España y Portugal.)

Fotos Marques
Sta. María del Villar.



PASION Y SAUDADE DE PORTUGAL

Por el MARQUES DE QUINTANAR

¡1139, 1640!... Repican alegres campanas de Lisboa y de Porto, de Evora y de Barcelos, de Braga y de Coimbra. Las piedras de Guimarães, de Thomar, de Batalha y de los Gerónimos brillan al sol. Miño y Duero, Tajo y Guadiana, llevan agua saudosa de España, para verterla, en homenaje, al Atlántico azul de las Descubiertas. ¡Y todo Portugal se estremece de júbilo—salvas y banderas y marineros blancos en el *Terreiro do Paço*—por la memoria de aquel Príncipe que nos dió su adiós definitivo, sobre la tierra victoriosa de Ourique, y de aquel otro, su nieto y nieto también del Maestre de Avis, que acertó a encarnar la protesta de todo un pueblo contra los desafueros de un estadista español!...

¿Tendremos los españoles de hoy que componer un gesto de reserva cortés para asistir a las conmemoraciones solemnes que Portugal prepara? ¡En modo alguno! Han de ser ellas fiestas de familia en que, como siempre que el honor quedó a salvo, todos hemos de gozar sin tasa, de alegorías y de realidades. La unidad trascendente y cristiana de la Península es un hecho al que, por patriotismo, no acertamos a poner reparo alguno de esos de tipo político, imposibles y absurdos. Si abrimos la Historia, todo, por el contrario, serán razones con que abonar nuestro sentimiento. El *Condado Portucalense* cayó de la rama castellano-leonesa, injertada de espesa savia borgoñona, como una fruta madura para la libertad y el heroísmo: un episodio sin importancia, en aquellas épocas en que el instinto federador de tierras no era general, ni siquiera lograba transmitirse, en casos señalados, de padres a hijos, pese al ejemplo palpable de desavenencias y de catástrofes que los testamentos centrifugos provocaban. ¡Así, Sancho el Mayor y su hijo Fernando el Magno y el Emperador Alfonso VII! León, Castilla, Navarra y Aragón se unían y desunían como por azares del viento o caprichos de la Luna. Y unas veces el puñal de un asesino, agotando la sucesión masculina de Fernán González, y otras el rayo de la guerra, aniquilando en Uclés al heredero de Alfonso VI, así fué dando tumbos la inspiración nacional, hasta encontrar la fórmula del dualismo peninsular, a que había de aferrarse...

Dos mujeres—Urraca y Teresa—vincularon en 1108 el porvenir de las Españas, como casi un siglo antes, consumado el crimen de los Vela, cupo idéntico destino a las de Sancho el Mayor y de Bermudo III. Nos volvía a faltar—como en ocasiones memorables nos iría a faltar de nuevo—el Príncipe o caudillo salvador, faro y timonel, estrella y estela, de la nave española... Condes llegados de Borgoña vinieron a instalarse, por fueros del amor, en la vida aventurera de Alfonso VI. ¡El *paralelismo* estaba iniciado! ¡Mérito, y grande, fué el de Alfonso Henriques poder desasirse de los poderosos brazos de su primo el Emperador! Había entonces un gran frente cristiano contra el Árabe, del Atlántico al Mediterráneo. No muy disciplinado, pero bien defendido en los valles del Duero, del Ebro y del Llobregat. La llegada a la escena política del hijo de Urraca de Castilla y León produjo un estado de sumisión y de acatamiento hacia él de todos los Príncipes, Condes y Señores que integraban ese frente, y aun de algunos de la vertiente francesa del Pirineo, hasta el Ródano. Con la sola excepción del Conde de Portucale, que perseguía—heredado de su madre—un claro designio político: el de la independencia nacional. A este respecto, dice un historiador español: "El Emperador había dejado algún tiempo tranquilo a Alfonso Henriques, no creyendo, sin duda, que tan débil llama pudiera producir nunca tan grave incendio como levantó después."

La débil llama, en efecto, fué con voracidad incrementándose, al aliento poderoso del joven campeón. En 1117, por primera vez, se habla de *Reino* al referirse al *Condado*. En 1125, Alfonso Henriques ármase a sí propio caballero en la Catedral de Zamora. Le falta ganar tres batallas, y las gana: 1128, la de S. *Mamede*, a los partidarios de su madre; 1139, la de *Ourique*, a los moros, llamándose en ese momento Rey de Portugal, y 1140, la de Val de Vez, a su primo el Emperador, quien, en la paz de Zamora, del mismo año, le reconoce como Monarca independiente de su Corona.

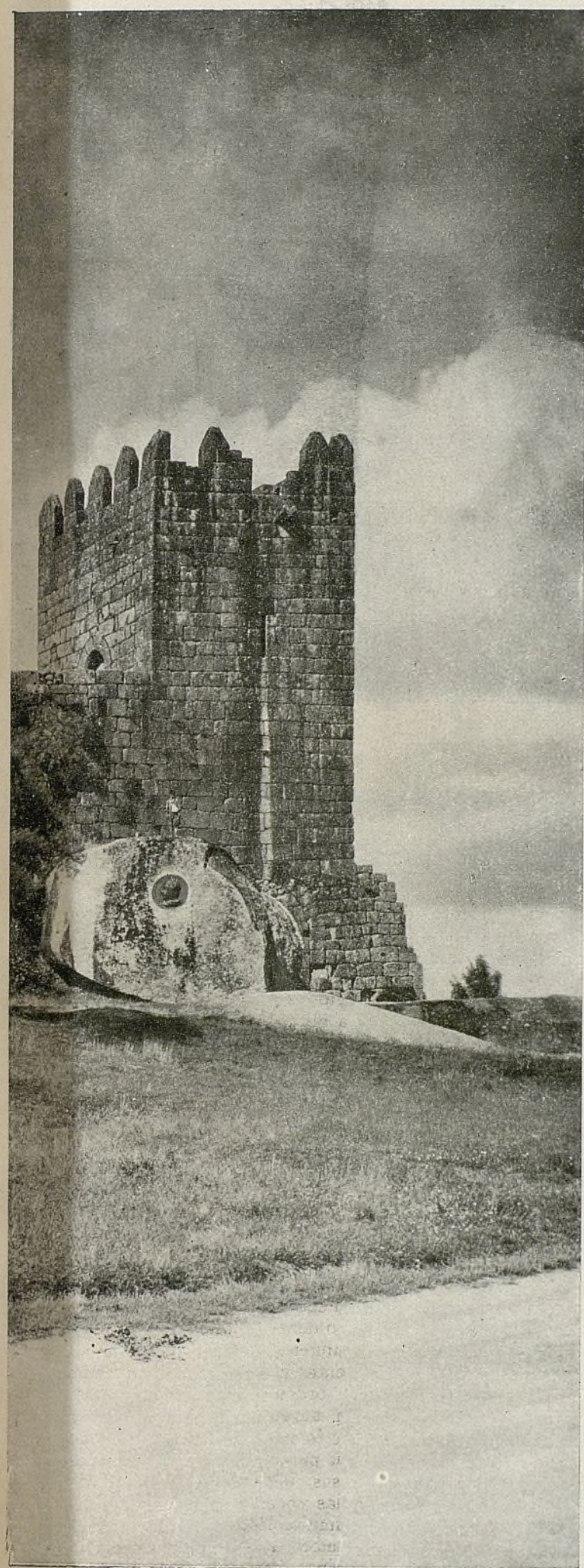
La primera dinastía portuguesa inicia así su ruta de rescate del territorio patrio de manos del Infiel. Es a la segunda, la de Aviz, a la que ha de incumbir la misión providencial de llevar a Ultramar la fe de Cristo. Labor ya de Monarquía plenamente nacionalizada, en la que ha de cooperar, para bien de la humanidad entera, la Monarquía castellana, nacionalizada también con la Casa de Trastámara.

Los Príncipes de Aviz y los de Trastámara, a quienes más tarde han de incorporarse los Habsburgo, en su exaltación peninsular y en su nunca saciada "sed de Absoluto", se entrelazan amorosa y complicadamente. Este era el escollo previsible y recíproco, al que no pudieron hurtarse cuando, al día siguiente de Alcazarquivir, la única solución posible fué la de sentar al hijo de Carlos V en el Trono, aun caliente, de Don Sebastián... El encanto se rompe por los conjurados de 1640, que restablecen una legalidad indiscutible, aunque no así la idea de *cooperación* que nos hizo poderosos en los siglos XV y XVI, sino, necesariamente, una idea de *oposición*, sometida a las alternativas funestas del "equilibrio europeo". Perdidas, con la decadencia de ambos pueblos, nuestras posibilidades de antaño, hemos desde entonces venido siendo víctimas, ya de propias torpezas políticas, ya de las maquinaciones de Inglaterra, y amenazados de continuo por la Revolución y por ese fantasma de la *Unión Ibérica*, de abolengo masónico, y del que los hombres todos de nuestras respectivas Repúblicas echaban mano en las horas difíciles para calmar sus compromisos ideológicos, con daño evidente de nuestros auténticos sentimientos tradicionales.

Como en los días de la negociación de Westfalia, un gran interrogante se abre sobre Europa. Pero no podremos jamás los pueblos peninsulares hacer traición a un tiempo a inteligencia y corazón, desoyendo las enseñanzas del pasado, y sea cual fuere la suerte del Continente, habremos de borrar los capítulos de nuestra Historia que fingen desdenes, para volver a adentrarnos en las sendas luminosas de aquél amor que, idealizado por nuestras Princesas, se hizo bronce en las estrofas del Épi-co y dogma en las refutaciones de nuestros teólogos del Papa, para derramarse por los ámbitos de un Universo que hicimos posible con nuestra inspiración y con nuestro esfuerzo.



Foto Belona
PORTO



(Foto MOREIRA)



SIGNIFICACION POLITICA DEL IV CONCILIO DE TOLEDO

Por Fr. JUSTO PEREZ DE URBEL

Uno de los acontecimientos más importantes de toda la España visigoda fué el concilio toledano del año 633, el inmenso y magnífico concilio que tantos ecos dejara en la legislación de la cristiandad medieval y tan profunda huella en la historia religiosa del pueblo español. Como alma de las deliberaciones actuó en él San Isidoro, arzobispo de Sevilla, que se proponía abrir con aquel acto, el más famoso, el más brillante de su vida, una era de reforma religiosa y de prosperidad nacional. El gran prelado era ya viejo; casi veinte años hacía que había escrito aquel elogio ferviente de España que se lee al frente de su historia de los reyes godos; más de treinta que, desde su celda episcopal, a orillas del Betis, irradiaba en todas direcciones como consejero de reyes, padre de concilios, maestro de sabios y guía espiritual de la Patria. Ahora se sentía ya viejo, cansado y aguijoneado por el pesimismo y la tristeza. Renunciaba ya a terminar su gran obra, *Las Etimologías*, y escribiendo a un viejo amigo, le decía: "Ruega por este pobre viejo, que está muy enfermo de dolencias de carne y de culpas de espíritu."

La razón se sobreponía en él al desaliento, y el sentimiento del deber renovaba sus fuerzas para continuar la lucha, aquella lucha titánica que venía sosteniendo hacía más de medio siglo contra la incultura y la anarquía, siempre con la ilusión de ver una Iglesia floreciente y una Patria fuerte y poderosa: dos cosas que para él eran inseparables. Y es ahora cuando llega al momento culminante de su vida, aquél en que va a de-

ramar su luz más pura y a desarrollar su más noble actividad. Poco a poco, su acción ha ido ampliándose de la escuela a la diócesis, de la diócesis a la provincia, de la provincia a la nación. Su amistad y su consejo es el mejor apoyo de los reyes, y la misma fuerza de las cosas le lleva a intervenir en los principales sucesos de su tiempo.

En el Alcázar de Toledo gobierna el rey Sisenando. Una revolución, que no deja de tener un carácter de misterio, había destronado a su antecesor, Suintila, el rey a quien en 625 tributaba el arzobispo de Sevilla los más cálidos elogios, el que había humillado a los cántabros y valones, el que había realizado la unidad política del reino expulsando a los bizantinos de la costa oriental; valiente, generoso, justiciero, príncipe de los pueblos y padre de los pobres. ¿Cómo perdió el afecto popular y la confianza de los nobles? No lo sabemos; pero es un hecho que los últimos años de su reinado fueron para España "un largo tiempo de miseria, semejante a la pesadez agitada de un sueño maligno". Hubo conspiraciones, confiscaciones, violencias, y los descontentos acabaron por triunfar, acaudillados por Sisenando, gobernador de la Septimania, a quien ayudaban los francos de Dagoberto. La ayuda costó a España 200.000 escudos de oro y al nuevo rey un comienzo de impopularidad. Aquella manera poco brillante de escalar el trono estaba exigiendo la confirmación de todas las personas influyentes, reunidas en una asamblea nacional, que no podía ser otra cosa que un concilio. Isidoro aprobó la idea, preocupado, cierta-

mente, de la estabilidad del régimen; pero teniendo en vista, sobre todo, la reforma religiosa, la corrección de los abusos y la supresión de todas las prácticas disonantes en materia de disciplina. Quería dar el último paso en aquella obra de unificación, que era la idea central de su vida. Es ahora cuando va a pronunciar aquella frase decisiva: "Es absurdo que sigamos prácticas diferentes los que vivimos dentro de una misma fe y un mismo imperio."

El concilio se anunció para las últimas semanas del año 633, en el corazón mismo del invierno, prueba del extraordinario interés con que se le esperaba. Los obispos y magnates acudieron con una puntualidad sin precedentes. Isidoro se les había anticipado para ultimar los detalles y precisar "el orden del concilio": un ceremonial minucioso en que se especificaba quienes tenían derecho para asistir a las reuniones, quienes gozaban del privilegio de sentarse, quienes debían estar de pie, en qué orden habían de colocarse, cuándo estaban autorizados para hablar y hasta el tono de la voz y la actitud con que debían emitir su parecer. Había severas penas para las risas, los gritos, las conversaciones ociosas, las voces indiscretas y las interpelaciones tumultuarias.

El 5 de diciembre, al despuntar el día, la multitud se agolpaba delante de la basilica de Santa Leocadia, monumento recientemente construido, en que el rey Sisebuto había querido dejar una muestra de su piedad y de su magnificencia, y una prueba de la habilidad con que sus arquitectos sabían imi-

tar las obras maestras del arte bizantino. A la puerta vigilaban los ostiarios, con órdenes severas de inspeccionar a cuantos entraban. Pasaron primero los obispos y empezaron a ocupar sus puestos por orden de antigüedad. Siguióles un grupo de sacerdotes y, tras él, otro de diáconos especialmente designados para presenciar las deliberaciones. Los últimos permanecieron de pie; los primeros se sentaron detrás de los obispos, que formaban una amplia corona en la nave central de la iglesia. Eran sesenta y dos, y con ellos se alineaban los siete clérigos que habían venido en representación de otros tantos obispos imposibilitados por la vejez o por la enfermedad. A continuación entraron los laicos: una representación de magnates y de condes palatinos designada por la corte para asistir a las deliberaciones y tomar parte en ellas siempre que se ventilasen cuestiones políticas. Su presencia tenía todo el carácter de una innovación; pero Isidoro, que la había admitido ya en el segundo concilio de Sevilla, quiere consagrarla ahora en la gran asamblea toledana.

Nunca había visto la "urbe regia" tan espléndido y venerable cortejo. Las ínfulas episcopales refulgían en medio de aquel ambiente de fiesta; los aromas del incienso llenaban los ámbitos; ardían las luces en los candelabros de múltiples ramas; lucían las espadas y los cinturones de condes y gárzigos; flotaban sobre los muros los tapices de Bizancio y de Siria, y el altar parecía un ascua, con el brillo de los mármoles, las cru-

ces adornadas de gemas, las lámparas de diversos metales, las arcas de las reliquias y las coronas de oro, testigos de la generosidad de reyes y magnates. En medio de este aire de fiesta avanzó el rey, acompañado del metropolitano de Sevilla, y seguido de los "nobilísimos y magnificéntísimos varones" del oficio palatino. El anciano se dirigió lentamente a ocupar el primer puesto entre sus hermanos de episcopado. Al prestigio de la ciencia se juntaban en él los derechos de la antigüedad en el sacerdocio. Era el primero de los seis metropolitanos y le competía la presidencia. Todos le miraban con admiración; todos le consideraban como el oráculo de la asamblea. Era el debelador de los herejes, el doctor universal, el centinela de la disciplina, el milagro de la ciencia religiosa y profana. Una luz ultraterrena brillaba en sus ojos; una aureola de majestad resplandecía en su frente. Para muchos de los allí reunidos no era sólo el sabio incomparable, sino también el maestro venerado, el hombre insigne, que con su palabra o con sus libros les había iniciado en los secretos de la sabiduría. Reunidos en torno suyo, los sesenta y nueve Padres del concilio se inclinan delante de su figura venerable, dispuestos a escucharle, a seguirle, a acatar la autoridad de su ciencia y su experiencia.

Una escena conmovedora dió comienzo a aquella asamblea memorable: dejando su estrado, el rey avanzó hacia la corona de los obispos, se postró ante ellos, y, entre lá-

grimas y sollozos, les pidió que rezasen por él. Dominados los primeros accesos de aquella emoción—alegría, humildad y devoción a la vez—dió lectura al "tomo", o discurso de la corona, pidiendo a los prelados que, "siguiendo los decretos paternos, se esforzasen por corregir los abusos introducidos en el régimen de la Iglesia, a causa de las negligencias de unos y la malicia de otros".

Era, pues, un programa de reforma lo que el rey, mejor dicho, San Isidoro, por medio de su "hijo", el rey, encomendaba a la asamblea; un programa amplísimo, que debía abarcar todos los órdenes y actividades de la vida religiosa: organización general de la Iglesia, normas de la oración litúrgica, orden del oficio divino, fijación del ciclo eclesiástico, disposición material de las basílicas, deberes de los obispos, vida de los clérigos, régimen formativo de los Seminarios, disciplina monacal, condición de los penitentes públicos, situación social de los siervos, facultades de aquellos a quienes sus señores habían concedido la libertad y estado jurídico de los hebreos, que en los últimos años de Suintila habían recobrado la influencia perdida durante la persecución de Sisebuto (612-619).

La discusión había ido poco a poco derivando hacia problemas de carácter puramente civil y político. En el sistema isidoriano, el poder episcopal y el monárquico debían ayudarse mutuamente a sostener la paz, a practicar la justicia y a labrar la prosperi-

(Continúa en la pág. 64.)

FRESCO DEL PANTEON DE LOS REYES EN LA COLEGIATA DE SAN ISIDORO, DE FINES DEL SIGLO XI

(Fotos Calvacci.)



Monasterio de Madrid



LONDRES ACABA DE DESCUBRIR LA LUNA

Por JACINTO MIQUELARENA

La guerra es una cosa tan importante que, gracias a ella, los habitantes de Londres han descubierto la luna. ¡La luna, con toda su revolución sinódica!

De haberse detenido a reflexionar un poco, en las noches de otros tiempos, el londinense hubiera tenido que reconocer que la luna no existía sino en la imaginación de los líricos y en la de los pintores de lagos. Miss Gertie Millar podía cantar cuanto quisiera el "I'm a silly coven the moon comes out" ("Me quedo como una tonta cuando la luna sale"). Era lo mismo. Los habitantes de Londres estaban seguros de que miss Gertie Millar tendría que entontecerse, si éste era su gusto, ante un espectáculo menos retórico que el que decía que la embelesaba hasta la idiotez.

La luna, naturalmente, aparecía en Londres con la regularidad a que le obliga su giro sideral por los doce signos del Zodíaco. Pero la luz municipal y la del comercio detenían su baño de plata en las alturas y la prohibían el juego de nieve sobre los tejados y el de los cartabones de claroscuro en el recinto del Temple. Había que ir al campo para contemplar la luna y para "quedarse tonto". En último caso, había que leer a Sir Walter Scott, "el que la amó como nadie"...

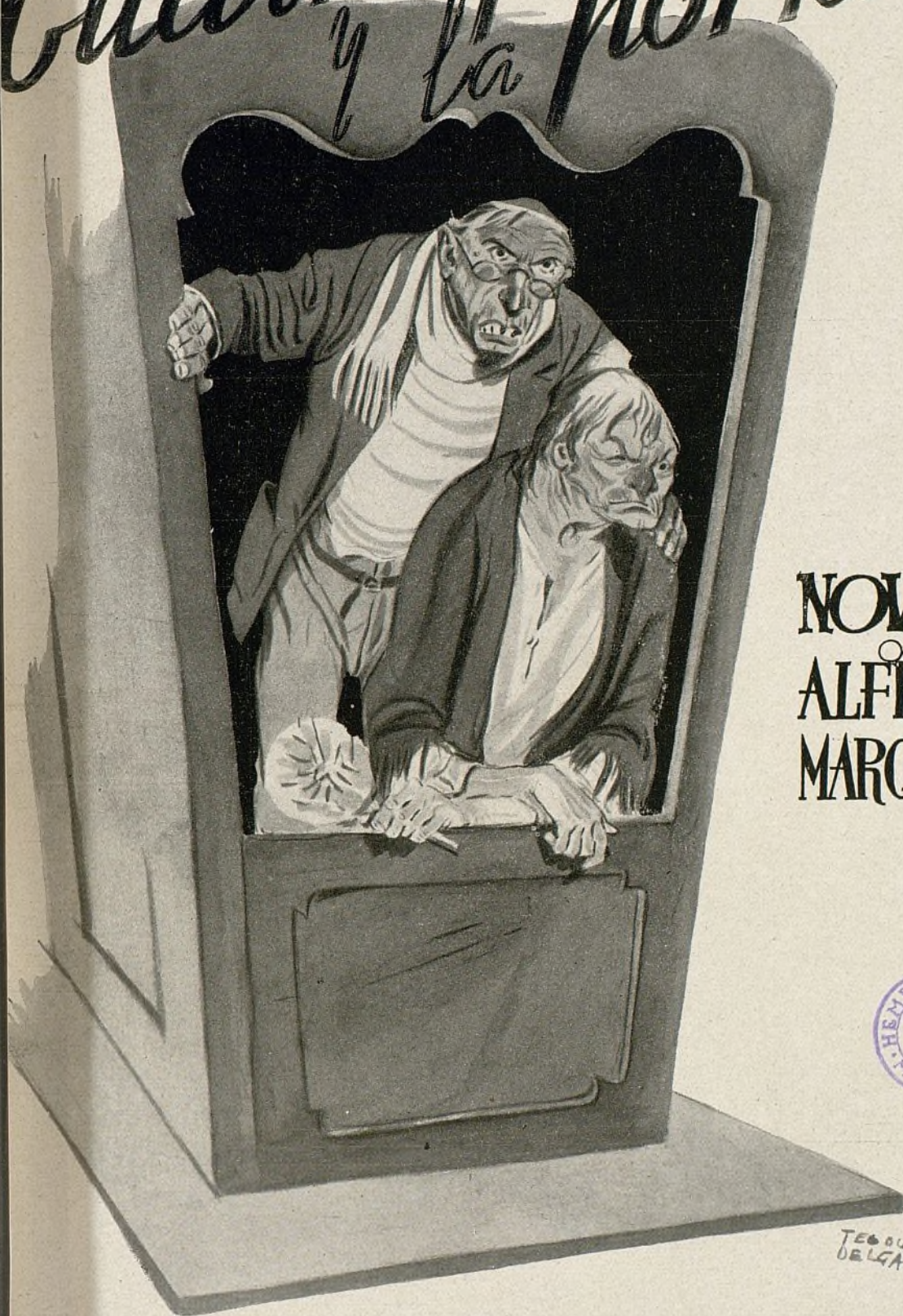
La guerra—exactamente la aviación de guerra—obliga a las ciudades a escamotear su claridad nocturna. No se puede ofrecer a los cielos, en estos tiempos, ciudades consteladas de pedrería eléctrica, con su plano definido y detallado por la geometría de su iluminación. Y Londres se refugia todo él en la tiniebla, renunciando a aquellas joyas de noche—sus arcos voltaicos—de cuando iba alegremente, ¡ay!, al teatro de Couvent Garden.

Es en estos días de negro absoluto cuando se descubre la luna sobre la ciudad. ¡Qué maravilla! Londres se transforma así. El Palacio de Justicia, en el Strand, es un "incomprensible" castillo de la Edad Media. La cúpula de la catedral de San Pablo recoge como un satélite detenido en la tierra la luz del novilunio. La Bolsa se convierte en un templo romano. Calles vulgares adquieren, de improviso, la calidad de pasajes románticos y siniestros. Al volver a casa hay quien se abre a la sorpresa de que su puerta haya sido trasladada al borde de un "canaletto". El gótico del palacio de Westminster nunca ha elevado a los cielos un encaje tan fantasmagórico...

La luna, en Londres, deja de ser un buen tópico de tarjeta de Navidad para convertirse, cuando hay luna, en una realidad del firmamento, capaz de ofrecer una versión inédita de la ciudad deliciosamente escenográfica. Porque los habitantes de Londres, a causa de la guerra, tienen que andar por sus calles y plazas con la vieja y negra linterna de mister Pickwick, cuando el sol se retira de las islas. Y sólo cuando el satélite aparece, ensayando diversas caracterizaciones de "barba" con algodón de nubes, encuentran de verdad su camino y con el camino el asombro de una arquitectura ennoblecida por el hielo resplandeciente del astro de noche y de los treinta mil millones de estrellas de la Vía Láctea.

Es difícil saber si los ingleses están muy contentos o no están muy contentos porque hay guerra. Pero sí puedo afirmar que se sienten felices porque hay luna. ¡Luna en las ciudades, que habían perdido su alma y sus aristas en el famoso siglo "de la electricidad y del Progreso"!

Cuatro pisos y la portería



NOVELA
de
ALFREDO
MARQUERIE



Ayuntamiento de Madrid

LA NOVELA DE "VERTICE"

ENERO DE 1940

Cuatro pisos y la portería

Por ALFREDO MARQUERIE

I

Los porteros vivían en un piso bajo del patio, pero casi siempre estaban en la garita, exactamente a mano izquierda, según se entraba por el portal, al pie del primer rellano de la escalera.

La garita tenía pegada en su vidriera, como parche sobre un cristal roto, la lista de los inquilinos. En seguida se adivinaba que ninguno de esos inquilinos era un personaje de novela. Censo gris y amable de clase media, como en tantas otras casas antiguas y de renta módica, en esta finca de un viejo barrio de Madrid se cobijaban unas cuantas familias de perfiles tranquilos, sencillos y vulgares.

El piso principal lo habitaba una señora viuda: doña Carmen. Seis mil pesetas al año en clases pasivas, sin contar los descuentos. Mucha timidez, mucha bondad, muchos lutos y muchas canas. Y su hijo Antonio, un mozo despierto y simpático que estudiaba "para abogado, con gran aprovechamiento"—según afirmaba la madre ante las risas del hijo—, vamos, sin matriculas de honor, pero también sin suspensiones; que todo hay que decirlo.

—Y es que, ¿saben ustedes?—sugería doña Carmen a los amigos, con cierto tonillo aclaratorio—, las matriculas de honor se las llevan los que tienen apellidos ilustres.

—Madre, ¡por Dios!, no digas disparates. Si el primero de mi curso se llama Pérez y Godínez—decía el chico.

—Entonces será que tú estudias, pero que eres un poco inquieto.

—¿No apruebo?

—Sí.

—Pues entonces, ¿qué manía tienes con las matriculas?

—Es que al curso siguiente..., y luego las becas...

El muchacho bajaba un poco avergonzado la cabeza. Y la madre reaccionaba en seguida:

—¡Bah, bah!, tienes razón. Son bobadas mías. Vamos, no me hagas caso. Vete un rato por ahí, a dar una vuelta.

En el piso primero vivía Juan López, empleado de Banca. Tenía una úlcera de estómago y era socialista. Poco inteligente. Leía la Prensa del partido como si fuera el Evangelio. Y se creía a pies juntos todo lo que esa Prensa afirmaba o negaba. Además desempeñaba un cargo en la directiva sindical de su gremio, y, quizás a causa de su padecimiento físico, se hallaba siempre reconcomido por un complejo de sordo rencor. Hablaba del capitalismo y de la burguesía—merced a los cuáles existía por cierto la oficina que le proporcionaba un medio de vida—, no como de dos fenómenos sociales, sujetos a revisión o crítica, sino como de dos deficiencias de secreción causantes de una enfermedad que requiriera urgente intervención quirúrgica.

—¡Si no fuera por la úlcera...!—pensaba su única hija. (La madre murió de sobrepeso.) Esta hija se llamaba Angeles. Dieciocho o diecinueve años rubios, espigados, alegres. Y nada satisfechos con las torvas teorías de su padre.

Tenían alquilado el piso segundo al teniente coronel retirado don Arturo Gómez y sus dos hijas, a quienes su difunta y bondadosa madre tuvo el capricho floral de bautizar con los nombres de Rosa y Hortensia.

Don Arturo, que siempre fué un señor muy serio, recordaba el doble episodio diciendo:

—Conste que yo me opuse y, que incluso hice constar: me van a tomar el pelo,

con razón, mis compañeros de regimiento. Pero ya mi pobre suegra, vuestra abuela, que santa gloria haya, me previno antes de la boda: "Si tu mujer te dice tírate a un pozo... Rosa y Hortensia, hijas mías, vuestra madre—que aparte de eso fué una santa—tuvo la culpa."

Y las hijas, en una gemela sonrisa y con un ademán mellizo de protesta, respondían:

—¡Pero si estamos encantadas con nuestros nombres, papá!

—Bueno, bueno. Vosotras, ¿qué vais a decir? Pero yo me entiendo.

Y, en fin, el piso tercero lo ocupaba doña Antonia Peña, soltera de edad. No le cuadraba el apelativo ridículo de solterona. ¿Profesión? Sus labores ponía en la cédula. Y las hacía, ciertamente, muy primorosas. Además, impulsaba, con ayuda de algunas buenas almas, una obra pía de protección a los conventos.

—Porque ustedes no saben—era su cantinela—en qué miseria viven, a pesar de lo calumniadas que fueron siempre, las pobres esclavas del Señor. ¡Si yo les contara...!

Y a doña Antonia se le humedecían los claros ojos, que, a pesar de la edad, conservaban un azul virginal, y se le quebraba la dulce voz cuando refería el parvo yantar y la penitencia de las monjitas de sus devociones. De las que ella se había erigido protectora desinteresada y cariñosa desde su piso tercero—que era cuarto—con más voluntad que recursos, naturalmente.

Al margen de este censo, y como detalles subalternos que también debieran figurar en esas casillas de los padrones municipales que todo lo preguntan, hay que añadir que doña Carmen y su hijo poseían un buen aparato de radio, un lujo adquirido a costa de tenaces ahorros. Don Arturo Gómez y sus hijas tenían piano y criada, una chica de pueblo—mejillas coloradas, corsé y medias de algodón—muy contenta con la casa, porque la trataban "como de la propia familia".

Y doña Antonia Peña tenía un pájaro enjaulado—canario o jilguero, no me acuerdo bien—al que trataba con el mismo mimo y con idéntica puntualidad que a sus monjitas. El agua y el alpiste a sus horas. (La ternura siempre se encauza por vías paralelas.)

Detrás de la lista de los inquilinos, pegada en el cristal de la garita de la portería, acechaban los ojos del señor Venancio y de la señora Eulalia. Ojos bastos y sin gracia, desgraciados, espiones, dispuestos a robar en la curiosidad y en el despedazamiento de las almas ajenas la luz que les faltaba en sus propias almas. Consumidos de eso: de agotarse pegados al intersticio y al resquicio, de atisbar, de querer sorprender lo insorprendible y de poner la lengua sucia al servicio de la malicia, de la suposición dañina y felina.

Se habían achatado las narices de los porteros como las de ciertos sabuesos olisqueadores: de tanto aplastarlas contra el vidrio de la asechanza. Y se habían jorobado sus cuerpos y sus espíritus de tanto estar metidos en aquel cuchitril de su observatorio, no para guardar la entrada de la casa, sino para saltar, como sobre una presa, sobre quien entrara o saliera, consumidos al mismo tiempo de tener pocas víctimas en quien cebarse.

¡Qué pareja: Eulalia y Venancio! Para una galería psiquiátrica donde se estudiaran deformaciones monstruosas de los sentimientos, atroñas del ánimo, procesos de los malos humores, de los malos genios: de los genios del mal.

II

El reloj de la portería tenía su esfera empotrada en una absurda caja de madera blanca semejante al ataúd de un niño. Las manillas del reloj hacían la uve perfecta. Mas sencillamente: eran las diez y diez de la mañana. Y en el detestable cromo del calendario, con una señorita en tricomía y un sobreazul, virulado por las moscas, se dibujaban las cifras del año:

1936.

En el taco un mes:

Julio.

Y, debajo, la fecha:

17.

Y, al pie de ella, el día de la semana:

Viernes.

Engracia, la muchacha de los Gómez, bajaba el último tramo de la escalera. Traía ropa de domingo, un hatillo en la mano y una cara de arrobado contento.

La señora Eulalia, despeinada y con los brazos apoyados en la escoba, estaba esperándola. El señor Venancio asomaba su cabezota calva y miraba por encima de los lentes desde el bastidor de guñol de su garita.

—¿A dónde vas?

—Al pueblo con mi familia. Me han dado permiso, como todos los veranos.

Arrugaba el portero su ancho entrecejo y levantaba un índice amenazador:

—¿A que no cumplen lo que dicen los Jurados mixtos sobre descanso de la servidumbre?

—¿Cuántos días te han dado?

—Pues... no lo sé. Las señoritas me han dicho solamente que no abuse.

Ardía en improprios la doble ira porteril:

—¡Canallas!

—¡Farsantes!

—¡Burgueses!

—¡Ves tú, ves tú!

La fidelidad de la Engracia se sublevaba también, pero en otro sentido:

—Yo estoy muy contenta con la casa, y en lo tocante al permiso no hay nada mal hecho. Después de todo, a mí, que soy la interesada, me parece muy bien.

El vano de luz de la puerta de la calle donde brillaba, con cabrilleos de sol, un pedazo de acera lavado por los mangueros, se oscurecía un instante con la entrada del panadero.

Traía la banasta sobre un hombro y usaba cadena con dije sobre el traje de pana. Con la mano libre que le quedaba levantó el puño a la altura de la cabeza:

—Salud.

Respondieron los porteros con voz sorda al ademán colérico y lo repitieron con un inevitable aire de conspiradores de zarzuela:

—Salud, camarada.

Engracia aprovechaba esta coyuntura para escurrirse hasta la puerta, murmurando:

—Bueno, pues, hasta la vuelta.

Y los porteros se quedaron con las ganas de envenenarla el seso con sus predicaciones baratas de propaganda de periódico, de tingladio y de latiguillo de mitin de barrio.

A la entrada del panadero sucedía la del cartero: la gorra de visera echada hacia atrás, el montón de sobres en la mano y en la boca la trompetilla de metal dorado para llamar a los pisos.

Pero no tenía necesidad de desgastar los pulmones, porque ya la inquilina del tercero bajaba los últimos peldaños de la escalera. Venía con un velillo echado sobre la cabeza y un libro de oraciones junto al bolso.

—Doña Antonia Peña. Tres cartas.

—Sí, son de mis monjitas. Gracias.

El portero cortaba su paso bruscamente.

—A ver si tiene usted más cuidado al echar de beber al pájaro. Que cae el agua a la acera,

—Procuraré que no suceda más.

Doña Antonia salía a la calle sin ver, o sin querer ver, que para el caso es igual, los cuatro gestos de encono que la despedían. Porque ya el panadero, que volvía de los pisos, se había unido al grupo.

Y el cartero se iba tras la destinataria de las cartas de los conventos, murmurando roncamente:

—El pajarito y las monjitas. ¡Ya te darán a ti!

Y el panadero:

—Valiente "carca".

Y la portera, con la escoba en el aire, como una bruja desmontada:

—¡La beatona esa!...

Y el señor Venancio:

—A misa va, seguro, ¡A ver cuándo no queda ni una iglesia!



La Historia ignorará siempre por qué un portero sentía el día 17 de julio de 1936, en la capital de una nación relativamente civilizada, el ardiente e iracundo deseo de que una señora no fuera a misa y de que no quedara en pie un solo templo. Pero aunque la Historia lo ignore, lo cierto es que, con estas ansias de ciertos y determinados porteros, carteros, panaderos y otras gentes de mejor posición y de peor vivir, fué posible y hacedera una tremenda revolución.

Aquella mañana los inquilinos de la casa del viejo barrio madrileño sentían cierta prisa subconsciente por salir a respirar el aire de la ciudad. Era la premonición de su último sol alegre.

La rubia Angeles—¡qué gentiles dieciocho años, y qué gracia juvenil en la estirada seda de la blusa, y en la pierna firme, y en el garboso taconeó!—llegaba exactamente al descansillo del principal cuando se abría la puerta del piso de doña Carmen y salía Antonio, topándose de manos a boca con la estampa florida de su vecina. No era casualidad. Espiaba detrás de la dorada mirilla, después de mucha práctica de observar las entradas y salidas de Angeles, y de conocer, con oído sutil, el paso aquel de los tacones redoblantes.

Bajaba ella los escalones sintiendo cómo se clavaban en su nuca los ojos del muchacho. Atravesaban—primero ella, después él—con las mismas caras repentinamente serias, la trinchera que abrían, a uno y a otro lado del último tramo, los porteros. Y después, en la calle, donde la chica, al pasar bruscamente de la sombra a la luz—y como era tan rubia—, tenía que hacerle guiñitos al sol; todavía duraba la escolta del muchacho hasta dar la vuelta a la primera esquina.

Y si alguna vez, disimuladamente, y con el pretexto de arreglarse esa onda rebelde al peine, que se empeñaba terca en rizarse al revés, Angeles miraba con el rabillo del ojo o sacaba el espejito de bolsillo defendido por el parapeto de la cartera a la altura de la cara, advertía cómo Antonio seguía aún parado un buen rato

en la esquina con el achaque de encender un cigarrillo, o de esperar un tranvía inexistente, o simplemente de hacerle la caricatura al farol, tieso y desairado, que brotaba en el encintado de la calle, árbol del gas con copa de vidrio.

Era tan menuda, tan simple, tan pueril la historia, que no valía la pena de ser contada. Ninguno de los dos se lo habían dicho a nadie, por supuesto. Hasta resultaba inverosímil que, después de vivir tantos años en la misma casa, no hubiera nunca un pretexto para enhebrar conversación. Pero es que a veces el amor no tropieza con caminos tan difíciles como los de la misma facilidad.

Entre tanto el Venancio le decía a la Eulalia con un torpe juego picoteante de sus dedos pulgares:

—A mí me parece que ésa y ése...

Crujía la vieja madera de los escalones. Bajaban don Arturo y sus hijas. El, en medio de la doble guardia de Rosa y Hortensia, siempre vestidas igual, con las mismas telas y con idénticos adornos, no muy elegantes, ciertamente, porque el sueldo del padre no daba para más.

—¡Anda que éstos...! Menudos parásitos—comentaba la porteril pareja.

Andaba don Arturo lento y pausado, con un bastón que era una caña amarilla y de muchos nudos, de cuando estuvo en Filipinas. Sobre el rasurado rostro, un brillo en los lentes parecía atraer la atención de su mirada como el detalle de una revista militar. Y Rosa y Hortensia caminaban con igual ritmo en el paso y con semejante dulzura en la doble sonrisa, sin artificio de tocador, y siempre, por eso, un poco pálidas.

En la oquedad del portal resonaba el triple saludo y la seca respuesta:

—¡Buenos días!

—¡Buenos días!

—¡Buenos días!

—¡Buenas!

Ya en la puerta se cruzaron con el carbonero, que iba al principal.

Descansó el negro saco un momento junto a su tiznado



portador que se quitaba la boina para enjugarse con el dorso de la mano el sudor de la frente, y que se dejaba por eso trazada en ella una mancha clara.

Al carbonero le brillaban los ojos y los blancos dientes como a los que se disfrazan de negros en las películas. Formaron conciliábulo los cuatro: los dos porteros, él y el saco, que también parecía un personaje más, sentado en cuclillas y con las espaldas muy cargadas:

—¿A dónde llevas eso?

—Al principal.

—Ahí vive el pollito ese, que es de los de Primo de Rivera.

—¿Cómo lo sabes?

—Por la insignia. Y porque se pone la camisa para ir a los mítines.

—Ya le darán a él. ¿Y qué se dice?

—Que pronto se va a armar.

—Ya es hora.

—Están rabiosos.

—Pues nosotros no digamos.

El carbonero decía "nosotros" echando mano al saco otra vez y aupándose al hombro, como a un compañero muy borracho.

Se quedaban solos el Venancio y la Eulalia. Pero por poco tiempo, porque doña Carmen, que sólo esperaba al carbonero para salir, en cuanto éste dejó su carga, bajó también las escaleras con tático y menudo paso.

El hombre tiznado se retrasó en el descansillo contando lenta, sobona y desconfiadamente las monedas del pago.

El Venancio abordaba a doña Carmen:

—Oiga usted.

—¿Qué hay?

—Esa dichosa radio. Que se están ustedes buscando músicas extranjeras hasta las tantas... y no dejan dormir.

—Es mi hijo, que se entretiene por las noches. Pero tiene usted una forma de decir las cosas, que no es para hacer caso precisamente.

—Yo digo las cosas como me da la gana.

Se iba sin contestar doña Carmen, pensando en no decirle nada del incidente a Antonio, para evitar disgustos.

Entretanto el carbonero, que había terminado de contar los cuartos, pero que aguardaba algo en el descansillo, rebuscó en el fondo del flácido saco un pedazo de antracita y garrapateó, con letras torpes, en la blanca pared, junto a la puerta del piso:

AQUI VIVE UN FASCISTA.

III

¿Qué día del mes anunciaba el taco del calendario—detestable calendario con un sobre azul y una señorita en tres tintas profanados por las moscas—que el señor Venancio tenía clavado en la pared de la portería? La mano del portero, mano velluda y crispada, con aire de garra, arrancó una, dos, tres, cuatro, acaso algunas hojas más a partir de ese 17 de julio de 1936, fijado con tintas de tragedia.

Al Venancio se le había olvidado mudarle la piel a varios días del almanaque. Y ahora lo hacía de golpe, sañudamente. Y volvían a ser en el horrible reloj de pared, que parecía el féretro de un niño, las diez y diez de la mañana.

El portero y la portera miraban a la esfera del reloj con visibles gestos de impaciencia. A la tensión de sus muecas respondía la del diálogo breve, cortado y seco:

—¿Avisaste?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Anoche.

—¿Por qué no vinieron?

—Porque tienen mucho servicio.

—¿Por qué no repites el aviso?

—Porque no hace falta.

—¡Es que tardan!

—No se escapan, no hay cuidado.

—Pero cuanto antes es mejor.

—Quizás esta misma mañana...



Miraba la pareja al techo, que correspondía al suelo del principal, donde Antonio pulsaba febrilmente, y sin éxito, el aparato de radio. Estaba el muchacho sentado ante la mesa del comedor, cubierta con un oscuro tapete de bordada bayeta verde. Encima, una de esas antiguas pantallas de porcelana que parecen soperas puestas del revés.

La habitación era triste, porque los pesados visillos que cubrían los cristales del balcón tenían demasiado miedo de la luz. La cristalería, alineada tras los vidrios del aparador de falso nogal, brillaba con tímidos reflejos. Una alfombra ahogaba los pasos de doña Carmen, que llegaba hasta la espalda del hijo para reconvenirle suavemente:

—Te debes acostar. No has dormido ni un momento. ¡Deja eso ya!

—Es desesperante no poder oír ahora más que las estúpidas radios de aquí.

—Sí, hijo, sí. Pero descansa un rato.

—No puedo. No me dejan los nervios.

—¡Todo se arreglará!

—¡Ay, madre! Tú no comprendes bien.

—Hay cosas que no entiendo, la verdad. Esto de la política cada vez es más enrevesado.

—¡Pero ahora no se trata de política! Se trata de algo esencial para todos nosotros, para España. Estoy sin enlaces. No sé qué ha sido de mis camaradas. No he recibido consignas. No sé lo qué hacer.

—Pues ya te dirán.

—Sí. Me hace falta hablar con alguien, contar lo que oíamos anoche.

—¿Por qué no subes a telefonear al segundo, a casa de don Arturo?

—¿Qué es ese señor?

—Militar retirado, creo.

—Pues sí. Voy un momento.

Pálido, despeinado, con los ojos cargados de calentura y de insomnio, Antonio abrió la puerta de la escalera y subió, en cuatro juveniles y elásticas zancadas, al piso del teléfono.

Le salió a abrir doña Antonia, que estaba allí también, atraída por el deseo de comentar los acontecimientos, y que le recibió con un dedo sobre los labios:

—¡Chist! ¿Quieres telefonear?

—Sí.

—Ten cuidado. Dicen que están las líneas intervenidas.

Al pasillo donde estaba el teléfono, y a la llamada del timbre, y al rumor de la conversación, salieron don Arturo y sus hijas. Antonio saludó torpemente y se disculpó por la molestia. Marcó varios números del teléfono sin obtener respuesta.

—Nada. No contestan.

Rosa y Hortensia, azoradas por el nervosismo del muchacho, asistían a todo con grandes ojos abiertos. Doña Antonia comentaba en voz baja:

—...¡Y que aquí estamos vendidos!

—¿Usted cree?

—Claro. Los porteros son de "esos". Y el padre de Angeles también.

—El padre de...

Por la imaginación del muchacho cruzó un momento la gentil silueta rubia; bajó un instante por las escaleras de su memoria.

—La chica no es así, sino muy distinta. ¡Qué lástima!, ¿verdad?

Suspiró doña Antonia. El teniente coronel—de batín y en zapatillas—dió, pensativo, una chupada a su cigarrillo. Después preguntó al muchacho:

—¿Están en la Sierra, no?

—Anoche lo dijeron por la radio.

—Ojalá pueda volver a vestir pronto el uniforme.

—Yo creo—insinuó doña Antonia—que debemos volver a nuestros pisos. Es seguro que los porteros están espionando lo que hacemos.

—Sí, será lo mejor.

Antonio bajó de puntillas la escalera y entró de nuevo en su casa, donde, al lado de la puerta entreabierta, le esperaba ansiosamente la madre.

—¿Qué hay?

—Nada; no responden los teléfonos.

—¿Qué vas a hacer?

—Por lo pronto esconder la camisa y el carnet, y algún periódico que quede por ahí. Pueden venir a registrar.

Pero no hubo tiempo para las previsiones. El aviso delator de la portería surtía sus efectos.

—¡Calla! ¿Has oído?

—Es un "auto" que se para abajo.

—Entran en el portal.

—Hablan con Venancio.

—Suben ya la escalera.

—Traen fusiles.

—¿Vendrán aquí?

Desde que las primeras sordas pisadas retumbaron en los escalones, hasta que el timbre y los golpes con el puño y los culatazos sacudieron la madera de la puerta del piso, Antonio descartó, en lúcidos relámpagos de pensamiento, la idea del escondite o de la fuga. Se repitió a sí mismo muchas veces: "Sabré morir bien, sabré morir bien..."

Entraron las milicias—correaes y pistolones sobre los sucios monos azules—. Uno de los tipos ordenó:

—A registrar.

Se esparcieron por la casa. Lo revolvieron todo. Tiraron patas arriba las sillas. Arrojaron al suelo la ordenada ropa de los armarios, levantaron los colchones de las camas, y uno de esos colchones, que tenía la tela enganchada en el sommier, se rasgó de la brusca sacudida y dejó asomar, por la boca del roto, la lengua blanca de la lana. Sacaron de cuajo los cajones de la cómoda, los volvieron del revés. Cayeron confundidos viejos estuches, collares, dijes y medallones; álbumes de metálicas cantoneras, antiguas fotografías, recortes de revistas pasadas de moda, flores lacias, paquetes de cartas marchitas, recordatorios de muertos y estampas de primera comunión; papeles y cajas de hilos y botones, que se desgranaron y rodaron sobre los baldosines, como si estallaran entre las toscas manos de los aduaneros del rencor frutos rellenos de maduras y redondas semillas.

La camisa azul, con las rojas y bordadas flechas, no quiso delatarse. Fué como si se ocultara suavemente entre los dobleces de alguna de aquellas piezas de ropa blanca que yacían tiradas por los rincones. Y lo mismo el carnet, entre las hojas de alguno de los libros que los milicianos sacudieron, sin lograr arrancarle su secreto.

En unos instantes el piso tomó la apariencia de esas casas a las que se contagian de pronto las llamas de un incendio, y de las que sus moradores, después de intentar llevarse todo, salen al fin sin nada.

Tras el registro sin fruto los asaltantes coincidieron en el comedor. Decidió el "responsable":

—Sabemos que aquí hay un fascista y nos le llevamos. Tú te vienes con nosotros.

El muchacho sintió cómo se hincaba en su carne la tenaza de los brutales dedos.

La madre, con un ahogo en la voz que la volvía súbitamente ronca, tuvo fuerzas para preguntar:

—Pero, ¿dónde le llevan?

—Ya lo verá.

Antonio ensayó el difícil ejercicio de una sonrisa para decir con un acento grave y viril, que a él mismo le sorprendía, como si, de pronto, hubiera madurado en la hombría su voz:

—Ten tranquilidad; no será nada.

Pero en las miradas de los hombres armados ardía el brillo del odio, y la madre se fue tras ellos, sollozando, por las escaleras. Y cuando llegó a la calle sus sollozos crecían ya en altura, y eran lamento desgarrado y violenta imprecación. Aún forcejeó con los rudos brazos que no le dejaban subir al coche, donde se llevaban al hijo.

Y cuando inició su marcha el motor del "auto" y comenzaron a girar las ruedas, salió corriendo detrás, y le escoltó con el aspaviento desolado de sus brazos y con el fuego de sus gritos, que dardeaban el aire caliente de la caliente mañana de julio:

—¡A esos!... ¡Que se lo llevan!

Unas gentes volvieron la cabeza con curiosidad. Otras, acobardadas, se colaron de rondón, súbitamente, en los portales.



Y, entre tanto, como doña Carmen se había dejado la puerta abierta, el Venancio subió al piso, atravesó las revueltas habitaciones, llegó al comedor y abrazó la radio. Y se la llevó en vilo, como si raptara a un niño con su cuna.

IV

Estaba Juan López sentado ante la mesa del comedor de su casa. Tenía el periódico desdoblado entre las manos. Frente a él la hija le observaba en silencio. Las hojas del diario le ocultaban el rostro del padre. Dejaba vagar la mirada por las paredes de la habitación y se detenía un momento en la contemplación de los retratos familiares, tantas veces vistos que ya casi carecían de contenido. Y en aquella gran ampliación de la fotografía de boda—encima del testero—, Juan López, al lado del rostro borroso de su mujer, exhibía un gran bigote que le enmascaraba el parecido, hasta dar la sensación de otra persona totalmente distinta.

Angeles, cohibida por el mutismo de su padre, fijaba sus ojos en las titulares del periódico. Entre los arpones de los signos de admiración, en letras gordas y negras como grandes moscones, las titulares gritaban: "¡Por la victoria de la revolución del proletariado, adelante!"

Seguía el lector embebido en su vicio, sin atender al plato donde se enfriaba un pedazo de pescado.

Angeles, por romper el silencio, comentó:

—Me he pasado la mañana en la "cola". Dicen que va a faltar de todo.

—¡Mentira! Bulos que lanzan los fascistas.

La muchacha aventuró tímidamente:

—Se han llevado al chico del principal.

—Ya lo sé.

—¿Qué harán con él?

El rostro arrugado, los ojos turbios se fijaron un momento sobre las claras pupilas, clavadas en él con un estupor de susto.

—A los enemigos del pueblo hay que tratarlos como se merecen. A mí mismo no me asusta. Ya lo he hecho.

—¡Eso no es verdad!—gritó la muchacha, a quien cortó el aliento la brutal revelación.

Se agravó el rictus en la boca del padre:

—Fué el lunes pasado. El día que no vine a casa. Estuve en el asalto al cuartel de la Montaña. Y entré de los primeros. Y no siento ningún escrúpulo. Hay que exterminarlos a todos.

—¡Calla!

Se levantó Angeles en un impulso incontenible. El horror y el asco le bajaban del alma a los sentidos y la apartaban para siempre de aquel ser que hasta unos minutos antes vió como a su padre. En los ojos turbios, torcidos en un estrabismo cruel, había como un reflejo de agonías vidriadas que suplicaban inútilmente clemencia. Aquellas manos huesudas, que doblaban el periódico sobre el mantel, estaban ya manchadas de sangre para siempre. Pensó que le vería así, hasta el fin de sus días, con un gesto y una palabra de crimen, empuñando una pistola humeante, inclinado sobre sus víctimas, sin sentir el escalofrío de la piedad.

—Me voy. No vuelvo más. ¡No quiero, no puedo verte!

El padre reaccionó:

—Escucha...

Pero se le quebró el débil ademán para retener a la hija. La dejó ir sin fuerzas para argumentar. Ni para amenazarla. Sintió el portazo que subrayaba la salida y el sollozo que la escoltó con la sensación de algo definitivamente irremediable.

Al cabo de unos minutos de pensamientos oscuros que se le entremezclaban en la cabeza como enlutadas barajas, sacudió su cuerpo endeble y su arrugado rostro un acceso de dolor en la mordedura ardiente del estómago que le hacía sentir la saliva amarga. Sobre el mantel su mano se encogió, arañó en el periódico, se ensañó con el pliego del papel y lo amasó y lo estrujó hasta dejarlo convertido en la pelota de la ira. Lo tiró contra la pared. Tomó la llave de la casa, abrió la puerta y se lanzó escaleras abajo.

Al llegar a la portería entregó la llave a la Eulalia, que le estaba esperando con un gesto de estúpida alegría.

—Si vuelve mi hija—que no lo creo—le das la llave y le dices que me voy al frente, de donde no pienso volver.

—Pero...

—No hay pero que valga.

—Pues salud. Y buena suerte.

Ya en la puerta de la calle Juan López torció la cabeza para decir:

—¡Buena suerte?... ¡Idiota!

V

La tarde de julio se hacía pesada y lenta en el interior del gabinete donde co-sían Rosa y Hortensia, sentadas en los extremos de un antiguo diván, mientras su padre paseaba, con las manos a la espalda, de un lado a otro de la habitación. Era una siesta cargada de sopor, pegajosa de moscas. Por el semiabierto balcón que daba al patio entraban vaharadas de aire caliente mezcladas al estridor chillón y monótono de la música de discos que dejaba escapar la radio "incautada" por el portero.

Hortensia y Rosa hincaban las agujas sobre las gemelas piezas blancas de la labor, y después, sin separar los ojos de la puntada de la costura, levantaban las manos con un movimiento medido y rítmico, como el de los arcos de los violines en las orquestas disciplinadas.

Don Arturo, cabizbajo, enhebraba también una y otra vez su paseo de recia pisada militar que, aun velada por la suavidad de las zapatillas, contagiaba la vibración a los muebles de la estancia.

Cada vez que daba media vuelta su batín rozaba isócronamente el borde de una adamascada cortina que cubría la puerta. Y temblaban los borlones de sus adornos con algo de mudos y blandos cascabeles.

Había en la habitación, como invitadas, tímidas y faldilargas, muy pegadas a la pared, hasta media docena de sillas embutidas en sus fundas de tela clara. Recordaban a esas señoritas borrosas de las fiestas de los casinos de pueblo: vagas formas, sin rostros precisos, ocultos tras los abanicos, en las que apenas se repara y a las que nadie saca a bailar.

Colgaban en las paredes unos tapices baratos con escenas que no eran de mitología ni de historia, ni siquiera de ópera, sino más bien de zarzuela, a base de carcerías y meriendas campestres con personajes de estilos a la moda del siglo XVIII.

Al lado opuesto del balcón se adosaba al muro un antiguo piano de caoba. El silletín, colocado exactamente bajo la mitad justa del teclado, frente a los dorados pedales. Encima de la tapa movía a lástima, como un tullido que pidiera limosna exhibiendo sus hombros mutilados, el plateado busto de Beethoven.

Lo único que daba frescura a la habitación era el ancho mármol de una consola con un gran espejo de barroco y dorado marco. Y dos grandes pay-pay de paja cruzados—panoplia de armas incruentas—sobre la vitrina donde se escalonaban en objetos y figuras de porcelana, de concha, de marfil, memorias plásticas de las Filipinas de don Arturo.

Era esa vitrina y su contenido lo que tintineaba al compás de las pisadas castrenses. Los abanicos de nacarados varillajes, unas pipas de espuma de mar con cabeza de dragón, las sutiles y quebradizas figuritas de unos chinos diminutos, una caracola de tornasolados reflejos y una cajita de laca cuyo difícil secreto para ser abierta se perdió, y ya ni don Arturo ni sus hijas sabían su verdadero contenido. Alguna vez, puesta la caja de laca en manos de una visita curiosa, apretaron en sus aristas y en los adornos de su taracea para tantear el misterioso e ignorado resorte. Pero no lograron que la tapa se levantara. Al hacer sonar la caja contra el oído sintieron que no estaba vacía. Como si dieran con una clave fácil, todos convinieron: "Sí, no cabe duda. Tiene algo dentro." Pero la cosa no pasó de ahí.

En la radio del portero cesó de sonar la música. La voz del locutor, ampliada en la bocina natural del patio, dejó oír estas palabras:

"Que todos los militares retirados se presenten inmediatamente en el edificio del Palacio de Museos y Bibliotecas. Atención."

Y una vez y otra, hasta el rango de la obsesión, el aviso se siguió repitiendo.

Se rompió la paz del gabinete. Don Arturo detuvo su paseo. Rosa y Hortensia abandonaron, turbadas y acongojadas, la labor.

—Papá, ¿qué vas a hacer?

—¿Irás?

—Pues... sí que es una contrariedad. No estoy dispuesto a presentarme de ninguna a manera a este Gobierno, o lo que sea. Pero, por otra parte, si no acudo al llamamiento, que a lo mejor es algo de mera fórmula, me signífico de un modo

ingenuo... Creo que con ir no pierdo nada. Si me exigen algo contrario a mi conciencia ocasión tendré de negarme. Sí; voy a ir.

Vieron las hijas cómo el padre se despojaba, en violenta gimnasia, de la bata casera; cómo desaparecía tras las cortinas y cómo volvía a poco para darles un beso a cada una, no sin antes agregar:

—Si tardo, no asustaros, que no será nada.

—¡No digas eso!

—¡Qué intranquilidad!

—Ya ves lo que le ha pasado al hijo de doña Carmen esta mañana.

—Y a la propia doña Carmen, que no ha vuelto.

—Dice doña Antonia que Angeles ha huido de casa.

—Y que su padre se ha ido desesperado al frente.

Interrumpió don Arturo, visiblemente turbado:

—¡Calma, calma! No apuraros. Hasta luego, ¿eh? Volveré en seguida; ya lo veréis.

Salieron a despedirle hasta el descansillo de la escalera. Volvieron a la habitación, donde la tarde de verano se cuajaba en espeso calor de modorra. Ya no tenían ánimos ni fuerzas para continuar las pacíficas costuras hogareñas, que yacían abandonadas, lastradas por los dedos y las tijeras en un cestillo de mimbres de colores.

Se miraban Hortensia y Rosa. Duplicaban y devolvían en sus ojos la imagen interior e idéntica de sus sustos. Seguía la radio escandalosa vertiendo el chin-chin de sus músicas desde el fondo del patio.

En un reloj de péndulo que, encerrado en su caja, mataba uno de los ángulos de la habitación—tic-tac, tic-tac—, se iban haciendo pedacitos poco a poco las horas, con desesperante lentitud. El reloj las cogía entre sus cascados dientes y las trituraba despacio, despacio, como si le costara mucho trabajo masticar el duro tiempo y los rumiara largamente en el ir y venir, en el venir y el ir del pesado péndulo.

—¡Ay, no sé qué me pasa!—decía Hortensia.

—¡Y si tocáramos el piano!—proponía absurdamente, desconcertada, Rosa.

—¡Qué cosas tienes! Vaya una ocurrencia.

—Así nos distraeríamos... Si empezamos a pensar es peor.

Rosa arrastraba por la manga a su hermana, y una en el sillón y otra en la enfundada silla levantaban la tapa del piano. Aparecían, como en una gran boca de risa inmóvil, los amarillos dientes del teclado.

A dos manos, cruzando los brazos cuando así lo exigían las notas, comenzaron a tocar la "Marcha militar", de Schubert, cuyos primeros compases sonaron extrañamente en la habitación, imitando el toque inicial que pone en sonoro movimiento la banda de música de una formación.

Asustadas de su propia audacia, de lo extemporáneo, de lo irreverente de su acto, interrumpieron la ejecución y volvieron avergonzadas al diván.

Negros murciélagos de sombras iban aquietando su vuelo por los rincones. La luz se adelgazaba. Las dos hermanas dejaron escapar suspiros que subían de los fondos de los pozos, cada vez más hondos, de su angustia. Se repetían las mismas frases, como si rebotaran en sus labios. Y ninguna de las dos se atrevía a aventurar la sospecha que le rondaba, ni a romper a llorar para no alarmar a la otra con su llanto.

—Vamos a poner una vela a la Santa—dijo Hortensia.

—Sí; eso es.

Trajeron la imagen, que era una talla policromada. Encendieron la bujía, y rezaron juntas en fervoroso bisbiseo.

Concluida la oración, otro nuevo afán de hacer, otro deseo de actividad inconcreta les desasosegaba.

—¿Y si llamáramos por teléfono?

—¿Dónde?

—No sé... A la Policía, a la Dirección.

Una buscó afanosamente entre la selva impresa de los números de la Guía y dictó la cifra, que la otra marcó en el aparato.

—Ya contestan. Habla tú.

—Aquí es la casa de don Arturo Gómez. Que mi padre salió al llamamiento ese que hicieron a los militares retirados y que... ¿Eh? ¿Cómo? Pero ¿por qué?

Vibró en el auricular la palabra "detenido". Y después el corte brusco. Sin más explicaciones.

—¡Jesús!

—¿Qué hacemos?

Escaleras arriba, aterradas del suceso y de su soledad, Rosa y Hortensia se precipitaron, con los ojos encendidos de llanto, al piso de doña Antonia.

Toda la casa era ya como un globo que fuera arrojando el lastre de sus inquilinos para evitar una ignorada y brusca caída. Los que quedaban buscaban la última zona de altura.

En el fondo del patio, anclados a la radio, los porteros escuchaban el cuplé donde galopaba una jaca en la sonora cruz de la madera que al chocar entre sí hacían los palillos de un tambor.

VI

Lo primero con lo que Hortensia y Rosa tropezaron al entrar en el piso de doña Antonia fué con su propia y doble imagen. Con una Hortensia y una Rosa blanca, trémulas, los ojos brillantes de lágrimas. El gran espejo del perchero, en la media sombra del pasillo, frente a la puerta de entrada, devolvía sus figuras, sin que en la penumbra se discerniera bien lo que era la realidad y lo que se debía al juego óptico de la gran luna biselada.

Allí mismo, entre hipos de llanto y voces mojadas de sollozos, trataron las muchachas de explicar su angustia a doña Antonia, que las escuchaba y buscaba el modo de consolarlas sin acertar bien con las palabras convincentes.

Entre la guardia de dos maceteros que, a los lados de la percha abrían las hojas lánguidas de sus palmas artificiales abrazadas por lazos de desvaída gasa, el espejo repetía la escena. Era como si la pared del estrecho pasillo se ahondara y agrandara hasta convertirse en una falsa habitación donde tenían cabida los tres nuevos personajes: los del reflejo del cristal.

—Entonces, ¿está detenido?—recapitulaba doña Antonia.

—Eso nos han dicho por teléfono.

—Y nos han colgado en seguida.

Hubo una pausa, con el silencio cortado por las respiraciones jadeantes de Rosa y Hortensia. Estas reanudaron su lamentación:

—Nosotras quisiéramos hacer algo.

—¿Qué nos aconseja?

Meditó doña Antonia:

—No sé qué deciros. Si nos atreviéramos a ir...

—¿A la Dirección?

—No. Es noche ya y hay muchos tiros por la calle.

—¿Entonces?

—Aquí enfrente, al radio comunista.

—Pero ¿no nos sucederá nada?

—Hay gentes del barrio que yo conozco hace años. Y siendo nosotras mujeres solas...

—Con tal de salvar a papá...

—Vamos.

Salieron las tres mujeres y se despegaron del cristal sus tres imágenes. El espejo del perchero se quedó solo en el pasillo reflejando en su gran luna la madera de la cerrada puerta.

Cuando atravesaron el portal la Eulalia abrió asombrada la boca, y después de seguirlas con la mirada hasta la calle y de verlas entrar en el radio comunista de enfrente, corrió al patio con torpe bamboleo a comunicar la noticia a su marido.

El señor Venancio tenía el botijo al lado, igual que un gato de barro. Se extasiaba sentado en una silla baja ante el aparato de radio, colocado en otra silla más alta como en un pequeño altar. El patio estaba ya cargado de sombras nocturnas, y en el pedazo de cielo que dejaba ver, arriba, el hueco de sus cuatro muros, entre la pauta musical que fingían las cuerdas de los tendedores brillaban unas claras estrellas del verano, como de papel de plata.

—Se han metido en la boca del lobo—dijo la Eulalia.

Arrobado por la música que resonaba en el altavoz y de la que llevaba el compás con su cabezota calva, el portero levantó los hombros despreciativo:

—Es igual. De todas formas los del radio iban a venir por ellas después de mi denuncia.

El Venancio, dulcemente acariciado por la obscuridad del anochecer, embele-

sado y aturdido por la vibración de la música, pensó vagamente en los pisos de la casa ahora vacía: el principal, revuelto, como lo dejaron las milicias; el primero, con los manteles de la mesa sin levantar; el segundo, con sus tapices y su piano y su vitrina; el tercero, con su perchero de gran luna...

Allí, en el tercero, estaba, justamente en el balcón, el pájaro de doña Antonia. Su dueña se dejó abierta la puerta de la jaula que limpiaba cuando llamaron Rosa y Hortensia y que, con las prisas, olvidó de cerrar.

El pájaro entrevió la libertad al rozar con sus plumas un lado de la cárcel libre de los alambres. Primero, se apoyó timidamente con sus patitas frágiles en el borde de la chapa de cinc. Movi6 a un lado y a otro su asombrada y redonda cabeza. Ensayó a dar unos saltos tímidos y, como vió que nada se lo impedía, desplegó las alas, y batiéndolas con fuerza voló y saltó hasta el borde de la baranda de hierro del balcón.

Después, enloquecido de altos horizontes, de libre aire y de cielo con estrellas, se lanzó a otra empresa más fuerte: a la aventura del gran recorrido imprevisto, al trayecto ignorado que le llevaría al campo, lejos de aquellas piedras lisas y cuadradas, de aquellas piedras horribles. De otro salto se posó en el alero del tejado. Y desde allí, por encima de alambres y de chimeneas, empezó a subir, a subir y a surcar con las patas encogidas y las alas bien tensas la atmósfera blanda y oscura.

Abajo, sobre la gran llanura que partía un río de lecho poco profundo, quedaba—remolino de piedras, hondones de calles y plazas, redes de cables, masas de bosque—la ciudad. Y en la ciudad una casa sin inquilinos, desalquilada, deshabitada por la revolución y la muerte.



LA PROXIMA NOVELA
DE "VERTICE" SE TITULARA
CAMINO DE IDA

————— POR —————
GABRIEL GARCIA ESPINA

RIVADENEYRA, S. A. - MADRID

Dos canciones al Niño Jesús

1

Si la palmera pudiera
volverse tan niña, niña,
como cuando era una niña
con cintura de pulsera.
Para que el Niño la viera...

Si la palmera tubiera
las patas del borriquito,
las alas de Gabrielillo.
Para cuando el Niño quiera,
correr, bolar a su vera...

Si la palmera supiera
que sus palmas algún día...
Si la palmera supiera
por qué la Virgen María
la mira... Si ella tubiera...

Si la palmera pudiera...
.....la palmera.....

1 1

Duérmete, Niño, que bienen
para que duermas.

Pajaritas de las nieves
—alas de seda—
bienen a mecer tu cuna
para que duermas.

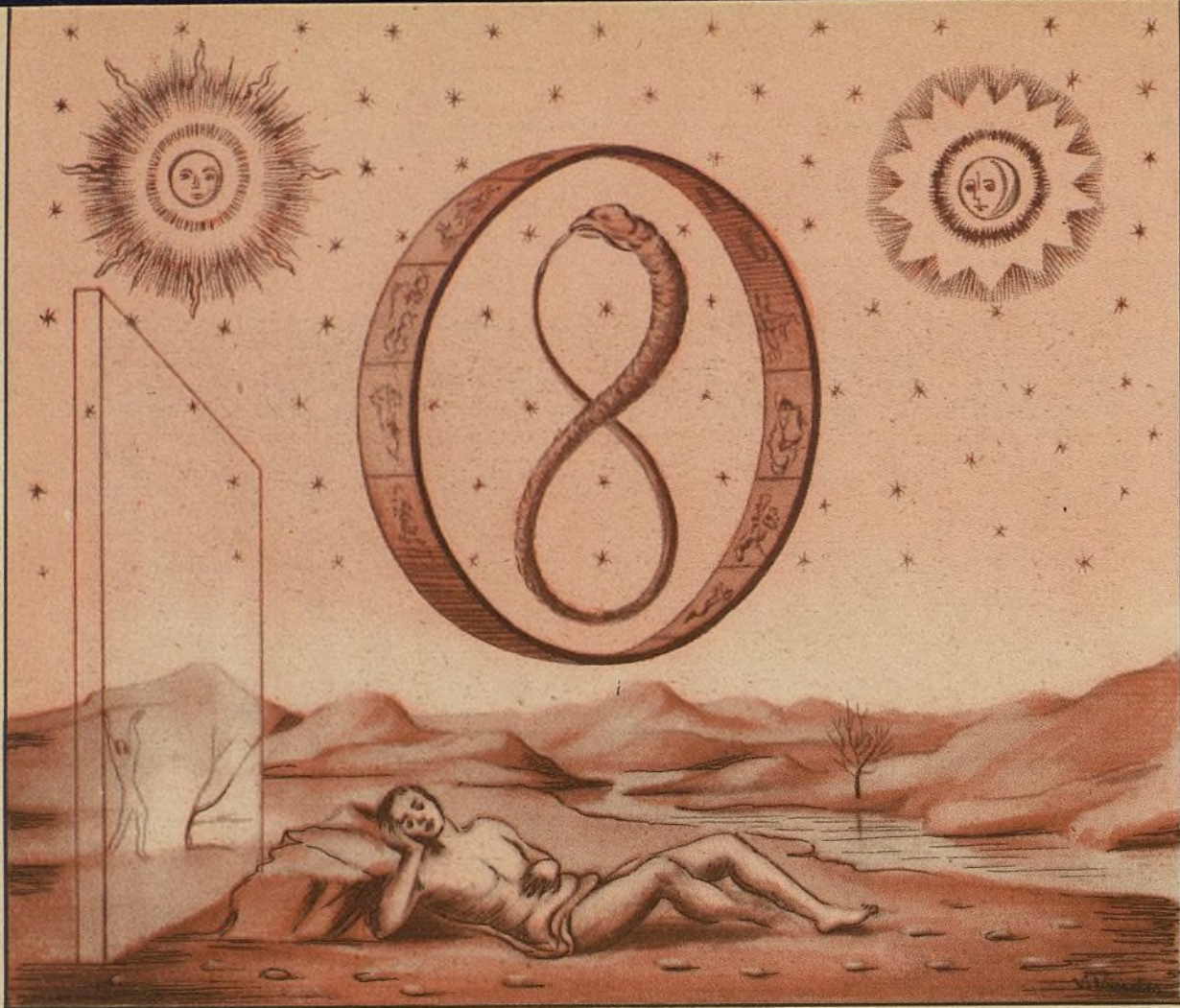
Dos a dos y cuatro a cuatro
—derecha, izquierda—
te están meciendo la cuna
para que duermas.

Se posan, vuelan, se posan
—patas de estrellas—
alternan—columpio aéreo—
para que duermas.

Duérmete, Jesús chiquito,
—alas, estrellas—
(ya se va durmiendo el Niño)
para que duermas.

Gerardo Diego





EL TIEMPO

CUENTO

Por SAMUEL ROS

HAY que detener al Tiempo para que se pare a escuchar. Su corriente mana en un fluir continuo y la voz se pierde arrastrada por la corriente, así como se van las flores arrojadas al río.

Hay que detener al Tiempo para que se pare a escuchar. Después, puede seguir su marcha, pero antes es preciso que explique lo que sólo él sabe. ¿Por qué?... ¿Por qué? Hay que detener al Tiempo, porque de otra forma es inútil la pregunta. El sigue su camino, y todas las interrogaciones, con su vientre de angustias, quedan en el aire revolando impaciencias, sin que las clave en su sitio exacto la respuesta precisa. Hay que detener al Tiempo.

En el recinto más estrecho, allí donde quede cohibida la misma respiración; cerrando a la luz el menor resquicio; allí le hablaré al Tiempo para que se detenga y remanse en torno mío, siquiera sea por un minuto. Entonces yo le preguntaré al Tiempo: ¿Por qué?

Ya estoy encerrado dentro de mi estrecha construcción, con la que he pretendido canalizar frente a mis ojos el torrente bravo del Tiempo. Igual he visto en las playas a los niños construir galerías de arena para canalizar el mar. Mis ojos no ven; apenas puedo extender una mano sin tropezar con la fría pared de mi prisión; el silencio es tan puro, que cuando lo rompa mi palabra, sólo será silencio para mi voz y ningún ruido extraño podrá contaminarla. Esto es como un hoyo bajo el río, donde necesariamente la corriente se tiene que caer y remansar. Yo necesito preguntar:

—¿Tiempo!

Mi voz truena dentro de un silencio tan perfecto y hasta parece luminosa mi voz en una oscuridad tan intensa. Mi voz es ahora capaz de detener el río del Tiempo:

—¿Por qué he vivido mis años, Tiempo?

—¡Contesta!... ¡Contesta!... Pero ¿estás ahí?

Espío en torno con mis cinco sentidos y llego a creer que sólo yo estoy prisionero. El Tiempo no se ha parado; sigue su camino, indiferen-

te, sin acelerar ni retrasar el paso, igual que siempre, sordo a todas las voces... ¡Tiempo!... ¡Maldito Tiempo que no quiere escuchar mi voz!... Esta voz mía que sigue desfallecida la letanía de sus preguntas:

—¿Por qué he vivido mis años, Tiempo?

—¿Por qué, Tiempo, te has llevado lo que yo pensé retener siempre?

—¿Por qué me has dejado, Tiempo, lo que yo quisiera olvidar?... ¡Tiempo! Hace veinte años yo era...; pero... ¿por qué no me escuchas, Tiempo?... ¿Dónde estás?... Si no te importo, ¿por qué me atraviesas continuamente, sin dejarme un solo instante libre de ti? ¿Por qué eres tan sordo para mi voz, que sólo quiere saber una cosa?... Si me contestas a una sola cosa, no te preguntaré más... Yo te juro que me conformaré con una sola respuesta.

El tiempo sigue arrastrando consigo las preguntas que mi voz arroja a su corriente. Acaso sea a mi voz a quien no quiere contestar; acaso mis preguntas sólo tengan respuesta allá en las playas ignotas adonde el Tiempo las lleva.

Tengo que encerrarme en mí mismo, recogerme en lo más negro y recóndito de mi persona, en el punto estrecho donde sólo soy un tenue latido envuelto en un débil pensamiento. El recinto estrecho donde me encerré ha ensanchado su arquitectura, como si todos sus límites huyesen de mí. Primero se convierte en un salón inmenso donde podrían danzar quinientas parejas, después mi estrecha prisión toma las formas de un hangar gigantesco donde la voz se pierde en vastedad de kilómetros... y aún se ensancha más y más, como si al inmenso desierto lo hubiesen encerrado entre paredes. Estoy tan recogido en mí mismo, que mi propia anatomía me viene ancha, tan ancha, que mi conciencia parece una lenteja dentro de un saco.

Estoy tan dentro de mí, que el camino de mis sentidos se ha hecho largo para mí mismo. Me toco la nariz y siento la nariz a muchos kilómetros de distancia, y la risa que provoca esta sensación suena lejos, lejos, como si viniese de otro

mundo. Mi conciencia está saltando en el surtidor de mi pensamiento como una débil pelota de celuloide en el surtidor con taza de una fuente de jardín. Quisiera cerrar la llave del agua que anima la pelota de celuloide, pero es imposible parar el pensamiento.

¡Oh, Tiempo! Yo quería preguntarte desde mi estrecha prisión, y no entraste en ella, mejor dicho, entraste y saliste indiferente, como si estuviese agujereada mi prisión; como pasa el agua por un tamiz... ¡Oh, Tiempo! Yo quería preguntarte, y ahora mismo, a fuerza de no sentir nada más que mi propia persona, no sé quién soy yo... ¡Yo!... Es la palabra más extravagante que ha inventado el hombre... ¡Yo!... Repetir muchas veces la palabra yo en la más absoluta intimidad y comprenderás bien lo extraña que es esta palabra ¡Yo! ¡Yo! ¡Yo!.

No sé—porque he olvidado toda medida del reloj—si son los minutos, horas o años los que paso recogido en esta auto-prisión, pensando en el Tiempo, maldiciendo al Tiempo, imaginando seducciones para sobornar al Tiempo, halagando al Tiempo con humillaciones indignas:

—¡Majestuoso Tiempo!... ¡Dios Tiempo!... ¿Por qué no le dices a este vil gusano cuánto de ti le falta para estar en ti?...

Si fuera esta una pregunta demasiado ambiciosa renunciaría a la pregunta que más me preocupa, aquella cuya respuesta cambiaría yo por todas las respuestas que encierran los mayores y mejores secretos del mundo. Renunciaría, incluso, a la respuesta clave que me diera el secreto de la sabiduría.

La obscuridad es tan negra que cegarán mis ojos cuando salgan a la luz. El silencio se ha cuajado tanto que terminaré por ser como un silencio de piedra en el que perecerán mis oídos; estos oídos que se defienden del ahogo con ahinco, haciéndose finos como alfileres para pinchar el sonido más pequeño que quede dentro de este silencio que se cierra sobre mí mismo. Mis manos han perdido el tacto, me palpo y me parece que soy un hombre de humo.

Diría que voy a morir, pero no con muerte humana, porque mi sensación más que de muerte es de tránsito a otra vida más simple y recogida: exactamente me parece que voy a convertirme en vegetal.

Con esta nueva conciencia escuchan mis oídos, próximos a sucumbir, un débil sonido, algo que confundo primero con el propio latido del corazón..., pero no es mi corazón lo que escucho, no. No es un sonido seco y duro, sino más bien un sonido débil y blando que hace *glú-glú*.

Es rumor de agua remansada. Rumor de agua remansada que hace *glú-glú*... y no es en torno mío, sino dentro de mi propio pecho donde nace este sonido. Súbitamente comprendo: el Tiempo está dentro de mi persona, y su corriente, encerrada en mi pecho, es la que produce este ruido débil y blando de agua débilmente agitada.

Me asomo dentro de mí mismo, como si toda mi naturaleza la volviese al revés, y puedo contemplar así el Tiempo como una charca de agua turbia, rizada por ondas leves... ¡Qué espectáculo tan extraño!... Esto soy yo: esta charca que alimenta una débil vena de agua, que no puedo comprender de dónde viene, y que desagua a su vez en un sitio que cae donde no puedo averiguar.

Yo tenía que preguntarle muchas cosas al Tiempo; sobre todo quería saber una cosa; pero ahora que termino de ver al Tiempo, me olvido de todas las preguntas, sugestionado por la extraña visión.

A medida que contemplo la charca que está dentro de mí, mis ojos van descubriendo cosas que me dejan atónito... Sobre las aguas, como los restos de un naufragio, flotan cosas que pertenecen a mi pasado... Da risa ir pescando—como quien dice—estas cosas, porque lo que veo son como contestaciones a mis preguntas. Pero en lugar de resolver mis preocupaciones trascendentes se burlan de ellas... Sobre las aguas flota una rueda de bicicleta que reconozco enseguida: es la rueda de aquella bicicleta que cumplió la ambición más fuerte de mi infancia... Veo un papel que me hace pensar en la papeleta de un

suspenso en latín que me llevó al borde del suicidio y que resulta ser la carta de mi primera novia...

Juro que hacía veinte años que se había borrado este episodio de mi memoria, y, sin embargo, a la vista de esta carta, escrita con mayúsculas, revive el tiempo de atrás con los menores detalles: la veo a ella con su delantal de colegiala, y hasta sitúo exactamente las manchas del delantal... ¡Qué absurdo es todo esto!... Lo que ahora contemplo ni lo puedo decir; es... lo que tanto alarmó a mis ojos infantiles... ¡Señor!... ¡Quién iba a pensarlo!... ¡Qué aguas tan sucias!... ¡Ahora sale nadando aquel sombrero que arrojé al ruedo en una corrida de toros!... Igual que en este momento, se quedó entonces sobre la arena, hasta que me lo devolvió el torero... Lo que no consigo recordar es una corbata a lunares que aparece en la charca entre las barquillas de papel que representan mis ambiciones...

Cuando me canso de este juego, porque todos los juegos cansan a fuerza de repetirse, me entretengo a pensar en todo lo importante y trascendente de mi pasado. Vuelve la angustia de no saber qué hizo el Tiempo con mis cosas más preciadas, la angustia de no saber adónde se fueron con el Tiempo y qué significación tienen los hechos trascendentes que me han arrastrado hasta aquí. Por ejemplo... Pero ¡qué insistencia tan molesta es esta de los objetos y restos de cosas que flotan ante mis ojos!... ¡Oh, cuánta tontería!...

Ahora sé que lo importante está debajo de las aguas..., pero allí no puedo llegar porque tendría que ahogarme para ver el fondo... Tendría que morir para salir del Tiempo... No; para entrar en el Tiempo y no ir sobre él como un madero flotante... Esto es, porque vivir es no tener noción ni conciencia del tiempo; es estar fuera del tiempo y sólo ver su superficie exterior. ¡Qué puede saber del mar quien navega sobre el mar?... En el fondo del mar está el secreto de todos los naufragios, y a quien se le haya perdido algo en el mar es inútil que busque sobre las aguas; debe bajar al fondo... Allí es donde se encuentra todo, pero de allí no se puede salir ni tampoco hace falta salir...

Leonardo dijo que el peso parece cuando consigue la posición deseada... La posición deseada de la vida es..., no hace falta decirlo...; pero... ¡Hay tanto corcho en la vida!... ¡Quién comprende la importancia del plomo?...

Creo que antes dijo que el Tiempo es una corriente que se alimenta de un nacimiento ignorado y muere desaguada en otro lugar desconocido, pero esto es falso... Completamente falso. El Tiempo ni va ni viene como los ríos, el Tiempo no nace ni muere, el Tiempo es el Tiempo. Lo que va y viene, lo que nace y muere, es lo que navega sobre el Tiempo. Yo mismo: ¡esta cosa tan extravagante!

Si; este *glú-glú* de agua remansada que escucho dentro de mi pecho es el Tiempo, y mi vida son los buches de agua que he tenido que tragar del inmenso lago, del inmenso mar del Tiempo, en donde algún día tengo que naufragar...

Cuando me falten fuerzas para defenderme, cuando tenga que beber el agua demasiado de prisa, cuando me encharque por dentro el agua que ahora expulso para mantenerme a flote.

Es triste comprender que el Tiempo no contestará a ninguna de mis preguntas, ni a las más insignificantes, ni a la más trascendente; pero este hallazgo también es alegre, es infinitamente consolador saber que el Tiempo me guarda dentro de él, en su propio seno, todo lo que me quitó... Y allí, al seno del Tiempo tengo que ir a encontrar lo mío; lo encontraré aunque no quisiera... ¡Lástima que me falte plomo!

No se crea que no he pensado en el plomo artificial, en esa minúscula bolita capaz de hundir a un hombre en el Tiempo; pero temo que esto no sea tan eficaz como parece... Como yo soy profundamente religioso, sé que los que mueren de plomo artificial quedan flotando entre las tonterías del agua-tiempo... Por mi parte, sé que si esto hiciera no caería tan a fondo, como deseo, para encontrar mis tesoros... ¡Sería triste que lo más importante se quedase entre la rueda de bicicleta, la carta, el sombrero y la corbata!

Ahora debo resignarme a salir de mi prisión, en realidad no me sirvió para nada; de donde debo salir es de mí mismo, de este recinto pequeño donde está mi yo, porque ya dije que cuando un hombre se encierra en sí mismo, ni su propia anatomía le parece suya... Verdad es que todos sabemos que la anatomía es una cosa prestada... Cuando salga contaré esto, aunque sé que no tiene excesiva importancia; lo importante hubiese sido bajar al fondo del Tiempo, contar lo que allí se encierra, pero... entonces yo sería un escritor excepcional y podría burlarme de todos los escritores que andan sueltos por ahí y que andan también sujetos en las Historias por allá.

Poco a poco descorro los cerrojos de mi persona, y mi conciencia se ensancha recuperándose el cuerpo. Mis narices vuelven a ser mis narices, mis manos mis manos... También descorro los cerrojos de mi prisión y me encuentro frente a la luz y al ruido...

Tengo que cerrar los ojos porque me ciega la luz; tengo que llevarme las manos a los oídos porque me ensordece el ruido... Ya estoy otra vez nadando sobre el Tiempo.

Lo curioso es que estoy alegre, por primera vez en mi vida alegre. Lo curioso es que la lástima que inspiro me hace reír, a mí, que siempre gusté del alivio de ir como envuelto en pañales de lástima.

¡Por qué he de estar triste y por qué tengo que inspirar lástima?... ¡Por qué he perdido lo que perdí?... No he perdido nada, nada; sólo que el Tiempo me lo guarda en sí mismo, en su propio seno, para entregármelo cuando yo vaya allí...

Los que deben estar tristes, los que son dignos de lástima son los que pueden bajar al fondo del tiempo y encontrarse sin nada, porque todo se quedó flotando, flotando sobre las aguas como los restos del buque naufragado.

Yo puedo quedarme sin nada, lo que se dice sin nada. Y, sin embargo, nadie podrá quitarme esta sensación de millonario que tengo desde que

salí de mi auto-prisión. Yo puedo quedarme hasta sin una mirada de los hombres y sin una sonrisa de las mujeres, y, sin embargo, ha nacido en mí un orgullo de hombre rico. En realidad, esta sensación se debe ni más ni menos a que soy millonario, aunque sea mi caudal de dolor... Pero entiéndase bien; este dolor está fuera del Tiempo, ni siquiera flotando sobre el Tiempo; más bien volando sobre él como una gaviota sobre el mar... Pienso que el Dolor puede ser la sombra de una alegría dentro del Tiempo... Así tengo yo mi dolor, como una sombra que se convertirá en alegría cuando caiga el cuerpo que la proyecta...

Ahora estoy en campo abierto. Me gusta ver cómo aquella conciencia mía, tan pequeña como una lenteja, se ensancha y se extiende por el mundo... Con esto parece menos mía, pero llega al mar que tengo bajo mis pies y sube a lo más alto de las cimas que están sobre mi cabeza... ¡Oh! Mi conciencia que tantas veces se ha disfrazado con la piel negra del lobo, juega ahora, blanca y rizada como una corderilla, por los verdes prados que alfombran mi mirada.

Hay sol en medio mundo, pero nada importa... Después saldrá la luna para medio mundo, pero esto es indiferente... Ni el sol ni la luna tienen que ver conmigo, como yo tampoco tengo que ver con ellos... Yo tengo que ir, para ser, allá donde no hay sol ni luna, mejor dicho, allá donde el sol y la luna ni se llaman así ni son cosas opuestas, porque es el sitio donde están juntos como marido y mujer.

¡Qué gracia tiene esta naturaleza que me rodea!... Tan pagada de sí misma, tan vestida de personaje importante, tan caracterizada de protagonista...

Mirad el árbol y la nube y después reiros fuerte cuando lo hayáis contemplado; esas ramas y esas formas que están sobre el Tiempo no son más que una débil proyección de unas raíces y unas fuerzas que están secretas dentro del Tiempo.

¡No queréis reiros?... Bien; pues mirad al menos cómo se ríe este hombre, mirad cómo se divierte. Quien nada tiene aquí, encontrará allá su tesoro: soles y lunas, cielos y mares, árboles y rocas, prados y bosques. Quien desprecia todo esto, sabe lo que pertenecen paisajes de coral eterno, corrientes verdes de algas infinitas y nubes de todos los colores.

Todos los millones de habitantes que pueblan el mundo nada tienen que ver conmigo... Yo tampoco con ellos... Lo importante y feliz estaba para mí en la gracia sin par del "Menos uno"... Pero ese "menos uno" es lo que tengo que encontrar en el fondo del Tiempo.

¡Oh!, amigos, amigos o enemigos, o simplemente indiferentes: yo tengo que trenzar, bajo ese mar, mi cabello negro con mi perdido cabello rubio... ¡Oh! Yo, que soy cóncavo, tengo que caer en mi molde convexo.

Por lo demás, hablaremos mientras llega el "plomo" donde queráis y cuando queráis; por ahora me limito a deciros adiós... Cuando os diga adiós de verdad, seguro estoy que no sabréis cómo os lo digo.





Franceses y Genoveses.

LA CRONICA DE LA CABALLERIA EUROPEA

La crónica de la caballería europea no envejece; antes bien, sus frutos gozan de frescor y su perfume no huye. En un original inglés de la "Crónica del buen Froissart", se regala a los ojos una aventura de francos y genoveses, una visita de embajadores al rey francés y un asalto de cristianos a un puerto y ciudad de morería.

La aventura de francos y genoveses terminó a manos de Aragón y fué gran desastre, sabido de los peces mediterráneos, que se pusieron al lomo barras aragonesas para poder asomarse entre las azules aguas.

Los embajadores eran honradas gentes de San Juan de Luz, Pasajes, San Sebastián, Bayona... Andaban en guerras inglesas por mor del bacalao, y tras vencer en Winchelsea, hicieron paz honrosa en Wéstminster. Y como medio mundo es media política, no vacilaban en buscarse aliados como este rey de Francia tan bien coronado, que tan aderezado los recibe entre lises.

De la toma de Algeciras hay que hablar. Las naos genovesas se iban con el mejor postor, y el buen rey Alfonso de Castilla tenía que hacer montones de plata para que los de la República no se pasaran al moro. La crónica de Alfonso Onceno es explícita. Y Froissart no coloca sino pendones de Aquitania y lises de Francia en el real cristiano. Solamente el león de púrpura del viejo reino de León dice que allí hay gente hispana. La ciudad mora pasma de blanca que es, y no desdeñó el buen miniaturista las casas de corte flamenco entre las mezquitas.

Crónica que nunca envejece de la caballería europea, siempre en dimes y diretes y puntillos de honra. Siempre en paso honroso.



El Rey de Francia con embajadores.

Asalto de una ciudad de moros.



Ayuntamiento de Madrid

LA OBRA DE TRAJANO



Roma.

«Tu regere imperio populos Romane, mementi,
Hac tibi erant artes, pacisque imponere morem,
Parcere subjectis et debellare superbis.»

VIRGILIO.

QUIEN explora las ruinas de Roma, halla un signo que apunta al Oriente. Hollando el marchito seno del Imperio, la mente emigra hacia las dilatadas tierras de su parto. Empero fácil es de no alcanzar, en la imaginaria travesía, las riberas del Mar Negro.

El Palatino ofrece, como fondo a sus populosas soledades de espectros, panoramas de evocación, en los que, a la luz de los orígenes, se ve a los etruscos artificando sutilezas; a los celtiberos, ariscos, amontonando piedras, y vagando en los bosques a los celtas. Yace abajo el Foro Romano, que es, para los descendientes de los padres selváticos, acueducto que allegó luz a las selvas opacas.

Mas en la prole de pueblos no se advierte a los románicos de Levante. Entonces, la columna de Trajano, con justiciero ademán, remedia un olvido indicando a los dacios de la parte en que el sol nace.

Es, en efecto, en las mañanas de abril del Foro Viejo, acompañadas por un ruiseñor confidente, cuando el occidental no recoge sino su herencia. Por aquella mortal quietud, la paloma que trasvuela de un arco de triunfo a la torre de un templo toca la piedra de las dos leyes que Roma le prolongó: del Olimpo y del Calvario. No en vano el Foro Romano pronunció el *fiat* de sus ciudades.

Del malbaratado recinto partieron los latinos a fraguar la domesticidad del mundo. Cuando las frondas del collado octaviano, que junto al Foro descuella, albergaron majadas de pastores, en los mares y las tierras de Ulises pululaban las maravillas y los terrores. Los rincones umbrios los esclarece la anécdota romana: ama en Egipto Marco Antonio, en el África portentosa cae Escipión y por las soledades pobladas de ciclopes se cruzan las literas de los funcionarios de la Urbe.

Roma, amiga de la quilla y la rueda, buscó sin tregua a los occidentales. Hacia nosotros, su pensamiento andariego escapaba por ilustres Puertas. Por la Capena se alongaba en la Vía Apia, entre acueductos como dinosaurios de piedra, hasta que a las losas humedecían las olas. Por la Salaria subía a otear las cimas apeninas, y descendiendo a la ribera se embarcaba en naves errabundas. Acudía por la del Janículo a la Vía Aurelia para cruzar los olivos de Provenza y penetrar, por el Norte de las Galias, hasta Britania, "última tierra", y por el Sur, hacia Hispania adusta y el Atlántico pavoroso.

Fieles a los abatidos escombros del Foro, trasparecen en lueños comarcas calzadas que ornan las lluvias con el verdor grato a las abejas lascivas. Por encima de sus reliquias, Roma condujo el documento y la urbe, que desconocían nuestros bosques.

Para transportar su ilustre carga necesitó jornadas de siglos. Tres centurias antes de nuestra Era, las discordes razas italianas recibían el mensaje, y sobre el pavimento del hogar y la plaza gravitaban en el derecho. Cincuenta años después, el latino emisario saltaba a Hispania. De la pisada de Escipión armado brotó el empeño que franqueará las columnas de Hércules en los bajeles de Colón, cuyas quillas desfloran mares ingenuas. Casi tres siglos después, César regenta las tierras vaporosas de la Gran Galia.

Cuando los bronce no disturban el aura del Foro Viejo, alucina al oído el rumor que asciende de las comunidades primitivas hablando el latín rústico a los bordes del Arno, el Ródano y el Tajo, riberas por las que las aguas continúan manando so las arcadas de los puentes románicos.

De nada está el pensamiento, entonces, tan remoto como del naciente. En cambio, en mitad del Foro Nuevo, la columna de Trajano alude a las costas orientales. El Foro Viejo es asamblea de clásicos: Cicerón y Augusto, César y Septimio Severo, con todos los pueblos bautizados por Roma. El Foro Nuevo es diálogo en soledad de un hombre y una tierra: Trajano y Dacia.

El orden romano no cundió hacia el Levante dacio sino doscientos años después de establecidas las Galias y casi cuatrocientos después de Hispania e Italia. Frisaba con tan avanzada edad el Imperio, que se encumbraban al solio descendientes de las antiguas colonias. Entre sus numerosas provincias, a una separaban los hados para concursos de esfuerzo. El lote de España en el mundo fué abastecer de hombres a las grandes empresas.

De tal suerte, la fundación levantina es la obra personal de un provinciano de España, que acometió la más arriesgada y la postrer hazaña de Roma y de quien la península occidental añora el nacimiento en las palabras de la inmortal elegía andaluza:

RAMON DE BASTERRA

Aquí nació aquel rayo de la guerra,
Gran padre de la Patria, honor de España,
Pío, felice, triunfador Trajano,
Ante quien muda se postró la tierra
Que ve del sol la cuna.

A la manera de un mástil que saliendo a flor de agua indicara el lugar de un naufragio, la renombrada columna de Trajano era el único vestigio que, mostrándose a la luz, proclamaba un inmenso pasado desaparecido.



Cuando aquel que realizó el viaje a la otra vida, Dante Alighieri, recorrió el Purgatorio, halló esculpida en una roca "la alta gloria del Príncipe"; asida al freno de su caballo estaba en el bajorrelieve una viuda bañada en lágrimas y a quien el Emperador consuela por la muerte de su hijo. Vagando en el Cielo descubrió allí, en persona, a Trajano, quien conoció el hondo Infierno por cinco siglos, hasta que de su seno le sacó la piedad del Pontífice. Por eso describe con estas palabras su presencia en el Paraíso:

Colui che più al becco mi s'accosta
La vodevella consolo del figlio.
Ora conosce quanto caro costa
Non seguir Cristo per l'esperienza
Da questa dolce vita e dell'opposta.

Acontece con la fama imperecedera de Trajano, que un hecho ocurrido en nuestros días viene a redorar sus brillos. En un cabo de Europa, los descendientes de un pueblo abandonado y misterioso comenzaron a principios del pasado siglo a elevar su voz romance, revelando con su presencia la duración de la empresa trajana en Oriente, anhelo del que brotó a la postre una nación nueva, que se dice hija de Trajano: Rumania.

Ilusionábame en los atardeceres de Roma el recabar para la provincia española la figura de quien defendió los intereses de Italia antes que sus Dux, sus Repúblicas y la Casa de Saboya, de la misma suerte que el Rin, para la civilización romance, mucho antes que el Mariscal Foch, contra los eternos alemanes.

No borró el tiempo el recuerdo de su provincial origen en Trajano, quien, pensando en la muerte, decía: "Si me acontece una desgracia, te recomiendo las provincias", y procuró mantener en la cima del Imperio el refinado influjo de Andalucía, adoptando por heredero del Trono a su sobrino Adriano, el cual lució el ingenio elegante, abrigado en Grecia, luminosa hermana de la Bética.

¡Nubes de antaño, las glorias idas! Exterminó el gusano las páginas que a Trajano dedicaron Mario Máximo, Vero y Valente. En prueba de cuanto conmovió a Roma su gloria, aún brota del antiguo suelo imperial la afamada Columna, que es el monumento mejor conservado de la antigüedad.



Menuda, con esa nativa distinción, hecha de encantadora modestia, que caracteriza a lo rumano, acogíase detrás de un vallado patriarcal la casa terrera, a lo largo de cuya fachada, de un piso, corría la galería, sostenida en sencillas columnas de madera. Rodeábanla fronda suntuosa, llena de almas ausentes, los árboles plantados por los muertos. Dentro, sobre tapices rumanos, había muebles y recuerdos oriundos de la brillantez cortesana. En los ocios del campo, allí se habían hilado dos grandes tapices, que ahora pendían el uno en la iglesia arzobispal de Blaj y el otro, transportado por una peregrinación rumana a Roma, en una estancia de la Santa Sede.

Quien me guiaba por las melancólicas avenidas decía unas palabras antiguas: "Aquí, si no siempre ilustres, siempre honrados." Recogí aquel brote de Maramures para transportarlo a Bucarest.

¿Y el pueblo? Detrás de una montaña, contigua a la selva, había construida en madera, con sus tejados llenos de musgo, una silvestre aldea. Resultaba su vetustez incomparable. No era otra su edificación que la de los aborígenes dacios, según la describen los clásicos. La corteza de choza guardaba dentro un seno menudo y lindo como el de un cofrecillo. El dueño no comprendía el dividir su techo con las bestias de tra-





bajo. Por lo cual, el animal doméstico tenía su diminuto establo cerca del portillo de la valla.

Ardía, de entrada, el hogar de leña con el horno para cocer el *talo*. De un lado se pasaba a un aposento colgado de platos y jarros de cerámica. Levantinas telas disfrazaban los lechos. De la otra parte estaba el telar. Mostrábanse allí la rueca y los telares para tejer la urdimbre. Era la crisálida del lujo familiar, en donde se aderezan las ropas del *barbat* (barbado), del hombre, quien en el monte o heredad trabajaba. Finalmente, respaldando la casa, había un angosto pasadizo con tinajas, ánforas y sartas.

A cuantas cosas me acercaba las designaba una voz gemela de la de mi lengua. El fuego que ardía era el *foc*; la leña que se quemaba, *lemne*; la ceniza, *cenusa*; la olla que hervía, *oala*; la espuma, *spuma*; lo hirviente, *fervinte*; la leche, *lapte*; el vino, *vin*; el pan, *puine*; el agua, *apa*; el suero que goteaba de las mantequillas, *seru*; a la puerta de la casa le

llamaban *póarta de la casa*, y, en suma, cuando una viejecita me invitó a probar un poco de condumio, me exhortaba diciendo ser *carne de vaca gustoasa*, con las mismas palabras que una española. Al encenderme un cigarrillo con un rescoldo, exclamaba: *Vai de mine, nu prindel*, "¡Ay de mí, no prende!"

Sentía la rara semejanza de aquel habla popular con el romance de Castilla. A cuanto les pedía, las buenas mujeres decían: *Cum se nu?*, "¿Cómo no?" Contando sus cuitas, principiaban: *Cand a inceput batae...*, "Cuando comenzó la batalla". La guerra grande no era para ellas sino la batalla. Notaba sus sentencias y refranes: *E Santu Tomá, de ca nu vede nu crede*, "Es como Santo Tomás, ver para creer". *Cine fura azi un ou, muine fura un bou*, "Quien hurta hoy un huevo, mañana hurta un buey". *Totu i nou si totu i vechiu*, "Todo es nuevo y todo es viejo".

Atardeciendo, se buscaba a los animales caseros con nombres conocidos: la cabra era la *capra*; la vaca, *vaca*; el buey, *bou*; la gallina, *gaina*; el pollo, *puiiu*. Un español se creía en Asturias oyendo el dialecto.

Tornaban algunos labradores de la selva. Eran figuras altas, de montañeses fuertes, enjutos de rostro, vestidos con la túnica blanca, ceñida en la cintura, que les pendía hasta las rodillas. Usaban cabelleras de un rubio descolorido, que no recortaban sino por la frente, para desembarazar de ellas los rostros. Saludaban con tristeza altiva, diciendo: *Mult ani fericit*, "Muchos años felices".

Impresionaban al modo de un jirón puro y anciano de una raza salvada en los montes. Como junto a otra ancianísima raza de Europa, los vascos del Pirineo, tenía entre aquellos rústicos la sensación de eterni-

(Continúa en la pág. 61.)



Rostro de Rumania: casa campesina y crucero en Maravura, castillo real de Pelesch, molinos de viento en la hermosa llanura de Besarabia. En la nación que fundó Roma cuando un hispano era Emperador, florece el aire más claro sobre una de las tierras más bellas de Europa.



Ayuntamiento de Madrid



SOMBRA QUE VUELVE...

GRANADA - GENERALIFE

Ciudad de espuma en peligro,
de sol claro y viento alegre,
donde el tiempo es la agonía
y el musgo, en el Dauro, duerme;
me borra el llanto los ojos,
¡deja que al fin te recuerde
viendo que muere la tarde,
Dios sabe si para siempre!
Desguarnecida te encuentras,
ciudad de la buena muerte,

bajo la sola alegría
del agua, que nunca duerme,
y están, junto al mar, unidos,
¡Dios sabe si para siempre!,
la luz que del cielo vino
y el resplandor de la nieve.
En el regazo asombrado
del jardín, el sueño ofrece
sus rosas con la tranquila
sonrisa que el alba tiene;
la majestad de los lirios,

desnudamente celeste,
y aquel resplandor dorado
de sol en la juncia verde.
Mientras se queman las alas
del arrayán, en la fuente
se va perdiendo el aroma
del mirto entre los laureles,
¡sombra del aire, bien mío,
sombra que en la carne duele;
Dios me brinde la alegría
con que tendré que perderte!

En el jardín, junto al tiempo,
hay un resplandor que tiene
su descanso en la violencia
dulcísima de la muerte.
Un ángel dormido enlaza
las rosas con los cipreses
y el dulce misterio claro
del agua viva y corriente.
Cantaba el sol en la fronda,
y hoy canta el agua en la fuente.
"Sombra del aire, bien mío,
sombra de sueño que vuelves;
ya no hay sol en los jardines
de tus ojos transparentes:
lo que amaste es lo que ha sido
sombra que en la carne duele."

La luz se perdió en los ojos,
y cuando las sombras vienen,
el esplendor del naranjo
se puebla, súbitamente,
con los pájaros, que buscan
verde gracia y tibio albergue.
Las cosas son lo que entonces
debieron ser dulcemente
cerca del alma crecida,
Dios sabe si para siempre;
las cosas, las dulces cosas
que en la mirada se encienden
de fervor, serán mañana
lo que están siendo en la inerte
persuasión de la esperanza
que el corazón desguarnea.
Vive, ciudad, tu leyenda;
deja que el viento te cuente
tus valles y tus jardines
de arcángeles y cipreses,
sobre un cielo que ya nunca
tendrá el silencio que tiene.
Casi en libertad, el agua,
la soledad, nos divierte
con la hiedra caminante
y el jazmín tímido y breve
y este recuerdo que nunca
fué sensación y aparece
dándole al ser la armonía
cristiana que le acrecienta.
¡Mañana será este día
mi costumbre ante la muerte!
Sombra del aire, bien mío,
sombra que en la carne dueles;
Dios me brinde la alegría
con que tendré que perderte.

Sombra de mirada oscura
bajo el amor que la enciende
como la luz dora el agua
misericordiosamente.
Sombra de sol en el río,
sombra de viento en la nieve,
sombra de sueño que pasas
misericordiosamente;
si entre el jazmín y azahar
contigo en los ojos siempre
toda la sangre es caricia
misericordiosamente;
si el agua canta tu alada
conformidad con la nieve,
duerme mi temblor de hombre
misericordiosamente.
Sombra del ala en el viento,
de sal en la espuma alegre,
de dulzura, que me angustias
misericordiosamente.
¡Sombra de hierba que pasas
asombrada por la muerte;
tú defenderás mi sueño
misericordiosamente!

LUIS ROSALES



FOTO MORENO

Primera reproducción en color del cuadro del Greco "San Andrés y San Francisco", que se conserva actualmente en nuestro Museo del Prado.

Ayuntamiento de Madrid

EL GRECO, O LA EVIDENCIA DE LO SOBRENATURAL

Por ENRIQUE LAFUENTE

En las salas del Prado milagrosamente, como el fénix, renacido de sí mismo, el Greco eleva una vez más, por encima de todos los maestros, su voz pura y exaltada. Voz que sonó para ser entendida de españoles, como lo fué, y acaso por ellos sólo pueda ser comprendida plenamente. Hoy en carne viva nuestra sensibilidad, aguzado a la luz del trance histórico más duro por que ha pasado nuestra Patria, nuestro sentido de la historia y de los valores eternos, hemos de ver como nunca de qué altas verdades españolas nos habla la pintura del Greco. Fluye en sus cuadros ese manantial que corre en la entraña de nuestra historia y que alumbra caudaloso en la plenitud española, en lo que la jerga histórica denomina *nuestro barroco*. Pues hay en el Greco, y ciego será el que no quiera verlo, algo de aquel mismo quid divino—y quid hispánico—que brota en los versos de bíblica solemnidad de Herrera, en la noche serena de Fray Luis, en el éxtasis de Santa Teresa, en el lúcido humor de Cervantes y en el ígneo retorcimiento lleno de garbo y hermetismo de D. Luis de Góngora y Argote.

Sobre el Greco se han dicho cosas tan agudas y otras tan ociosas que no parece quedar nada por decir. Y no obstante, las cosas justas y precisas, las que sólo españoles pueden sentir, están esperando la voz que las pronuncie. Que no es, acaso, la voz de la crítica, de la crítica técnica o formal, viciosamente enamorada del *morceau*. Es lección de amor la que el Greco nos da y la que su glosador, inédito y futuro, habrá de aprender. Es la lección de pasión abnegada, de sacrificio, de íntima dedicación a lo más alto con desdén absoluto e íntimo desasimilamiento de todo lo mezquino y despreciable; es el imperativo de tomar en serio la vida, porque es única e irrepetible, y porque un juicio inexorablemente inapelable y justo debe pronunciarse sobre ella. En estas cumbres de soledad y de pureza, el Greco, este español de adopción, se da la mano con los otros grandes españoles, con aquellos en cuyo culto debemos educarnos. En su obra hallamos el soplo del espíritu en angustiosa lucha con las fuerzas oscuras que tienden a humillarlo y deprimirlo; él nos alecciona en las supremas verdades que levantan en nosotros un polvo de resonancias sobrenaturales.

Pues la esencial contradicción que nos sale al paso en el Greco es la misma que en el alma hispánica se da. Por un lado, la evidencia impresionante de lo sobrenatural; los personajes del Greco viven en un mundo saturado de milagro y de trascendente. De otro, lo que esta pintura de supremo retratista, de captador insuperable de humanidad física, tiene de real, de objetivo. Y estos dos elementos contradictorios disueltos, a la española también, en pasión barroca.

En su galope hacia lo sobrenatural el Greco vuelve la espalda al sabio edificio levantado por el arte humanístico del Renacimiento; cabalgando sobre el color, mágico sésamo de lo trascendente, deja atrás, desdeñoso, la gramática de la proporción y la norma de la serenidad clásica. Este griego irredento que, ausente de su patria, ya caída en la negra noche del bárbaro dominio de los turcos, vive gran parte de su vida en un clima moral—permítase la frase—de *ruso blanco*, conoce que es en España donde existe la temperatura necesaria para las extrañas manipulaciones de su alquimia estética. Los feligreses de los pueblos castellanos, que son sus clientes, le comprenden, sin duda, por lo que tiene de alma medieval; nosotros, sin desestimar el entrañable acuerdo con los humildes que ante sus cuadros rezaron, debemos aspirar a seguirle a sus más altas cimas, aquellas en que nuestros grandes espíritus son sus huéspedes y le honran al griego con la más cordial y espontánea de las adopciones.

Cuando, volviendo a las tradiciones iconográficas medievales, el Greco pinta ese prodigio que es el *Sueño de Felipe II*, las fauces de aquel dragón que representa el Infierno se tragan—basta verlo—, en aquellos cuerpos desnudos de acusada musculatura, los últimos resabios de forma heroica y humanística, aquella de que, aun magnificándola, no pudo desasirse Miguel Ángel por lo que tenía de italiano, a pesar

de haber aspirado secretamente a realizaciones como las que el Greco, con sencillez de renunciación, logró después de asentado en la roca toledana. Y acaso ello fué la íntima tragedia del creador de la Sixtina. El Greco, en cambio, realiza en España su catarsis, su purificación de todo manierismo formal para entregarse sin trabas al espíritu. A España se lo debe, y por ello tenemos derecho a reivindicar su gloria. Esa exquisita abdicación de la vida que San Mauricio insinúa con un suave gesto de su mano ante sus compañeros, aún revestidos del arreo heroico y clásico de sus lorigas y sus espadas—aunque algunas ya sean moriscas—, es la expresión de la despedida, en el arte del Greco, de toda la superstición renacentista cuya ponzoña ha advertido ya la contrarreforma y a su cabeza el soldado vasco herido ante los muros de Pamplona: Iñigo de Loyola.

Después en el Greco todo es liberación y cumbre. Ved la figura del San Ildefonso de Illescas, imagen feliz del escritor en el trance febril y gozoso de producir su obra, "símbolo—dijo Meier Graefe—del genio creador recogido en la contemplación". Intimidación y concentración, brillo en los ojos del que se siente lleno de ideas que va a verter fina cabeza del intelectual con las huellas de la meditación y el trabajo, pero que conoce su necesidad de sobrenatural y busca con la mirada de su espíritu la gracia inspiradora. Ella y no una mera maestría en dibujar figuras es la que le hace al Greco calar tan hondo en el alma humana. Contemplad, en ese asombroso cuadro desconocido hasta ahora del convento de la Encarnación, esa pareja de santos que el Greco, con su procedimiento habitual, asocia en el lienzo. No es una santa conversación a la italiana: es un contrapunto místico a la española. ¡Qué matización psicológica en los dos tipos humanos! El San Andrés, con su rostro demacrado, no es, con todo, un contemplativo; es un apóstol, un hombre de acción. Abrazado al aspa de su martirio, su mano diestra, elocuente y persuasiva, nos explica, con la nerviosa dispersión de los dedos, la lógica necesidad de su sacrificio. Inclínala la cabeza, apoya la convicción de la mano. A su lado, San Francisco, la mano al pecho, gesto expresivo de convicción cordial inquebrantable, la mirada sumida en su visión interior, mientras la mano izquierda se extiende poseída de una cierta cortesía mística. Y este contrapunto psicológico se orquesta prodigiosamente con el paisaje del fondo, doble también. Tras de San Andrés, la noche profunda. Toledo; el paisaje habitual y amado. La hoz del Tajo y, en el fondo, los árboles que crecen altos en la margen del agua, frente a la abrupta pendiente rocosa. Arriba, la ciudad con sus murallas almenadas, a trechos iluminada por lívidos reflejos. Una pincelada blanquecina y ondulada sirve para, en la diminuta lejanía, darnos idea de la pendiente áspera y los caminos serpenteantes que a la ciudad ascienden. Aspreza oscura y trágica de la acción y el martirio, en suma. Tras de San Francisco, el día. Con celajes el cielo azul, ligeramente frotado, que deja ver la imprimación del lienzo, y en el horizonte, un cono de montaña nevada, simple mancha feliz, que puede contar como inédito precedente de los fondos de sierra de Velázquez. De la noche heroica al día puro y místico del santo seráfico; nubes grises preparan la transición en que la obscuridad ya azulea. Los dos tipos de santidad que son precisos, y que con su contraste y equilibrio han de enriquecer el mundo.

Alimentemos en el Greco ese ansia radical de santidad y de misterio. En la vida y en el arte esa necesidad de sobrenatural es el substrato de una existencia digna de ser llamada humana. El misterio se venga, si lo negamos, asustándonos desde cualquier rincón obscuro de nuestro mundo interior, desde el subconsciente, por ejemplo. O teología o miseria; o Dios o Freud. El Greco supo de esto. Por ello, canonizándole en el altar de las glorias españolas, anhelaremos ante sus imágenes, en las que, como nunca en la historia del arte, lo sobrenatural cobra evidencia, esa nueva generación de santos, para la que la tierra española debe estar de nuevo ya madura.

San
Mauricio
(Greco)

San
Mauricio
(Greco)





Sueño de Felipe II (Greco)



Fotos Moreno

San Ildefonso (Greco)





Veger de la Frontera

Foto Vallmitjana



Invierno

Foto Vallmitjana



Le Salon de Loge à l'Opéra

Opera

cerca

y

lejos

Por RAMON LEDESMA MIRANDA

La compañía de ópera que tan brillantemente actúa en el Teatro Calderón hace un esfuerzo, después del gran naufragio de la guerra, por unir los restos supervivientes de un mundo que parecía fenecido. Se explica que, por cima de la expectación filarmónica, otra curiosidad social, más pegada al instinto, aguce la mirada de los concurrentes, inducidos a cálculos y recuentos. "¿Cuántos somos? ¿Quiénes quedan? Loado sea Dios que lo podemos contar." No hay duda que los que hoy bogamos sobre la media edad hemos llegado tarde a todas partes. (O harto temprano.) Gracias a ello nos vemos libres de ciertas nostalgias, y no es la más leve la del ocaso irremisible de un tipo de convivencia a la que asomábamos en la niñez y que venía ya declinando en los albores de nuestra guerra. ¡No conocemos a nadie! ¡Las gentes son otras!, exclaman muchos que aún no son ancianos. Y dicen lo que el personaje de Balzac en los salones de la Restauración: "Sin duda son buenos franceses, pero ¿quién me presenta a ellos?" La sociedad española del Teatro Real, de los bailes de Palacio, del Buen Retiro, constituía un mundo interior exquisito y recoleto. Vivía una vida de comunidad sin más drama que el de las invitaciones y los saludos. Pero desde fin de siglo, determinadas multitudes del mundo ascienden a la fortuna y, como consecuencia, a zonas de influencia social. La técnica y la industria, el motor y la pantalla, abrevian el mundo total y amplían el recinto particular... Y el Madrid de cámara asciende a la gran orquesta y suelta su caudal en espacios más confusos y vastos de vitalidad. La transformación de la sociedad española era lenta, no desemejaba de la de otros pueblos, hasta que causas endógenas fijaron en 1931, fecha del advenimiento de la República, un desmoronamiento interior. La República ha vivido tres fases en los ocho años de su existencia: la democrática, la socializante y la catastrófica. En la catastrófica perece ella misma con todos sus filisteos, pero no sin llevarse por delante algo del mundo de su enemigo. Entendamos que el enemigo de toda sociedad socializada es la sociedad sin socializar, y, más agudamente, aquel núcleo selecto inscrito en ella que es el gran mundo. Si el marxismo hubiera triunfado, la sociedad española hubiese sido implacablemente aniquilada, y como en los caracteres de toda irrupción bárbara, desde los godos a los bolcheviques, la impotencia innovadora llega aparejada a un sentimiento secularmente servil de admiración a lo que destruye. *Rigoletto*, *La Traviata* y *Manon*, insustituídas por óperas proletarias, hubiesen congregado a otro turno de gentes de apetitos frescos, bisoños y salvajes, suplantadoras de las anteriores. Estas representaciones, que cansan ya un poco a las gentes civilizadas del mundo, son frenéticamente aplaudidas por los octubristas de Moscú.

Nosotros hemos llegado, efectivamente, tarde a muchos lugares. Cuando asistimos a alguna conferencia del Ateneo, aquello (se nos explicaba) "ya no era el Ateneo", ni el Prado era el Salón del Prado, ni el Real era el Real... Estaban en boga los abonados de tarde; Wágner triunfaba en las esferas paradisíacas y el huracán tempestuoso del Walhalla constipaba un poco a los viejos abonados de los palcos y butacas. Lo aceptaban como una desgracia inevitable y eran los primeros en declarar su importancia, pero el "sueño" de *Manon* resultaba más apacible, y, después de todo, no hace falta tanto ruido ni tanto aparato para ir despachando uno por uno a todos los dioses. Discrepábamos de los abonados elegantes y de los wagneristas paradisíacos, porque un día habíamos caído rendidos de entusiasmo ante aquel epitafio que Stendhal se redactó en vida:

Eurico Beyle
Milanese
Vissi, Scrisse, Amò,
Quest Anima
Adorava
Cimarosa, Mozart e Shakespeare
M. di anni...,
Il... 18.

Sentíamos el gusto y la alegría de la voz humana, objeto de toda ópera viva. Y puestos a sentir, lo hacíamos lisa y llanamente con el entendimiento. Por entonces, Anselmi, Titta Rufo, la Storcchio y María Barrientos arrastraban una vejez ilustre... Las rosas iluminadas de la gran araña de cristal caían en copos de luz sobre el terciopelo mustio de los sillones vacíos. Los recuerdos de Gayarre, de la Patti y aquella escena, siempre conmovedora, de *Los pescadores de perlas*, en la que el gran discípulo de Eslava es herido por el rayo de la muerte, todo ello sonaba ya a tópico, a exhumación de viejos inventarios derogados. Cierta noche conversamos en el foyer con un anciano caballero que había asistido a la inauguración del teatro. Lo escuchamos conmovidos. El recuerdo de sus palabras se ha hecho plástico en nuestra memoria actual. Después de treinta y dos años de obras intermitentes, que parecía iban a eternizarse, el conde de San Luis obsequiaba a la reina Isabel II en el día de su santo con la inauguración del teatro. Fué el 20 de noviembre de 1850. Nuestro viejo amigo, que era entonces mozo, gastó 600 reales fuertes en una entrada de paraíso. Se inauguró el Real con *La Favorita*. A las nueve aparecieron los reyes en el palco de gala y mientras el público escuchaba en pie la *Marcha Real*, llovieron de las alturas papelitos de colores con versos de Hartzenbusch, Bretón de los Herreros, Selgas y otros poetas, dedicados a la juventud de la reina. La reina doña Isabel, moza de veinte mayos, se inscribía en su palco de oro, raso blanco y carmesí, con opulenta y delicada hermosura de diosa de tapiz, y mejor que entre camaristas, mayordomos y sumillers de Corps, se la hubiese imaginado restituyéndose al candor blanco y azul de un grupo de porcelana del Retiro, entre ninfas, cupidos y "estaciones".

Asistió a aquella representación toda la grandeza de España: Alba, Medinaceli, Salamanca, Osuna, Sevillano, Abrantes, Sessa, Híjar, Frias, los grandes nombres de resonancia histórica. Entre los legatarios extranjeros no faltaba el príncipe Carini, representante de las dos Sicilias; ni entre las damas de vida romántica y novelesca, la seductora María Bushental; ni entre los prohombres de la política faltaban González Bravo, Narváez, el conde de San Luis y Bravo Murillo, con sus uniformes de gran gala. Pesadas y fastuosas, las decoraciones de Luini, Philastre y Aranda, no dejaron de "ambientar" las figuras de la Alboni, Gardoni y Barroilhet, dándoles realce ceremonial y dramático.

—¿Cantaron bien los artistas? — preguntamos a nuestro amigo.

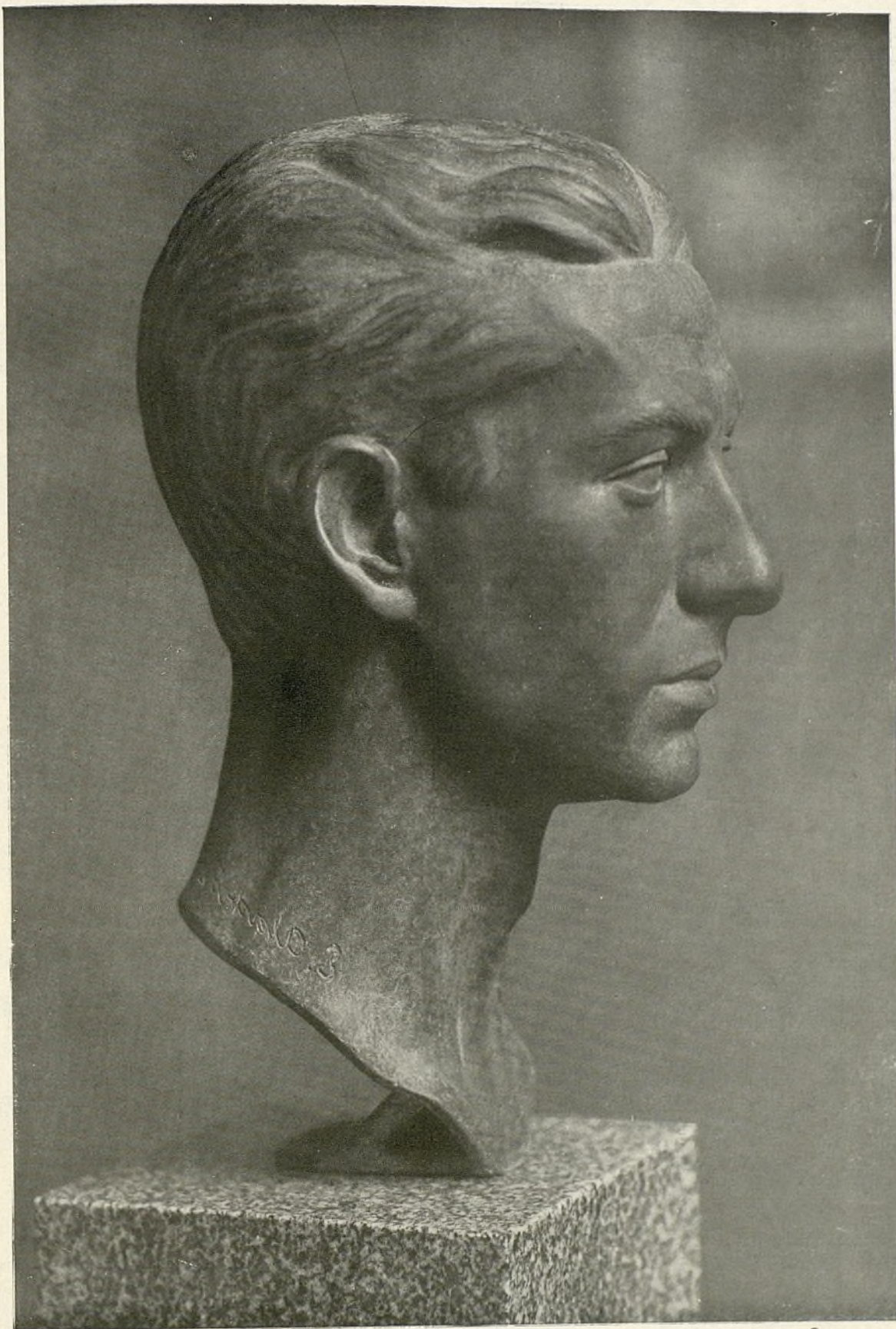
—¡Psch!... Casi no recuerdo. El espectáculo no estaba allí en el escenario.

El anciano caballero hizo una pausa y sacó de una cajita de concha, muy historiada, un cigarrillo de anís.

—Concluida la representación, aún nos quedaba tiempo para charlar a nuestro antojo en los cafés, de madrugada. Usted no ha conocido el Café de Venecia, el del Brillante, el de San Sebastián, el Habanero...

Nos imaginábamos a nuestro amigo en su alegre *peña* del café nocturno, hijo próspero de la botillería, entre las esculturas alegóricas del Té, del Chocolate y del Cacao, que portaban lámparas de gas en cuernos de la abundancia y vivían un clima de conchas, ninfas y delfines, multiplicado en infinitos espejos.

Que influida por su luna logre altitud nuestra ciudad y bañe nuevas playas, es cosa que nos complace. Los devotos melómanos, que, apostados en la plaza de Isabel II, ven crecer eternamente el teatro de la ópera y ganar alturas de peristilos y cimborrios, paladean todas las "arias futuras" en la noche de enero, y se engríen de su orgulloso porvenir. Piensen que empezó a construirse sobre los "Caños del Peral" en los albores del siglo XVIII, y que sólo las obras diabólicas, como el Acueducto de Segovia, se levantan en una noche.



CABEZA EN BRONCE DEL POETA DIONISIO RIDRUEJO

Por Aladrén.

ARTES LETRAS Y ACCION

NOTICIA DEL "PRIMER LIBRO DE AMOR", DE DIONISIO RIDRUEJO

Estos versos, que forman hoy un grueso y rico volumen, en donde lo invisible de la poesía se equilibra con la visible forma de una excelente tipografía, fueron ayer versos para la voz del poeta y para escasos y predilectos oídos, que habían de adelantar en el tiempo el milagro de la anunciación poética.

"Primer libro de amor", de Dionisio Ridruejo, es también primer libro de la lírica española en el feliz encuentro de un renacido rigor de pensamiento y de sentimiento, aunados en la métrica, que no admite ni los vagos temblores del aire, el color, la luz y la carne, sino la justa y clara actitud del concepto integrador y de una superior postura ante los problemas del hombre en el Universo.

Versos hoy estampados a mano en los talleres de la viuda de Ramón Tobella, de Barcelona, decorados con hierros originales de R. Amat Virgili, fueron ayer en el aire versos para el ardor y

rigor del combate de todos aquellos que, por una total postura poética, quisieron luchar hasta redimir al hombre y sus días de todos los abandonos del amor y de la poesía.

Largo ha de ser el camino de la crítica para situar en su punto preciso el valor de este libro y el alcance de su presencia. Tarea para los eruditos deberá ser la determinación de aquellas formas y fórmulas poéticas, quebradas y abatidas ante este espejo, como la determinación de las futuras formas y fórmulas poéticas que habrán de sucederse como las multiplicadas imágenes de este espejo.

Nosotros nos limitamos hoy, en este espacio concreto de la Revista, a dar la noticia de este "Primer libro de amor", de Dionisio Ridruejo, con el título de cada una de sus partes: "Memorias del amor", "Amor desierto", "Duelo del amor", "Advenimiento del amor", "Poemas breves", "Reloj de sonetos por un día de amor", "Laberinto de ausencias", "Cánticos a Aurea", "Elegía y égloga del bosque arrancado".

S. R.

(Continúa en la página siguiente.)

ARTES, LETRAS Y ACCION (CONTINUACION)

A los setenta años, después de haber publicado cuarenta volúmenes, Philéas Lebesgue, poeta y labrador, acaba de obtener de la Academia Goncourt el premio Geoffroy-Longchamp.

El galardón consiste en una renta de 25.000 francos, destinada a "un homme de lettres âgé de plus de cinquante ans ayant manifesté son talent littéraire et n'ayant pas réussi à économiser de quoi vivre".

¡Qué enorme melancolía la de este premio! Premio de los fracasados, de los que, teniendo talento, llegaron a la vejez sin gustar los labios frescos del triunfo.

Premio "para los más de cincuenta años que, habiendo demostrado su talento, no han conseguido economizar para vivir", dice la Academia Goncourt... Elegante manera de salvar una vida baldía.

Siempre habrá en el mundo jóvenes que sueñen con la fama literaria, como este poeta labrador. El Dante mismo soñó con ella a pesar de denostarla:

Non è il mondan romore altro ch'un fiato
Di vento, ch'or vien quinci e or vien quindi
E muta nome perche muta lato.

(Purgatorio, C-XI V 100-102)

pero uno quisiera no obtener nunca un premio así, que lleva en su misma esencia la consolación de una vida malograda.

—Ahí va, para que no se muera usted de hambre—le dice al pobre Philéas Lebesgue la Academia Goncourt.

Jamás ha habido en las Letras premio más amargo. Nacido en una casa de Neuville-Vault, pequeño burgo de Picardía, allí ha pasado su vida desconocida. Labrador y sembrador de la tierra que le dejaron sus padres, es, desde hace treinta y un años, alcalde de su aldea. Tiene ahora setenta años, y en su última obra, "La terre natale", cuenta la historia de su vida.

La fama no es más que "un soplo de viento", según el Dante. ¡Y, sin embargo!

MANUEL HALCON

Ha dirigido nuestra Revista hasta el presente número el camarada Manuel Halcón Villalón-Daoiz. Por superior disposición del Gobierno, el que fué nuestro Director pasa a ocupar el puesto de máximo prestigio en la vida artística española: la Dirección de la Academia de Bellas Artes en Roma.

Los altos méritos del que fué nuestro Director privan a VÉRTICE de su presencia física, pero quedan para siempre los cauces que él nos marcara durante su gestión directiva. En las futuras páginas de la Revista continuará en lo sucesivo su prosa clara y medida.

En la colección de VÉRTICE está recogido el desvelo y el fino espíritu de Manuel Halcón. Supo este escritor, en los más difíciles tiempos de la vida española, vencer las graves dificultades materiales de tan ambiciosa empresa editora y supo ordenar en torno a ella la dispersa vida cultural y artística de España.

Cumplió Manuel Halcón en su puesto directivo la más difícil

renuncia del hombre de letras: la de su propia labor en beneficio de las ajenas. Terminada esta misión ordenadora, deseamos se multipliquen, para bien de las letras, aquellas muestras de su literatura que componen los bellísimos cuentos de su retiro andaluz y sus magníficas crónicas, entre las que recordamos las que fueron el premio Unidad de 1936 y el de José Antonio del 38, compartido con otros.

Al acierto con que dirigió Manuel Halcón nuestra Revista se debe el prestigio logrado por VÉRTICE en el ámbito nacional y extranjero. Prestigio que tanto sirvió a España en su más difícil ocasión.

La Prensa española ha recogido en sus columnas, con el más sincero elogio, los méritos de Manuel Halcón. Al despedir nosotros al que fué nuestro Director y buen camarada, lo hacemos con la admiración debida a quien tan acertadamente supo dirigirnos.

S. R.



OCIO ATENTO

M U S A M U S A E

Musa Musae fía a su buena voluntad la parte que le corresponde en el común quehacer—dice la invitación.

Bajo la enseña "Ocio atento" viene esta nueva familia literaria a reunir a lo joven y a lo menos joven de las letras españolas. Habrá en ésta nueva Academia, a la que dan ya su nombre y su presencia académicos de todas las otras Academias, su poco de lectura y de debate, y esa asistencia por la obra común del espíritu, que es, en fin de cuentas, una patria.

El miércoles 17 de enero, en el Palacio de Bibliotecas y Museos, asistimos a su primera reunión. Bajo la capitania y tutela de Sánchez Mazas, Alfaro, Ridruejo, Manuel Machado y José María Cossío, tres poetas, un retórico humanista y un erudito, abrió su tienda la nueva Academia. Academia que no es coto escalable, como las otras, por el mérito seguido de los votos y la oposición, sino hogar abierto a los que, con una pluma, sienten el noble servicio de España.

Manuel Machado, después de exponer los fines de la nueva familia, añadió:

—En puestos de responsabilidad hay en la actualidad poetas y escritores de reconocido prestigio por su obra y su sensibilidad, y se ha sentido la necesidad de convocar a los que sienten la noble preocupación de las cosas bellas, para, sirviendo a nuestras Letras, servir a España y engrandecerla.

Acto seguido, Dionisio Ridruejo leyó varios de sus más hermosos sonetos, entre ellos algunos de los pertenecientes al nuevo libro, próximo a publicarse, con el título "Sonetos a la piedra".

Es la poesía de Ridruejo de una rara y milagrosa perfección, conseguida ya cuando apenas le apunta el bozo.

El soneto a una piedra de molino, con que cerró la lectura, es sencillamente uno de los mejores sonetos que andan por las literaturas del mundo desde Petrarca.

Emilio García Gómez, profesor en quien la sabiduría y la sensibilidad van de la mano, leyó luego algunas traducciones suyas de las mejores *Kasidas* monorrítmicas de poetas árabes.

Más tarde, José María Cossío, entre otras cosas, demostró con irónica gracia erudita el origen de dos de las más conocidas oraciones marianas. El "Bendita sea tu pureza", de factura andaluza, según Cossío, y "La salve", de claro nacimiento gallego.

A continuación, el poeta de "La Lola" y "Adelfos" leyó versos de su "Cante jondo" al socaire de la guitarra de Angel Barrio.

Por último, el ministro, Sánchez Mazas, cerró el acto por él abierto, con éstas profundas y bellas palabras:

—La poesía se reduce a llamar divinas a las cosas, a buscarles queriendo o sin querer su destello de divinidad, su partícula celeste, su razón inexplicable de amor, su naturaleza en el espejo encantado, en aquel espejo de la gracia que llevamos en nosotros mismos. Así, en este sentido esencial, no hay más que poesía religiosa. Ni tampoco hay más que universalidad religiosa. Por eso la poesía solamente puede y debe hacer claras y universales las oscuras palabras de la tribu. Queriendo, o sin querer, la lírica se subordina siempre a una mística y hasta se confunde con ella cuando toca los últimos grados de su perfección. De una suprema fuente dimanar, por modo más o menos recóndito y abstruso, todas las corrientes inspiradas e inspiradoras, aunque no se sepa fácilmente de dónde vienen ni adonde van, mientras oímos su sonido, "porque esto sucede—dice San Juan—a todo lo que nace del espíritu". Solamente por virtud religiosa se transfigura nuestra total actitud contemplativa: desde el orden cósmico hasta la idea del amor humano o del cerco nativo. El milagro poético se produce en el centro del ser de las cosas y la poesía vive de milagro. A cada momento necesita, como en las bodas de Caná, que las cosas usuales y corrientes como el agua se le conviertan en embriagadoras. Lo milagroso no es sino lo corriente en poesía.

Así, toda voluntad sería de renovar una vida poética—mucho más si se trata de una vida poética común—está condicionada por una voluntad más o menos latente y resuelta de renovación religiosa. Lo demás son Arcadias tardías, casi siempre sin Rambouillet. En nuestra poesía moderna, desde Shelley, desde Leopardi, desde Baudelaire y Verlaine hasta los más diversos de hoy, hasta Claudel y Stefan Georges o Miguel de Unamuno, la nota más profunda y decisiva está en su estremecimiento religioso.

"Toda grave tarea de reedificación, no ya del hombre, sino del tiempo y el espacio—españoles o universales—clama por una renovación religiosa, que lleva inherente la poética. Ya se dijo "que sólo el amor edifica". Sin esta ardiente voluntad religiosa, poética, sólo podrán conducir a destrucción los movimientos de una cultura, de una política, de una técnica y de una economía, sin imán profético ni estrellas sobrenaturales, motor y meta de toda unidad de destino. "Todo el orden del Universo—repite la Escolástica—se mueve y es por el primer Motor, y la belleza no es más que el esplendor de este orden."

"No será vano recordar que en el origen mismo, la Falange se diferencia de todos los demás Movimientos de Europa que puedan parecer afines, por haber establecido el primado de la contemplación y luego la voluntad religiosa y poética, raíz de nuestro Imperio, sobre todas las cosas mortales."

Singular en nuestras costumbres literarias fué esta primera reunión de Musa Musae.

J. A. de Z.



CONSEJO NACIONAL EXTRAORDINARIO D E L S. E. U.

Los Consejeros Nacionales del S. E. U. se han reunido en El Escorial del 4 al 8 de enero. Todas sus ponencias se han desarrollado encaminadas a adquirir una auténtica conciencia universitaria.

La guerra probó ya la seriedad y el sentido español del universitario. Este Consejo de la Paz la ha ratificado.

El afán revolucionario de España no está todavía satisfecho. En esa exigencia de la liquidación de las últimas consecuencias de la victoria el S. E. U. eleva su voz más firme y autorizada y en nombre de la Revolución se levanta no para pedir sino para ofrecer todo su ímpetu, como lo ofreció en las horas peores, y para exigir una utilización de sus reservas que son espirituales, pero que corren el peligro de agotarse si no se utilizan.

Su intensa atención hacia el problema interno del Sindicato y de la Universidad y su postura intransigente en el trabajo diario de la Revolución nacionalsindicalista, son las voces fuertes y seguras que el Consejo extraordinario del S. E. U. ha levantado en El Escorial.

La presencia y palabra del ministro de Educación dieron a este Consejo su alta significación universitaria y española.

Orden y distribución de sus principales tareas.

Día 4.—Palabras de apertura por el Jefe Nacional del S. E. U. Estudio del tema "Juventud y Universidad". Ponente: Jefatura Nacional del S. E. U.

Día 5.—Lectura de las conclusiones sobre el tema del día anterior. Estudio del tema "Juventud y revolución". Ponente: Jefatura Nacional del S. E. U.

Día 6.—Lectura de las conclusiones por la Comisión correspondiente. Estudio del tema "Juventud y el mundo". Ponente: Jefatura Nacional del S. E. U.

Día 7.—Lectura de las conclusiones de la Comisión correspondiente. Tema: "Milicias, sindicación obligatoria". Ponentes: Jefe de la Milicia del S. E. U. y Jefe Nacional del S. E. U.

Día 8.—Misa y acto de clausura.



NUEVOS ACADEMICOS D E L A ESPAÑOLA

El jueves 1 de enero se reunió la Real Academia Española, y al final se facilitó la siguiente nota:

"En la junta celebrada bajo la presidencia del Sr. Pemán, se pusieron a votación las propuestas de que ya se ha dado noticia, presentadas para las seis vacantes de número anunciadas, y fueron elegidos: D. Rafael Sánchez Mazas, para la que ocupó el señor Sellés; el Sr. Duque de Alba, para la del Sr. Saralegui; don Eugenio Montes, para la del Sr. Maeztu; el eminentísimo Cardenal Gomá, para la del Sr. Sandoval; D. Angel González Palencia, para la del Sr. Palacio Valdés, y D. Federico García Sanchiz, para la de D. Serafín Álvarez Quintero.

Todas las propuestas fueron aprobadas por unanimidad."

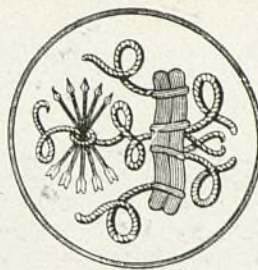
Aunque lamentamos el escaso rigor lectivo, que aminora la importancia del suceso, nos complace ver que la Iglesia, la nobleza, la erudición profesoral y las letras precursoras de la Falange tendrán desde hoy silla preclara en la Academia.

La Falange lleva a la Academia, con su representación, el más fino y auténtico prestigio literario dentro del orbe del idioma.

Esperamos en el próximo número poder hablar con la extensión que merece este acontecimiento.

En Valencia, la Falange ha organizado esta exposición, recogiendo, sin una atención selectiva que pudiéramos llamar escrupulosa, setecientas ocho muestras de dibujo, acuarela y grabado de artistas valencianos y catalanes. Se podría discutir el término "mediterráneo", reclamando exactitud para el título de la exposición. Honramos estas páginas publicando los dibujos del gran maestro Martí Alsina y de Gabriel Esteve y una notable xilografía de Enrique Ricart, muy significativa desde el punto de vista técnico.

La exposición, por muchos conceptos admirable, honra a la Delegación de Bellas Artes de la Falange valenciana, que ha editado un sobrio y certero catálogo.



CONSEJO NACIONAL DE LA SECCION F E M E N I N A

Del día 10 al 19 de enero se ha celebrado en Madrid el IV Consejo Nacional de la Sección Femenina de F. E. T. y de las J. O. N. S.

Se abrió el acto con una Misa por los caídos. A continuación pronunció unas palabras la Delegada nacional y un discurso el Secretario nacional del Partido.

Por la tarde dió su anunciada lección sobre nacionalsindicalismo Dionisio Ridruejo.

El día 11 pronunció una conferencia, sobre el Estado y las Escuelas del Hogar, el Ministro de Educación Nacional. Por la tarde habló sobre temas de alimentación el doctor Blanco Soler.

El día 12 habló Pedro Laín Entralgo. El día 13 disertó Eugenio Montes. El día 14, conferencia de José María Alfaro.

El día 15, discurso de Pedro Gamero, Vicesecretario del Partido, sobre "Misión de la Sección Femenina en la Organización".

Día 16, Misa en El Escorial ante la tumba de José Antonio. Discurso de Alfonso García Valdecasas, en el Teatro de la Comedia, y conferencia de Rafael Sánchez Mazas.

Día 17, lección sobre Religión y Moral por Fray Justo Pérez de Urbel.

El día 18 fueron visitadas las Escuelas del Hogar que la Sección Femenina tiene en Madrid.

El día 19 fué clausurado el Consejo por el Presidente de la Junta Política.

* * *

En el transcurso de su IV Consejo, las mujeres de la Falange han escuchado a los mejores hombres de la Falange. Es al hombre a quien le ha correspondido siempre hacer y conducir la historia de su Patria, y a la mujer escuchar y dejarse guiar. Este oír en la mujer la voz educativa del hombre (educación viene de *educere*, que significa conducir), supone ya en la mujer exacta conciencia de su existir.

No hace mucho en que parecía la mujer española capaz de escuchar sólo lo que de pasional y enamorado tiene la voz del hombre. Pero hoy día no hay duda que el oído de la mujer está ya hecho a escuchar la voz imperiosa del hombre señalándole su deber.

El Ministro de la Gobernación, Sr. Serrano Suñer, clausuró en la imperial Toledo, con voz paladina, ordenadora y diligente, este IV Consejo de la Sección Femenina.

"Sutiles frases duermen en los oídos del necio", dijo ya Shakespeare. Queden por ahí en mala hora las mujeres que no saben oír.

Pocas veces ha llamado y conducido hacia el aprisco nacional una voz con la seguridad y la autoridad de la del Presidente de la Junta Política.

Con orgullo ha podido alguien decir que "durante el IV Consejo de la Sección Femenina no hubo ni un grito elemental, ni circuló un tóxico, ni asomó un chisme".

Ni en el ámbito público ni en el privado recordamos otro frente a frente del hombre y la mujer del que se pueda decir otro tanto.



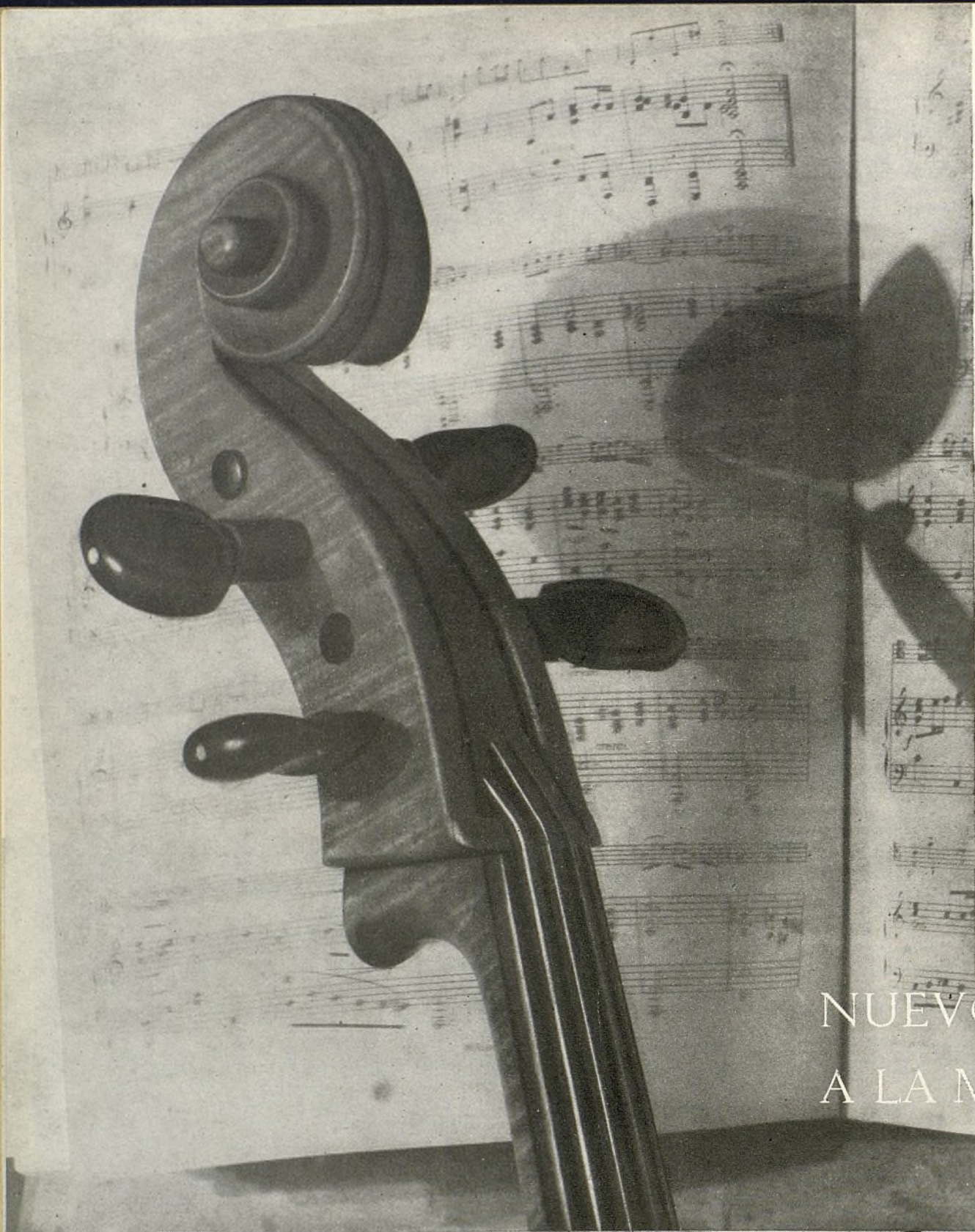
JUVENTUD

Ramón Martí Alsina

Del 13 al 27 de enero se ha celebrado una Exposición de Pintura, Escultura y Grabado, organizada por la Asociación de Pintores y Escultores, en colaboración con el Círculo de Bellas Artes.

Ochenta y una obras de los mejores artistas españoles. Entre ellos:

Gutiérrez y Solana, Vázquez Díaz, hermanos Zubiaurre, Frau, Marisa Roësset, Mariano Benlliure, Emilio Aladrén..., etc.



NUEVOS HORIZONTES A LA MUSICA ESPAÑOLA

Por FEDERICO SOPENA

CRITICA Y DOGMATICA

"El arte debe servirnos actualmente para hacer una Música tan natural que en cierto modo parezca una improvisación; pero de tal manera equilibrada y lógica, que acuse en su conjunto y en sus detalles una perfección aún mayor que la que admiramos en las obras del período clásico hasta ahora presentadas como modelos infalibles."

(Manuel de Falla.)

Nos encontramos en la gran encrucijada que precede a la realización de un nuevo estilo. Cuando existen ya unos principios estéticos definidos y en vía de realización, la labor crítica es sencilla: aplicar a los casos concretos las formas vigentes. Hoy no nos encontramos en este caso. En el continuo quehacer que nos depara una alegre madrugada política, se mezclan residuos antiguos conscientemente no aceptados, añoranzas claras y, muy a menudo, futuros demasiado inconcretos. Por ello, es urgente una labor de distinción, de aquilatamiento de lo que se debe preferir y rechazar.

Abandonando conexiones demasiado vastas, fijémonos en el panorama musical. En España sufrimos musicalmente un defecto esencial; se han estudiado los problemas artísticos con una nefasta independencia de los valores culturales; se ha visto la Historia de la Música con una sucesión de célebres biografías; se ha olvidado la comunidad de las formas. En resumen: no se ha planteado el problema crítico como cuestión de dogmática. Los encargados oficialmente de enseñar criterios artísticos han buscado afanosos la evolución de soluciones técnicas, olvidando que, por encima de un progreso horizontal, existen músicas imperiales o liberales, nacio-

nalistas o universales. Cuando uno de los más inteligentes eruditos de principio de siglo—Felipe Pedrell—se pone a estudiar el caso Victoria y la música del siglo XVII, se enfanga en disquisiciones de filología artística y se olvida de que nuestra polifonía religiosa es incomprensible sin la intuición del Imperio de El Escorial y de nuestra Escolástica.

No hay salidas tangenciales. Si entendemos la nueva creación política como un estilo total, como una manera de ser, como una auténtica forma de vida, habremos de plasmar sus realidades y aspiraciones en una específica manera de hacer música. La novedad en la crítica musical no ha de consistir, pues, en atender a las cosas pequeñas, sino en señalar, ásperamente y con entusiasmo, los atisbos de nuevas visiones que sean acordes con el sentido total. No hay crítica sin dogmática. Por ello, las nuevas orientaciones saldrán con dificultad de la apresurada crónica periodística, reclamando, en cambio, la pensada labor de la auténtica Revista.

INFORMACION Y CREACION

"Es necesario que estemos siempre deseosos de preparar nuestra sensibilidad para producir felices resultados."

(Goethe a Rudolf von Beyer.)

Que nuestra nueva música sea producto de un nacimiento natural y no de un aborto a destiempo. Tropezamos hoy con una mancadura esencial: estamos atrasados y mal informados. Las novedades musicales de Europa no han ido viniendo cuando estaban ya

(Continúa en la pág. 64.)

LA ILUSION DE LA PAZ

Por ANDRES REVESZ

CONOCÉIS al delicioso Doctor Knock de Jules Romains? Aquel médico que no cesa de aumentar su clientela con el lema de que la salud es el peor estado, pues no es sino un descanso entre dos enfermedades.

Siempre me acuerdo de Knock cuando se habla de la paz. La paz, tal como está organizado el mundo, no es sino un armisticio más o menos largo entre dos guerras. ¡Cuántas ilusiones se ha forjado la Humanidad con respecto al advenimiento de la Paz, con mayúscula, de la Paz que no fuera un armisticio, sino la tranquilidad definitiva! La Paz justa, que diera satisfacción a todos, y que no fuera—según dijo el conde Apponyi—una de tantas paces, a base de Tratados impuestos por la violencia, que ha conocido el mundo a través de los siglos. Pero ¿será posible el advenimiento de una era de paz octaviana antes de que entremos en la "post-historia"?



La guerra europea fué llevada a cabo bajo el lema de que sería la última. Había que luchar para que los hijos de los combatientes pudieran vivir tranquilamente. Wilson decía que las Potencias occidentales tenían que preparar al mundo para el advenimiento de la democracia. Con este régimen desaparecería para siempre cualquier motivo de conflicto entre los pueblos. Como si los instintos bélicos de las masas no constituyeran mayor peligro para la paz que la actuación de monarcas y diplomáticos, y como si las guerras no se hubieran transformado en "infernales" desde que el pueblo interviene en la dirección de sus destinos. Fué la Revolución francesa la que creó el nacionalismo contemporáneo y el servicio militar obligatorio, y, por ende, instituyó la paz armada, como reposo entre dos guerras. Después de las guerras napoleónicas—continuación de las de la Revolución—hubo veintitrés años de paz relativa; luego veintidós más hasta la francoalemana. Saturado el segundo Imperio germánico, Europa gozó de más de cuarenta años de calma; quizá su época más feliz y más próspera.



Los Tratados no traen la paz definitiva, porque ni pueden dar satisfacción a todos, ni pueden destruir por completo al vencido. Pero sí que pueden acercarse a uno de estos dos extremos. Es indudable que Bismarck supo concertar Tratados moderados, aceptables para la Potencia derrotada. En 1866, tras la breve y brillante campaña militar en el cuadrilátero de Bohemia, impidió que las tropas prusianas entraran en Viena. Gracias a su moderación, Bismarck consiguió que cuatro años más tarde Austria permaneciera neutral y luego llegara a ser aliada de Berlín. Y el mismo Tratado de Francfort era soportable para Francia, a pesar de la pérdida de Lorena. Además, el Canciller de Hierro fué bastante hábil para dirigir a la República francesa hacia conquistas coloniales, con el fin de apartar su atención del Rin. La actuación de Bismarck después de dos victorias brillantes y definitivas, son ejemplos de cómo se consigue una paz prolongada mediante la moderación hacia el vencido. Por el contrario, el Tratado de Westfalia es el mejor ejemplo en el sentido contrario; el ejemplo que—según

prevé Hitler—seguirían ingleses y franceses si consiguieran imponerse a una Alemania agotada. El Tratado de Westfalia deshizo la unidad alemana de tal modo que el mundo germánico tardó más de siglo y medio para levantar cabeza.

A base de estos ejemplos se comprenderá la torpeza de los artífices del Tratado de Versalles, al par cruel, humillante, injusto y demasiado blando. Debía haber asegurado la paz, sea mediante la generosidad para con el vencido, sea mediante el quebranto de la unidad política del Reich. En vez de escoger una de estas soluciones, los aliados y asociados recurrieron a otra, la peor, la que al lado de la exasperación y el rencor dejó al Reich suficiente poder político para rehacerse y pensar seriamente en el desquite.



Otro medio para asegurar una paz prolongada será la guerra preventiva. El mariscal Konrad von Hietendorff era en Austria, a principios del siglo, el defensor más ardiente de esta medida, aplicada a Italia, en la que veía al futuro enemigo. Pero, ¿es lícita la guerra preventiva? Nuestro mayor tratadista de Derecho internacional, el Padre Francisco de Vitoria, la condena. "Credo—escribe—quod nullo modo licet, quia non sunt facienda mala, ut vitentur etiam alia mala majora. Et intolerabile est, quod occidatur aliquis pro peccato futuro." Es decir, que no es lícito hacer cosas malas para evitar otras mayores, y no se puede tolerar que se mate a nadie por posibles pecados futuros. Además, aun prescindiendo de consideraciones de orden moral, la guerra preventiva tiene el inconveniente material de que el pueblo que la hace no la siente; no lucha en ella con el mismo ardor que el pueblo atacado, aunque el ataque sea política y militarmente justificado. Esto ocurre en la presente guerra, en que los alemanes están convencidos de que la lucha les ha sido impuesta, y que ellos defienden a su país contra la agresión de Potencias envidiosas y malintencionadas. Los mismos estadistas aliados han contribuido a difundir esta impresión al afirmar repetidas veces que si bien Alemania no ataca y ofrece la paz, es menester acabar con ella, porque no es posible tener confianza en la palabra de sus actuales gobernantes y para que no haya que efectuar eventualmente la próxima movilización general bajo la acción disolvente de la aviación alemana.



Hemos citado al Padre Vitoria. Volveremos a recurrir a él, pues encontramos en su "Relectio" un párrafo que ha adquirido actualidad. "Sólo han de emprenderse las guerras—escribe—para realizar el bien común, y de ello resulta que si para recobrar una ciudad hayan de acarrear mayores males... en perjuicio de la Iglesia, ya que con ello se habría de dar a los paganos oportunidad para invadir y apoderarse de los territorios de los Cristianos, es indudable que el Príncipe se halla en el deber mayor de ceder en su derecho y de abstenerse de la guerra." (La traducción es del marqués de Olivart.) El Caudillo, heredero del espíritu cristiano y humanitario de nuestros grandes tratadistas, ha hablado en el mismo sentido. Pero Europa ha perdido, para su desgracia, el sentido de su responsabilidad histórica y moral.



HA MEREcido EL PREMIO JOSE ANTONIO 1939 EUGENIO MONTES

Por DIONISIO RIDRUEJO

A EUGENIO MONTES

(1922)

Eugenio Montes, mozo gaitero,
que traes orbayo de tu país,
parvo repique sobre un pandero,
vientos forales sobre el maíz;

vientos que soplan nubes rosadas,
nubes que llevan múltiple fol;
entre Castilla y el mar infladas
bajo el mojado brazo del sol...

Tus vacas rumian trébol y cielo
ante el establo primaveral;
tu lluvia irisa su contrapelo,
tu trisa es peine de azul cristal.

Luna, molinos. Vienten su estela
de flor de harina las Tres Marías;
trote el camino de Compostela
sobre lardones de romería.

Eugenio Montes, así es tu prosa:
parcela de aire tierno y sutil;
das la mazorca junto a la rosa,
oro y estrellas lleva tu Sil...

ADRIANO DEL VALLE

Desde hace seis u ocho años hemos visto cómo se celebraban en Eugenio estas bodas, tradicionalmente difíciles, entre el merecimiento verdadero y su reconocimiento oficial y público, entre el valor y el éxito.

Acostumbrados nos ha tenido España, en tiempos abominablemente más apacibles y holgados, a contemplar verdaderas canonizaciones oficiales y populares, vanas como pompas de jabón, y sin otras condiciones que la de la renuncia al rigor, a la honestidad, a la merecedora y vigilante disciplina de los mismos canonizados.

Por eso, para otros que no tengan fe en la justicia, la trayectoria pública de Eugenio Montes ha podido parecer un milagro o un suceso desconcertante a fuerza de ser tan razonable y tan justo.

Eugenio ha merecido, ha ganado a fuerza de rigor, de fidelidad a sí mismo, de disciplina y de exigencia en sus enormes dotes intelectuales y humanas, a fuerza de honradez, tomar laureles y ocupar sitios, tan habitual y antiguamente ocupados por la ligera adulación, por la frivolidad acomodaticia, por la conversión de la pluma de escribir—grave y comprometedor como una espada—en pluma de indio irrisorio.

Por esto en esta España "de nuevos modos" se le otorga a él—más que a un simple artículo—el supremo galardón de la Prensa o se le concede jerarquía oficial, o la privilegiada condecoración, o la tarea de misionar. Y por eso la Falange—que venía de verdad a extirpar todas las falsificaciones nacionales—hizo para con él la única excepción de su austerísima costumbre, oponiendo su banquete a todos los banquetes de empingorotados mamarrachos y ofreciéndole su homenaje por el labio y en la copa del más exigente, fino y riguroso de los hombres de España.

Así el honor de hoy—seguros estamos de que no será el último—viene a ser como el reconocimiento del de ayer, como su continuación en otro tiempo y en otro estado.

Ahora bien, en este momento en que a Eugenio Montes se le concede el premio José Antonio por su inmensa tarea de magisterio, realizada en el ámbito del periodismo español, nos interesa, más que señalar hasta qué punto alcanza nuestro camarada a merecer el premio, hasta qué punto excede de él. Porque lo cierto es que Eugenio, no sólo no se agota en este campo por el que ha andado con tan buena fortuna y tan asombrosa seguridad de paso, sino que ese campo—el periodismo—es ajeno y casi contrario a su más honda y verdadera vocación.

Eugenio no es precisamente un periodista,

sino que ha rendido al periodismo su saber y su estilo, porque ahí estaba el campo de batalla y Eugenio tenía elegido su servicio, antes que su puesto, por encima del destino personal, como lo tenían elegido los estudiantes que cambiaron el aula por la trinchera.

Eugenio ha sido—aunque con fruto para todos—prisionero del rigor del tiempo cuando precisamente su más pura vocación era la de ser su carcelero: ha sido guiado por el tiempo, por el suceder de las cosas, cuando él había nacido para enseñarle al tiempo su camino, es decir, no para cronista, sino para filósofo y para poeta. Pocos hombres hay en España que junten en el milagro de un estilo perfecto tan misteriosa agudeza y tan ordenado rigor lógico: tal temblor y tal solidez. Y esto, que excede en el Eugenio periodista, lo tiñe e impregna también dándole esa trascendencia, esa segura memoria y afilada adivinación. Por eso, los artículos de Eugenio—impuestos por la anécdota presente—son lecciones severas que rebasan el ámbito frívolo de la crónica usual y en los que el

instante fugitivo y vivido alcanza sus raíces históricas y desentraña su blanco—como una saeta certera—en el tan incógnito y amado porvenir.

Ya sabemos que Eugenio—hoy camino de su media edad—ha de entregarnos pronto, en depósitos y formas más serenas y definitivas, todo el fruto de su agudeza, de su profundidad y de su saber, tan evidentes, tan radiantes, tan plenos ya en esas súbitas revelaciones que han sido, a través del esfuerzo diario, el artículo, la conferencia y la conversación. Y como el mismo José Antonio hubiera querido, nosotros preferimos aplicar su premio no al balance de méritos de Eugenio Montes—como bálsamo que los mantenga incorruptos y quietos—, sino a la matinal esperanza que para la Falange y para España nos ofrece su presencia viva—joven como lo es el inicio de toda nueva promesa—en las cercanías de una colmada y plena madurez que ha de ser tan fecunda en el corazón, en la mente, en el pulso y en la voz de este hombre bueno.

UNA CUARTILLA AUTOGRAFA DE EUGENIO MONTES CON TEXTO DEL ARTICULO PREMIADO

En Roma, cabeza y corazón del mundo, en esa ciudad nacida para sentir el pulso vivo de la gran historia, las piedras añoraban el paso firme, seguro y triunfal de un hombre español ante quien se curvasen de alegría y simpatía los arcos entusiastas de las conmemoraciones.

En los tiempos opacos y aborridos que precedieron a nuestra gesta, cuando un español iba a la ciudad Eterna tenía que ir pisando tímidamente, como con el miedo y la vergüenza de hollar las huellas de los grandes antepasados, en que la pequeñez encorvada de nuestras mendrugadas ticas, la posición marginal de nuestra patria en medio del mundo, acortaban inevitablemente el paso. Pero ahora

EUGENIO MONTES

(Foto Valmijana.)

Ayuntamiento de Madrid



CASTILLO DE SAN MARTÍN DE VALDEIGLESIAS



CASTILLOS

Por PEDRO MOURLANE MICHELENA

No hay, que sepamos, antología de los requiebros que las viejas ciudades de España han oído a través de los siglos. Se han dejado llamar, o por sus hijos o por viajeros de paso, la de las altas torres, la de los concilios, la de los estudios, la de los gremios o la de los mercados. El tiempo ha segado esas altas torres como si fuesen espigas, luego de amortiguar la resonancia de Cortes y Concilios y el rumor de la gran colmena civil de los gremios. Las ciudades, empero, no mueren nunca del todo, aunque se dejen llamar ciudades muertas. Dicen que ninguna entrega su secreto sino a aquél que las ronda ceñidamente en las cuatro estaciones de la vida. Para conocer a fondo a una ciudad hay que fincar entre sus piedras y hacer a la sombra de los monumentos generaciones vivas. De los idilios del arqueólogo con las ciudades ilustres, como de los idilios del lingüista con una lengua, no sale prole para la historia. En los hipogeos de los Faraones suelen encontrarse vasos con semillas, entre las cuales algunas conservan, a través de las edades, virtud germinativa y prenden aún en tierra y se hacen árboles, cuando no bosques enteros. Gérmenes con la misma virtud hay en las ciudades viejas y reviven de pronto casi prodigiosamente cuando el soplo del espíritu bate sobre las que fueron altas torres o muros de ciudadela, monasterio, obrador o granja. ¿Y en los castillos, Coca o Loarre, Guadamur o Buitrago, Torrelobatón o Zorita, no bate también?

Algún poeta que vive del perfume de un vaso vacío nos dirá que no. Es que necesita segregar nostalgia como las atalayas segregan horizonte, y hasta para atar el carro a la estrella, como la sabiduría aconseja, elige estrella que nos dé su centelleo después de haberse extinguido. Es Manrique aún, y todavía, el que le da el tono:

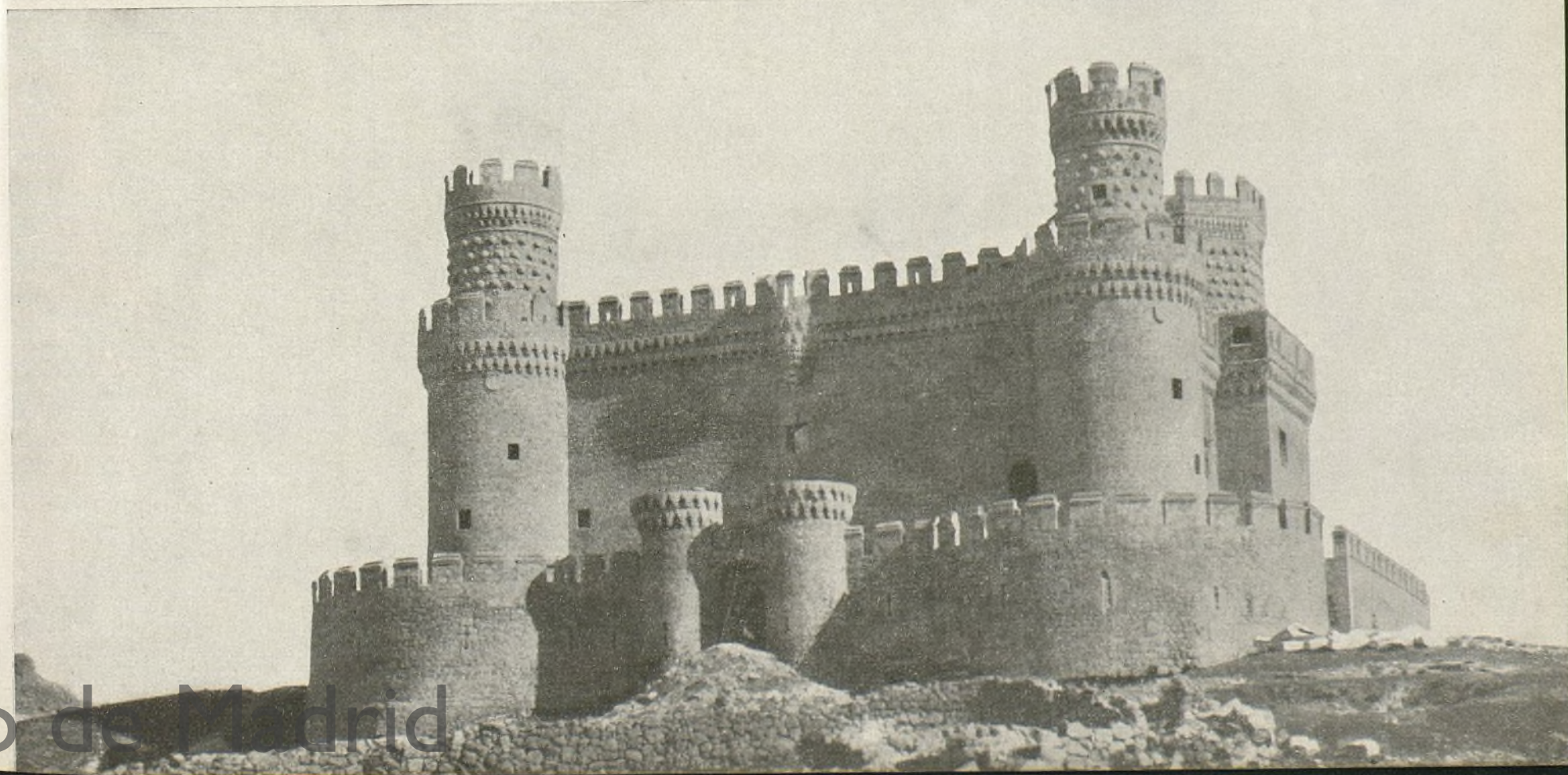
CASTILLO DE MAQUEDA (TOLEDO)

Las huestes innumerables,
los pendones, estandartes
é banderas,
los castillos impunables,
los muros y baluartes
é barreras,
la cara honda chapada
o cualquier otro reparo
¿qué aprovecha?
Cuando tú vienes airada
todo lo pasas de claro
con tu flecha.

Coca es de ayer, pero el tiempo le ha demantelado barbacanas y adarves, cubos y saeteras. Sus enemigos, ¿dónde están? ¡Ahl... Ese gótico que flamea tardíamente mete en sus ladrillos una cierta laxitud mudéjar. Cuando don Alfonso de Fonseca lo erige, Castilla da el banderizo, como puede dar el chopo o el lebrél; pero está en el aire la señal de que las guerras de bandos van a concluir cuando don Enrique concluya. En ese castillo las defensas han sido labradas demasiado fastuosamente; y quizá hacen pensar en el lujo con que los cinceladores damasquinan por entonces corazas milanesas. Siempre que se pasa por Alaejos, allá donde el Eresma y el Voltoya confluyen, se le pregunta al castillo: ¿Y tus enemigos, dónde están?

En el de Manzanares, el ocio noble se llama Santillana y ha humanizado inteligentemente las piedras. Cuando lo funda el primer marqués, el castillo se yergue, muy sobrio, en la sierra. El campo es propiedad y no paisaje todavía, y si vivir no es preciso, pelear como los buenos, sí. Se alza el castro cuadradamente, con dos recintos, cubos en los flancos, cruja de saeteras, torre y plaza de armas. El primer duque del Infantado, hijo del marqués don Iñigo y nieto del Almirante don Diego, amplía la fortaleza. Abra-

CASTILLO DE MANZANARES EL REAL



CASTILLO DE COCA

mos los "Claros varones", de Fernando del Pulgar. De las veintiséis semblanzas, la novena es la del duque, de quien el venerable cronista de los Reyes Católicos narra los trabajos y los muchos peligros en que estuvo, primero en las Asturias, luego en Olmedo, en la batalla entre don Enrique y don Alfonso. En el culto de las armas y las letras siguió a su padre. "Todas las cautelas e ficciones aborrecía como cosa contraria a su natural condición." Nada temía en este mundo, y si sólo a "caer en punto de mengua". Pero la semblanza termina así: "Fué asimismo vencido de mugeres é del apetito de los manjares. E aviendo acrescentado su título e patrimonio allende de lo que le dexó el marqués, su padre, murió en toda prosperidad en edad de sesenta e cinco años..." Este pasaje nos instruye en el porqué y el para qué el caballero construyó en el adarve del Sur una galería risueña, no diferente de la que construyó más tarde en Guadalajara en un gótico más, pero mejor decadente que el de Coca. Hay tiempo de todo: de guerrear, de viajar, de fundar y de amar. A estas cuatro empresas dió la vida el duque. El castillo lo sabe y a su modo lo cuenta...

¿Qué diremos ahora del de Guadamur o del de Maqueda, del de Pedraza o el de Peñafiel, del de San Martín de Valdeiglesias o el de Benavente? ¿Qué de tantos más? Esto se ha escrito: que la propiedad fué en Castilla señorío y no riqueza. La posesión de la cosa deseada vale allí por la posesión, no por la cosa; por el dominio, no por el disfrute de lo que en sí es precadero. Este modo de ser ha sido estudiado a través de los cantares de gesta y de las crónicas, como también del Fuero Juzgo, del Fuero Viejo de Castilla, del Fuero Real y de las Betetrias y Cartas Pueblas. En el "Poema del Cid", el héroe gusta del lujo que va consigo, no del que queda en palacios, en huertos o en ciuda-

des enteras. Nos dirá, sí, que de sus espadas, la que ganó en combate contra el conde de Barcelona vale mil marcos, y la que ganó al rey Bucar, rey allende la mar, otros mil. La ciudad de Valença, al lado de las espadas, es cosa menor, que hoy se toma y más tarde se pierde, porque la grandeza es caediza y se muda y pasa. Cuando el Rey recibe estas espadas y se las devuelve al Cid.

"Sacan las espadas é relumbra toda la corte."

Lo que va con el Campeador o con sus comitivas—palafreos, pendones en buenas astas, escudos bordados en oro, mantos, pieles, cendales—, lo que el hombre puede llevar encima o en pos de sí es lo que vale más de lo que cuesta:

"Vistió camisa de rançal tan blanca como el sol con oro é con plata todas las presas son."

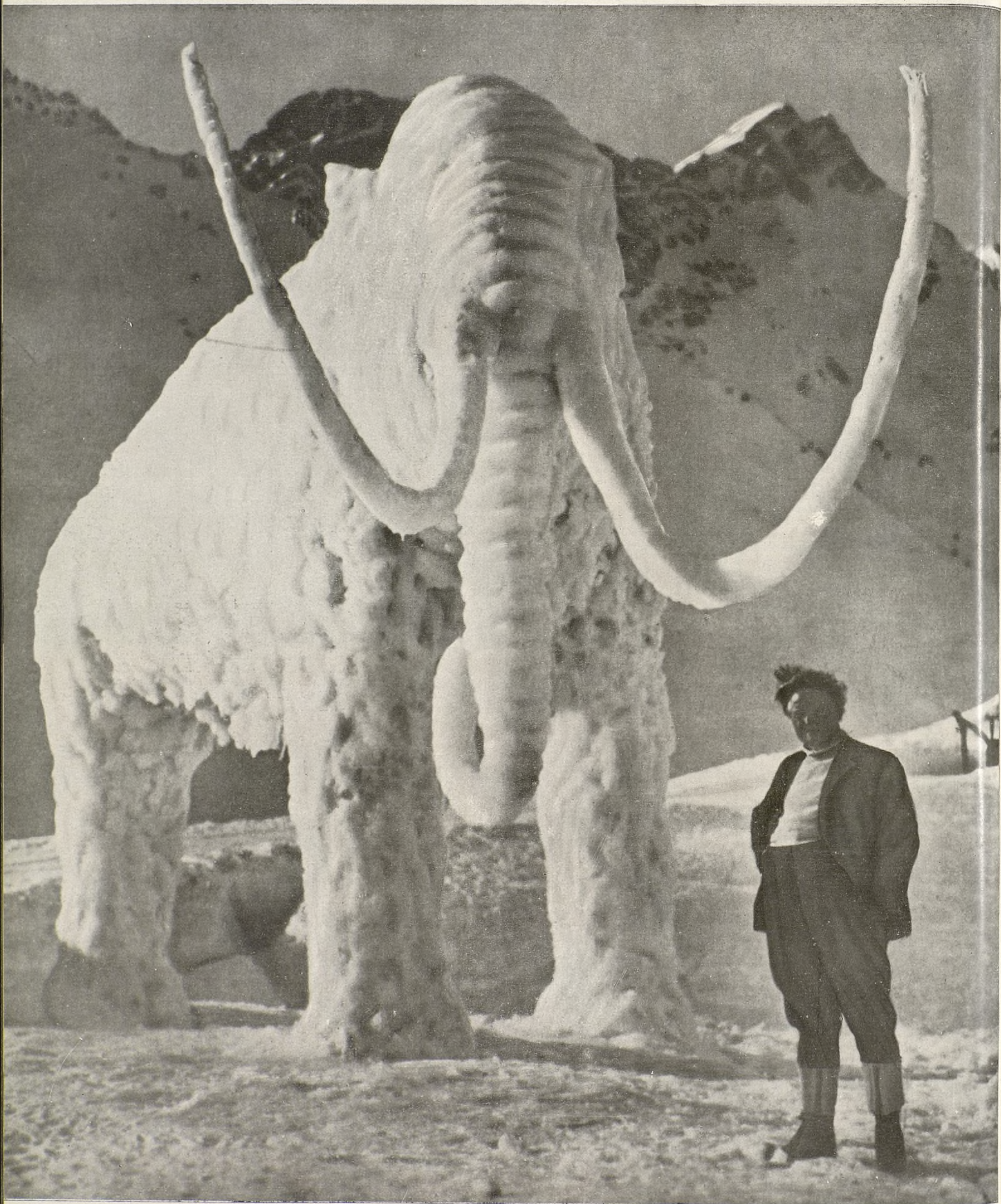
Lo que se lleva y mientras se lleva, es lo que los grandes héroes de Castilla retienen, no por codicia, sino por señorío; no por deleite, sino por nobleza del mando. Por lo demás, cuando llega la hora de dejar las pompas del camino, las dejan y se tienden sobre la cruz de ceniza, que es el emblema de la renunciación en la vieja Castilla...

Y eso entonces y luego, y siempre. Los castillos, pues, se han quedado atrás, con otros bienes, en los que el tiempo socava, hien-de y desmantela.

Ciudades castellanas despiertan ahora; pero, ¿y los castillos? A todos, como al de Coca, les preguntamos no por sus señores, sino por sus enemigos. Sólo el que no los tiene está muerto del todo...

(Fotos del Marqués de Santa María del Villar.)

Ayuntamiento de Madrid



Ayuntamiento de Madrid



JUGAR CON NIEVE

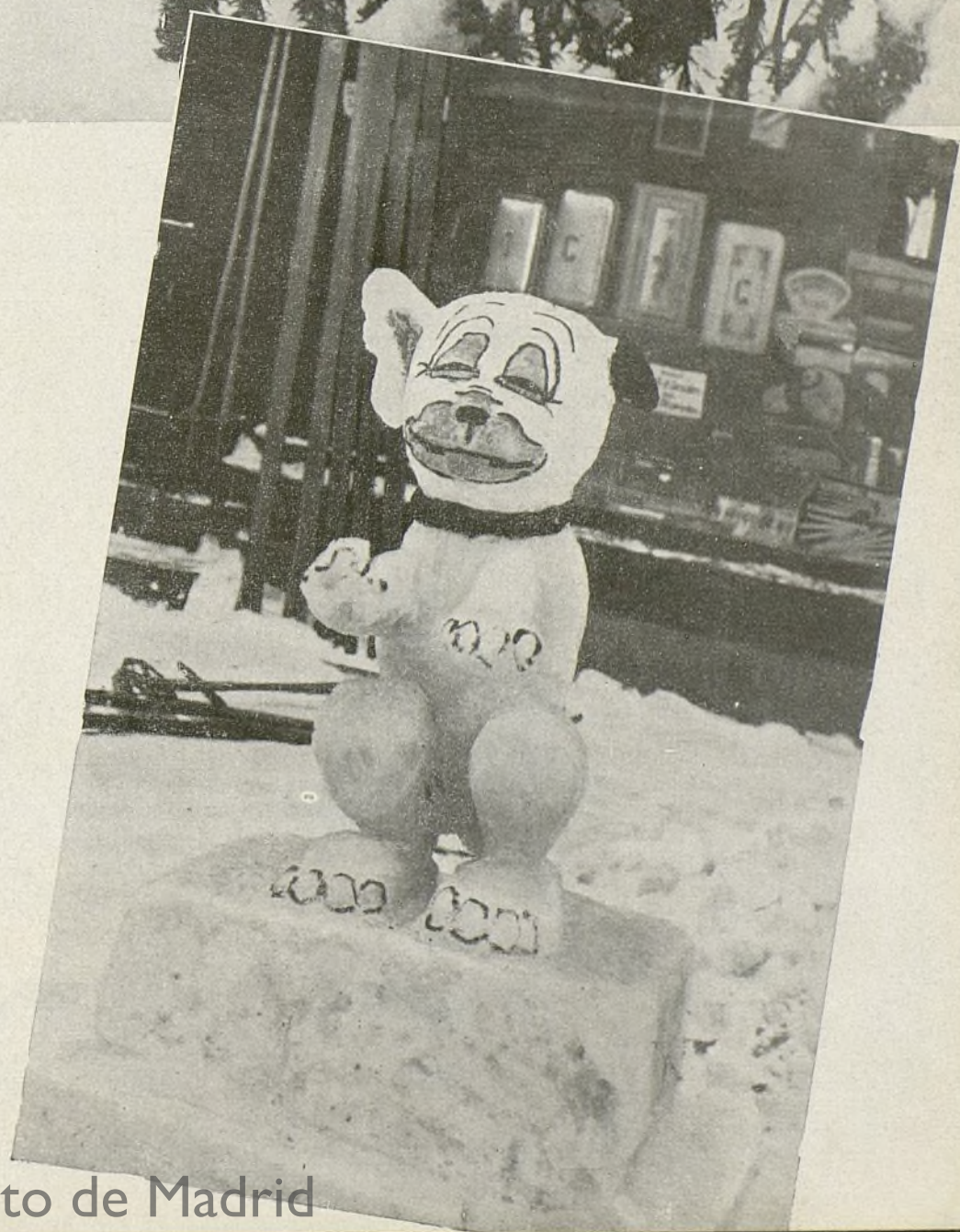
La nieve tuvo siempre un sentido decorativo, que sirvió siempre también para poner en movimiento una serie de lugares comunes fotográficos y literarios.

Ha nevado en Madrid. Y con una tenacidad tan urgente y despiadada, que nos ha dejado la villa—después de bien cubierta—con el "blanco cendal"—aterida y desapacible.

En estas páginas de "cándida albura" queda, pues, nuestra obligada reverencia al helado presente del invierno.

Y aquel "jugar con fuego" zarzuelero, peligroso juego varonil de pasiones, de incendios y de llamas, nos da la clave de este otro "jugar con nieve", inocente, frío y blanco juego, propio para los niños y los pájaros.

(Foto C. I. F. R. A.)



Ayuntamiento de Madrid



LA GUERRA HEROICA DE FINLANDIA

Por ISMAEL HERRAIZ

El valor de los días y los hombres.

Una proclama lanzada por los soviets a las tropas finlandesas establece la siguiente escala para la traición: "¡Rendíos! Pagaremos 10.000 dólares por un avión, 10.000 por un tanque, 1.500 por una ametralladora, 150 por un fusil y 100 por un revólver." He aquí que el comunismo está ya de vuelta de sus anteriores temas de propaganda, porque el mundo ha aprendido, después de tantos pesares, a reírse estrepitosamente del "stajanovismo", de los "konsomoles", de "las alegres chicas de la U. R. S. S." y de los desfiles en la Plaza Roja. Es preferible ahora para el tozudo "mujik" caucasiense del Kremlin prometer dólares contantes y sonantes. Todo el idílico panorama soviético no era una promesa suficiente para los soldados de Finlandia, demasiado próximos al "paraíso" proletario. Acaso un signo típico del capitalismo internacional como el dólar—pensaría Stalin—pudiera argumentar más favorablemente por la causa comunista.

Pero resulta que sobre la helada tierra finlandesa, entre los "harju", de abetos, de alerces y de abedules, hay un pueblo que no vende sus armas. Porque toda aquella geografía desolada y distante, donde el lago y el bosque se hunden en la semipenumbra ártica, llena el corazón y el impulso de un pueblo y le lleva a morir sobre ella. Otra vez sobre la nieve los finlandeses, como en 1898, lanzan a la odiada tropa rusa el grito de "¡Durak!" (perro venenoso). Por eso, al cumplirse el mes y medio de guerra, el ejército soviético no ha podido comprar un solo fusil finlandés y se ha tenido que limitar a entregar, ensangrentado y vencido, el armamento correspondiente a tres divisiones que una buena mañana cruzaron la frontera de Finlandia creyendo que por un puñado de dólares unas gentes pueden vender su patria al primer trapero moscovita.

Los españoles, acaso menos que ningún otro pueblo de la tierra, podemos permanecer insensibles a la gloria y al esfuerzo de Finlandia. Su guerra, que es una prolongación de nuestra Victoria, nos pertenece espiritualmente. En la Universidad, en la escuela, los hombres de España aprenderán la lección civilizadora que, prolongada por nuestra lucha, sigue en una esquina de Europa.

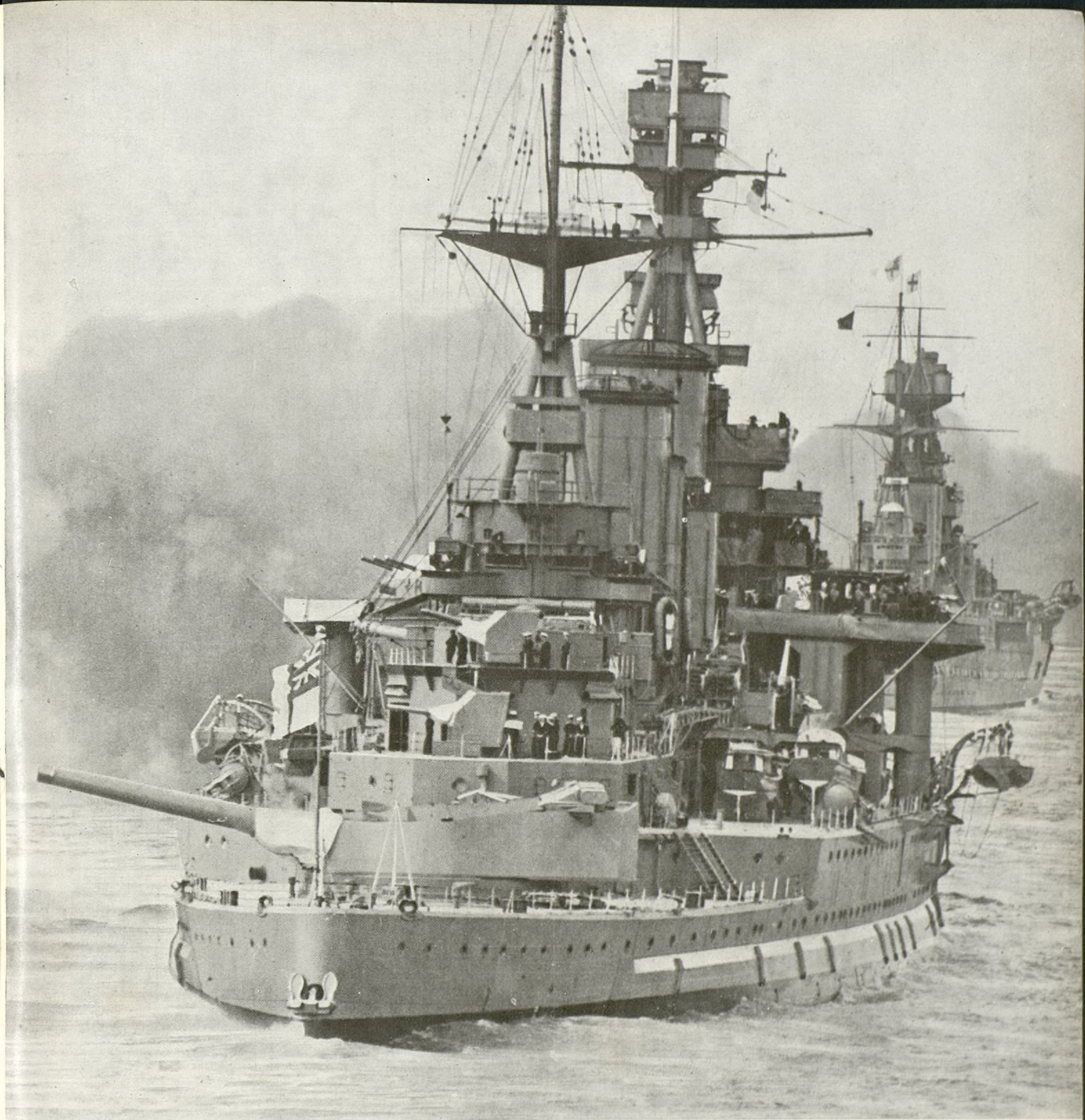
Recogemos esquemáticamente los jalones triunfales que han marcado hasta ahora la defensa de la nación finlandesa contra la horda que sueña con asomarse al Atlántico.



Cómo se inició la invasión.

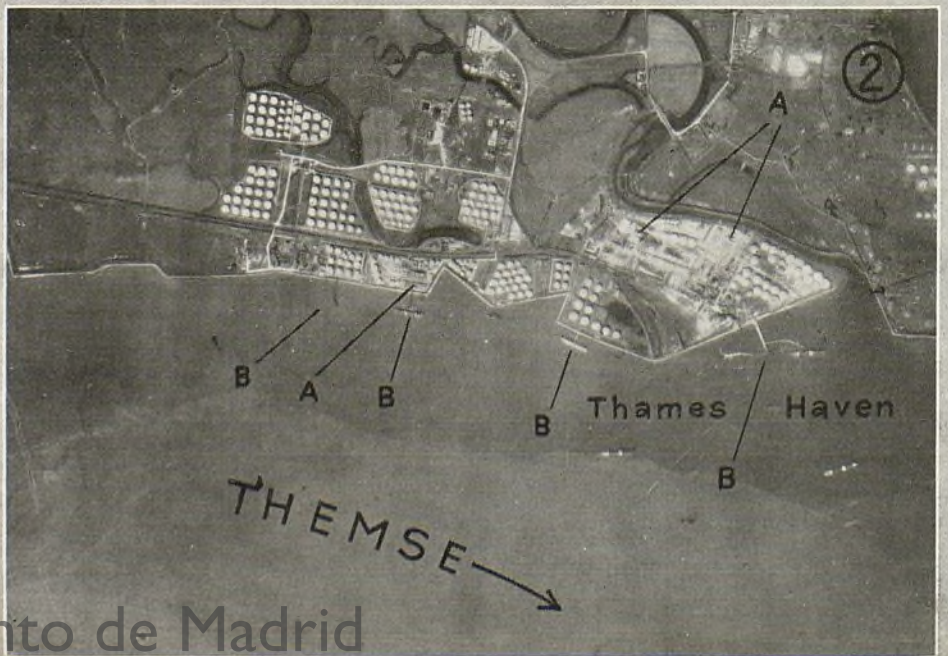
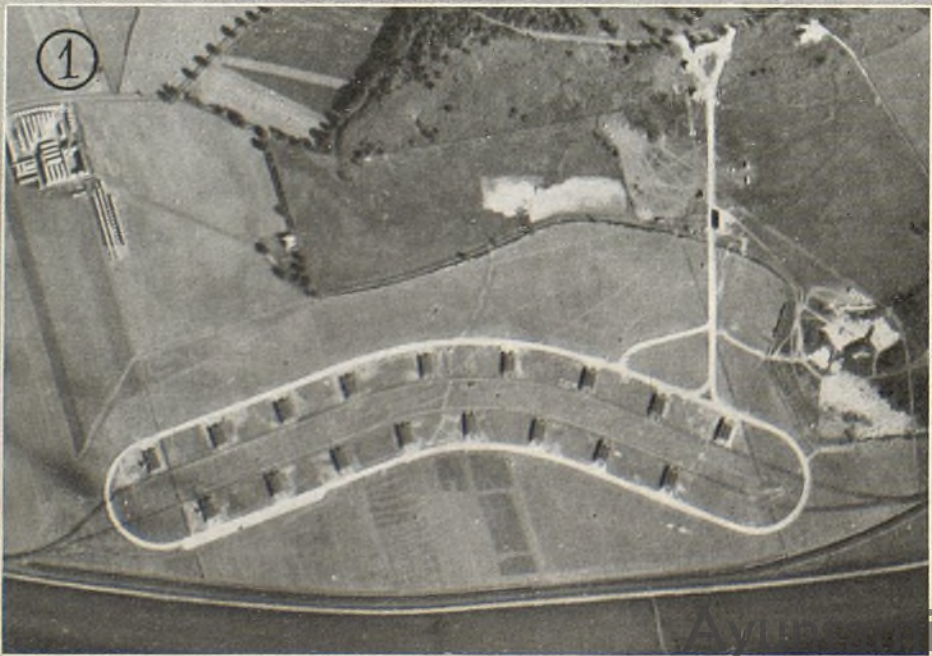
Fueron inútiles todas las tentativas benévolas de Finlandia, porque el designio invasor era claro. Las patrullas finlande-

(Continúa en la página 62.)



GUERRA

Ayuntamiento de Madrid



Ayuntamiento de Madrid



LA AVIACION AL SERVICIO DE LA GUERRA

Impresionantes fotografías obtenidas por la aviación alemana. 1.^a Depósito de municiones de la Armada británica en el Firth of Forth.—2.^a Un gigantesco depósito de petróleo y bencina a orillas del Támesis:

a) refinerías de petróleo; b) vapores-tanques preparados para descargar (dos docenas de bombas bastarían para convertir todo esto en un infierno).—

3.^a Dover, el puerto: A, ferrocarril; B, rompeolas;

C, muelle; D, entradas del puerto; E, baterías de costa;

F, fortificaciones; G, fuerte.—4.^a Aeródromo militar

de Manston, al norte de Dover. De aquí salen los aviones para Francia. A, aviones de caza; B, hangares;

C, cuarteles; D, depósito de municiones; E, refugios;

F, estación de telegrafía sin hilos (se ve claramente la sombra de los mástiles de la antena); G, se ha cambiado el color del campo para disimular, pero a la

vista está que no se ha conseguido camuflar el aeródromo.—5.^a Liverpool y su puerto comercial Birkenhead:

A, puerto interior de Birkenhead; B, puerto de

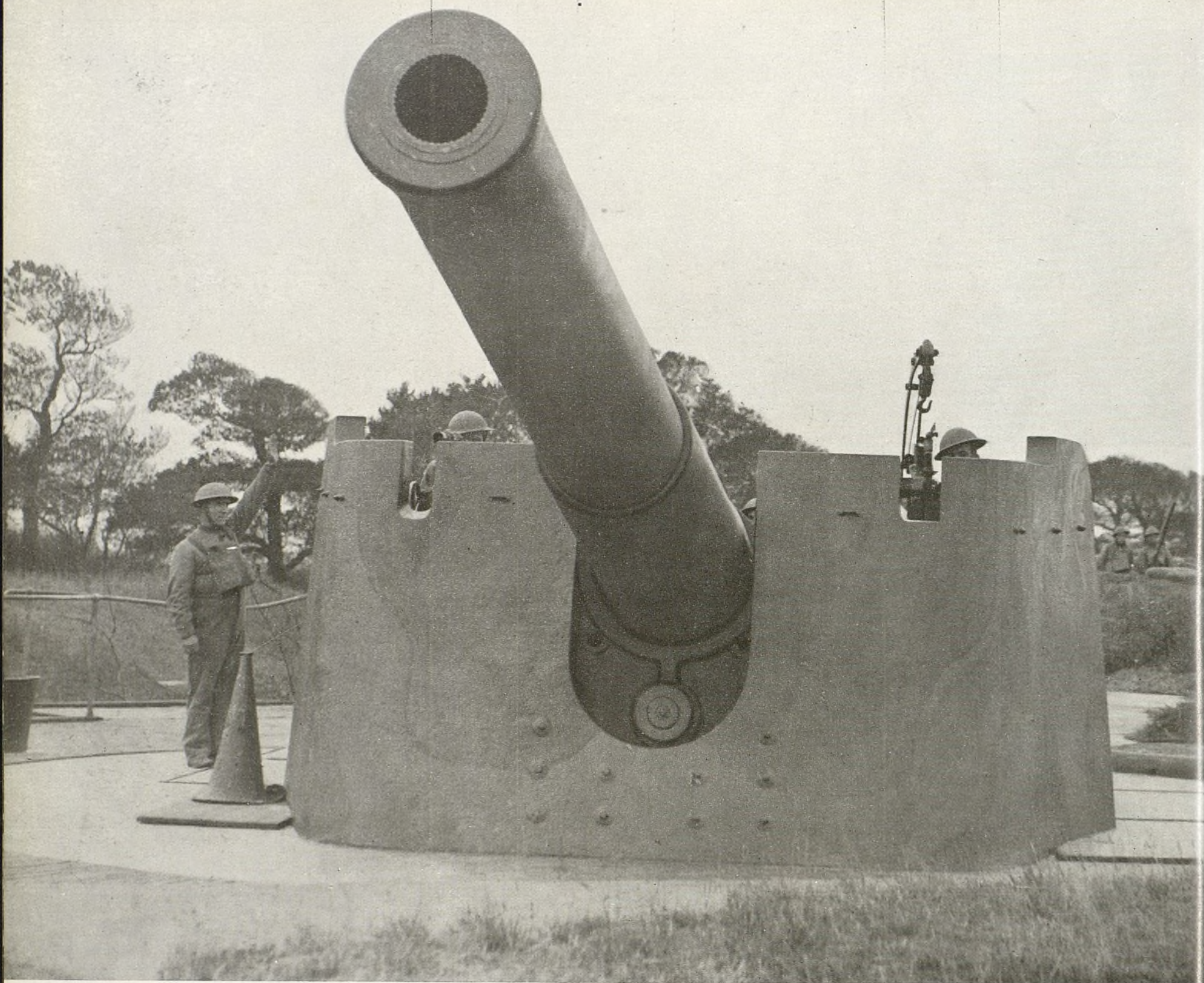
Liverpool; C, muelle de los trasatlánticos; D, lanchas de

motor para el servicio de travesía. La línea ---- señala

el lugar por donde pasa debajo del río Mersey un túnel.

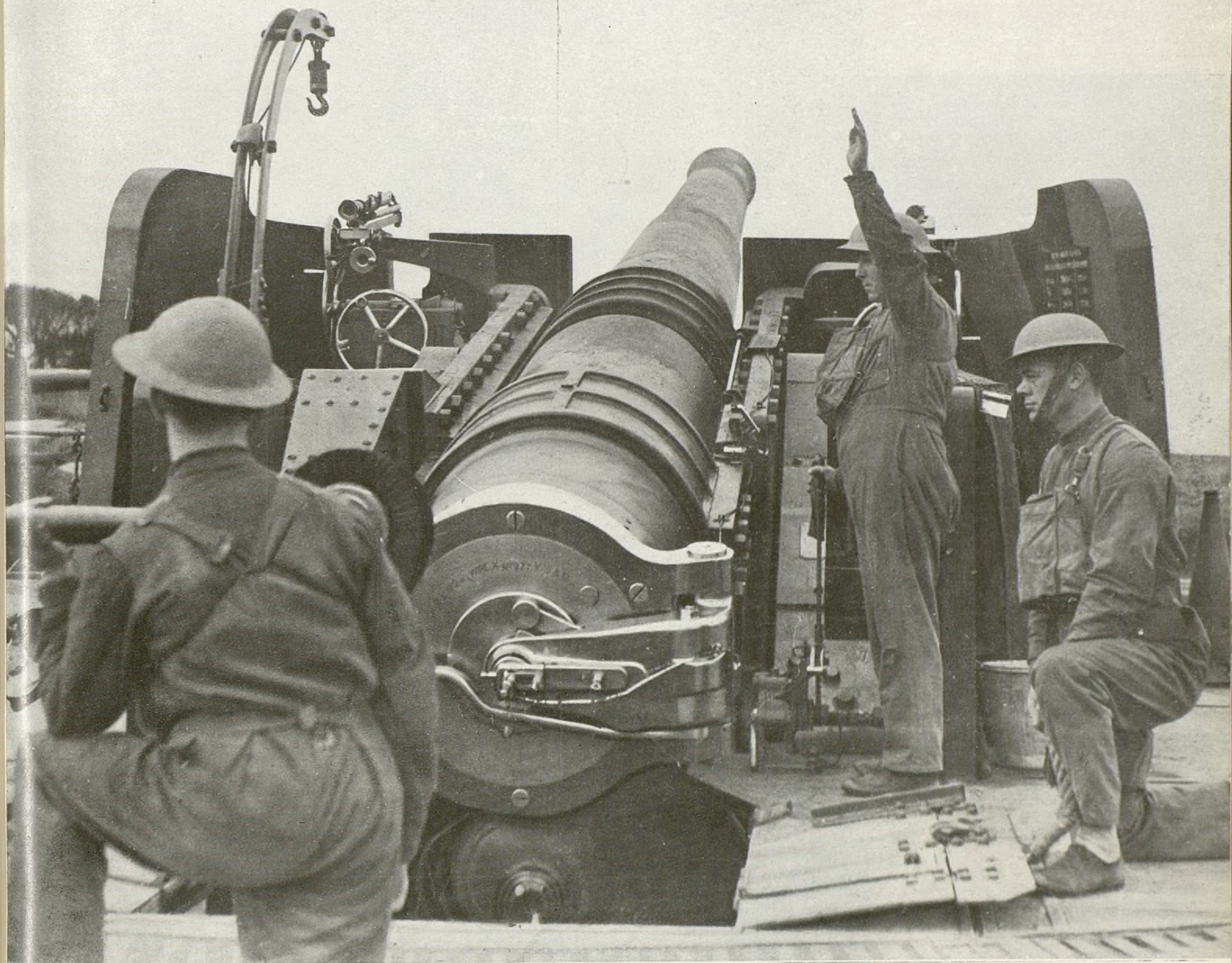
Fotos FOERTSCH



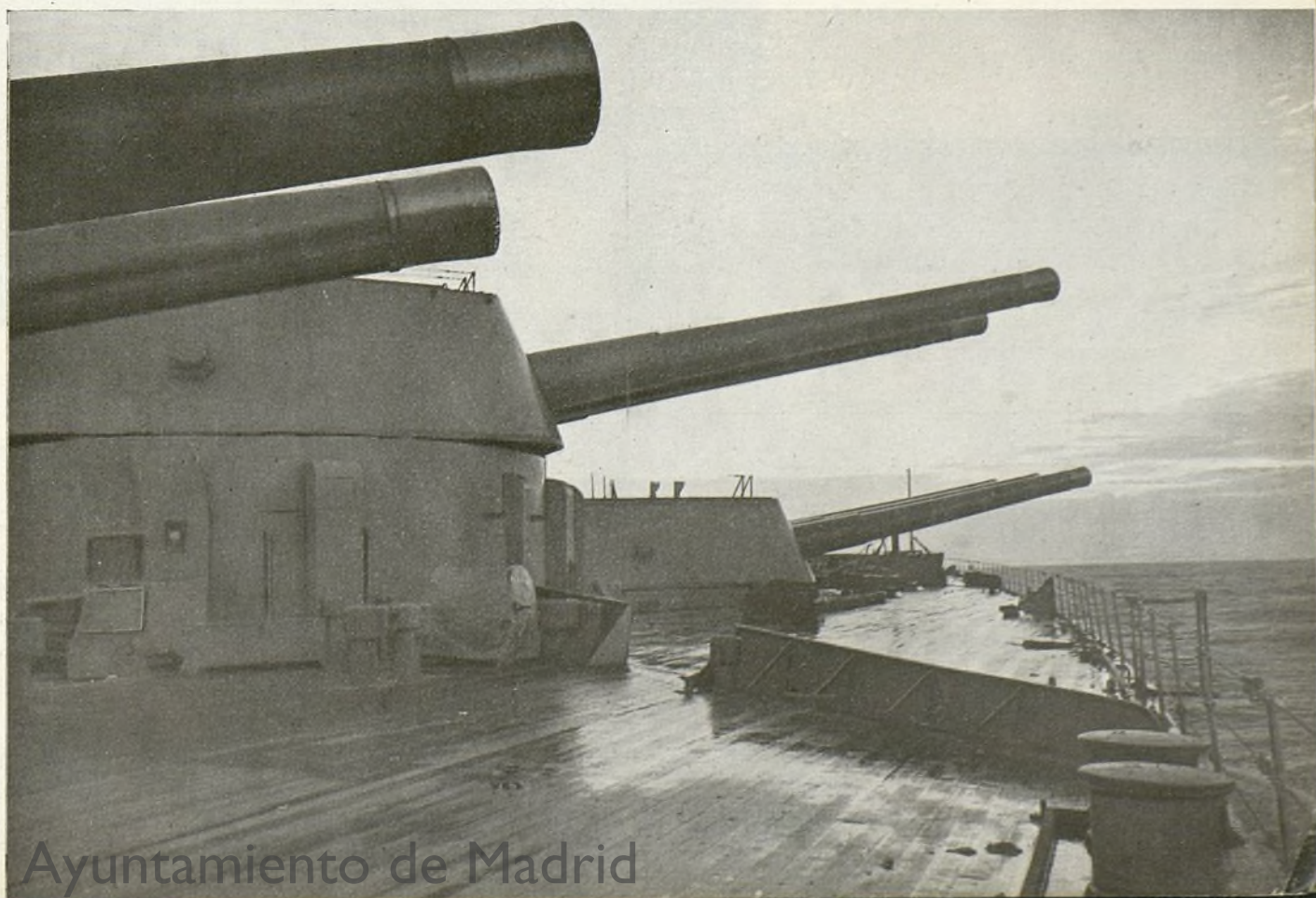


CAÑONES COSTEROS

Ayuntamiento de Madrid



He aquí una muestra gráfica de la artillería inglesa de costa. Armas tremendas, asentadas a la orilla del mar, que cubren y protegen con su amenazador alcance un vasto horizonte marítimo. A su lado, los cañones del "Rodney" no desmerecen en tamaño ni en poderío. Sujetos en las blindadas torres del buque, parecen también afianzados sobre un cantil movable y poderoso.



Ayuntamiento de Madrid



(Foto N. Y. T.)



GUERRA EN EL NORTE

Ayuntamiento de Madrid

Finlandia continúa defendiendo virilmente su tierra helada contra el atropello salvaje de Rusia. Cada día nos dan cuenta la radio y el telégrafo de cómo estos hombres rubios y atléticos del lejano país sostienen la bandera de su libertad y su civilización en pugna victoriosa con las innumerables y sucias gentes del soviét. Es una muestra magnífica de cómo las fuerzas del espíritu vencen siempre al empuje frío y bestial de la materia. Aquí, en España, sabemos algo de eso también...

(Fotos FOERTSCH.)





LUCE



LUCE



VISITAS EGREGIAS E N R O M A



Los Reyes Emperadores de Italia han cruzado la frontera del Estado del Vaticano, dentro de la propia Roma inmortal, para visitar a Su Santidad. Días después era el Papa Pío XII quien abandonaba el suelo de su pequeño Estado para devolver la visita a los Emperadores italianos. En estas fotografías recogemos algunos momentos de las dos impresionantes ceremonias, que tanto llamaron la atención del mundo por su indudable trascendencia.



CONSEJO NACIONAL DEL S. E. U.

Un aspecto de la sesión de apertura. El Ministro de Educación Nacional deposita una corona sobre la tumba de José Antonio, en el Monasterio de El Escorial.



CONSEJO NACIONAL DE LA SECCION FEMENINA DE F. E. T. Y DE LAS J. O. N. S.

Delegaciones de la Sección Femenina durante una de las sesiones del Consejo. La Delegada nacional de la Sección Femenina, Pilar Primo de Rivera, lee su discurso en el solemne acto inaugural. En la presidencia: la esposa del Caudillo, Excma. Sra. Doña Carmen Polo de Franco; el Presidente de la Junta Política, Sr. Serrano Suñer, y el Secretario general del Movimiento, General Muñoz Grande.



(Fotos Contreras.)



Ayuntamiento de Madrid.

INEMA

EL CINE Y AMERICA

Por GABRIEL GARCIA ESPINA

Cuando el cine sonoro, hace ya muchos años para nuestro recuerdo, entró, juvenil y estrepitosamente, en la silenciosa obscuridad de nuestras salas cinematográficas, ocurrieron fenómenos de desorientación naturalísimos. Las gentes estaban habituadas a un tóxico definido, que habían ido asimilando a pequeñas dosis desde un cuarto de siglo atrás. Todo era muelle y callado. Y una música de violines acompañaba con menor o mayor fortuna—casi siempre “menor”—a la imagen muda; aunque en muchos casos inolvidables, llena de gloriosas sugerencias expresivas. No echábamos de menos la ausencia del sonido, de la palabra humana, de las voces del viento y de la mar. Dentro de nosotros mismos se reconstruía lo que faltaba por un proceso de costumbre, de función automática.

La nueva experiencia se hizo paso entre un confuso alboroto de amigos e impugnadores. Era otra cosa, algo nuevo que derrumbaba la firme tradición del silencio y se abría camino entre las gentes, produciendo los naturales trastornos en un organismo que cambia radicalmente de método. Era una nueva droga, con otras virtudes y otros inconvenientes. Por de pronto, el cine comenzó a hablarnos en otras lenguas distintas de la nuestra. Del idioma universal del silencio y de la imagen, comprensible amorosamente por todos los espíritus, siempre que “dijera” algo con sensibilidad y con nobleza, pasamos a esta otra tortura habélica de no comprender a la imagen nueva, que, además de hablarnos en su viejo sentido de imagen sola, nos alcanzaba también con una lengua exterior y directa, y casi siempre extraña a nuestros oídos. Entonces hubo que acudir al subterfugio. Y el subterfugio fué la literatura, primero. ¡Qué largo y doloroso aprendizaje hasta conseguir en un solo momento ver, oír y leer!... Y, después, más adelante, aun no hace mucho, esa otra diabólica e intolerable mixtificación del doblaje.

El cine habla, canta y “baila” hoy en el mundo casi exclusivamente en tres idiomas: francés, inglés y alemán. El que no los conozca, que los aprenda, que se someta a la tortura del doblado o que consiga aquella difícil virtud de leer, oír y ver de un solo golpe.

Sin embargo, hablan el castellano en el mundo más de cien millones de seres humanos. Y parece que esto lo ignoramos precisamente aquí, entre nosotros, donde más debiera sobrecogernos el caudal de un idioma que es el nuestro y el de veinte naciones fraternales.

En Hispanoamérica no se tolera el doblaje. Es un signo de buen gusto que hago constar con particular agrado. El celuloide yanqui cubre la mayor parte de los programas. Y es el inglés, el no muy correcto inglés de Yanquilandia, el idioma que hablan todos los días en todos los países de América millares de pantallas, para unos pueblos que hablan en castellano, escriben en castellano y aman, odian, rezan y piensan en castellano.

¿Qué habríamos hecho nosotros allí si otro sentido mejor hubiera orientado nuestras empresas cinematográficas? ¿Qué podríamos hacer aún si España, con el todo universal que le es propio, prescindiera de todo el celuloide vergonzante que sale de sus Estudios en vuelo corto y mezquino y pusiera la mirada en aquellas lejanías prometedoras?

Me sugiero yo mismo estas consideraciones acuciantes por haber vivido aquellas realidades amargas para un español. Y no es fácil comprender el porqué de un abandono y de una indiferencia que casi definitivamente recaen en nuestro propio daño. América se nos va, se nos pierde, en esto como en todo, porque desde esta orilla europea no sabemos mirar hacia allá con la inquieta y afanosa mirada del amor y de la incertidumbre.

El poco material que salió de nuestras galerías se ha exhibido en Ultramar con el ardiente aplauso de aquellas numerosas minorías de españoles. Aplauso y éxito no merecidos en ningún caso por la obra en sí, que siempre fué mezquina y frágil; pero logrado con unanimidad emocionada por la sola condición justificadora de que “aquello” era obra española.

Si trabajáramos aquí pensando también en América; si acertáramos a darle a nuestra obra cinematográfica una pulsación levantada y una dimensión estética universal que hoy no tiene; si supiéramos hacerle perder para siempre ese repugnante matiz de falso matiz pintoresquismo y de flamenquería falsa, que es, por ahora, su único “leit motiv”, iríamos acertando con un camino que nos obstinamos tercamente en mantener cerrado.





Un Caudillo

Dos temas apasionantes. Uno político y otro humano, en una red de aventuras, amores y misterios. Una producción de la Hispano-Italo-Alemán Films dirigida por Tourjansky e interpretada por Willy Birgel y Brigitte Horney.



Ayuntamiento de Madrid



Norma Shearer y Leslie Howard encarnan los intérpretes de la versión cinematográfica de "Romeo y Julieta" que dirige George Cukor. John Barrymore, Edna May Oliver, C. Aubrey Smith, Basil Rathbone y Andy Devine figuran en el reparto de este film de la Metro Goldwyn-Mayer que lleva a la pantalla los personajes ya legendarios de la obra de Shakespeare.

Ayuntamiento de Madrid

MODAS



VILADOMAT.



Siempre ha estado el arte al servicio de las mejores causas. Este nombre universal de Paquin, que tanto habla a la imaginación de las mujeres con su imperioso sortilegio—dictadura siempre francesa de la moda, elegancias indestronables de París—, se ha visto en la necesidad, ¡oh, peligro seguro de los bombardeos!, de precintar con vulgares filetes de papel la luna de su escaparate. Pero el buen gusto todo lo salva. He aquí esta Diana moderna dando a las medrosas defensas de papel su encanto cinegético y alado.

ABANICOS

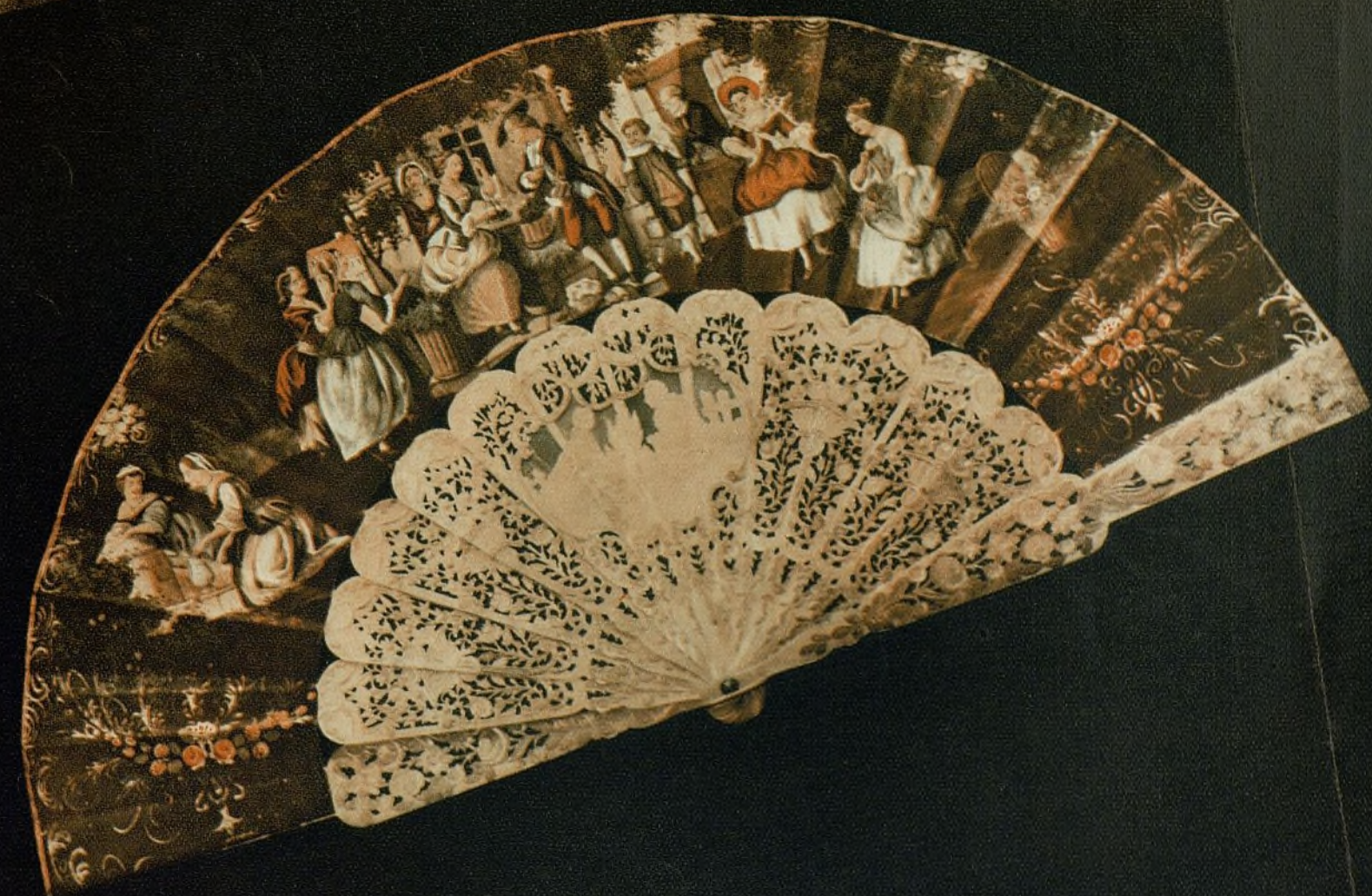
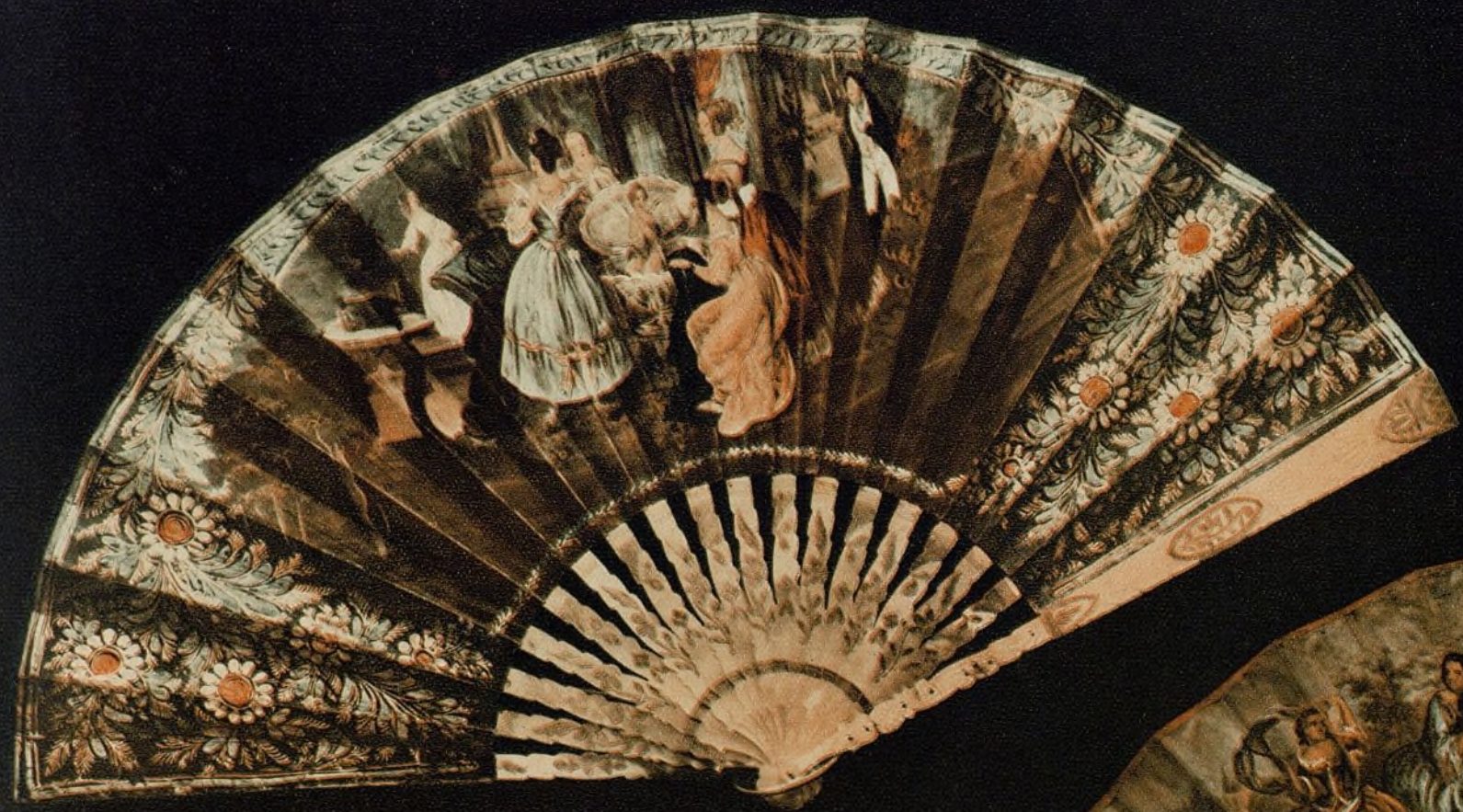
ABANICOS antiguos... abanicos románticos... sueños, nostalgias de antaño, suspiros de amor... ¡Abanico...! Eterno cómplice de Cupido, símbolo de feminidad. Símbolo también de España, que aún te es fiel, en este mundo que te ha olvidado. En este mundo de hoy ya no encajas, desapareciste con el romanticismo... Te quieren poner de moda como a Margarita Gautier..., pero no te saben entender, no saben ya manejar. Es demasiado brusco y demasiado claro todo... — sed breves... — y tú eres todo languidez. ¿Para qué ya las miradas de soslayo entre tus varillas entornadas, aquel divino juego que podía serlo todo sin dejar de no ser nada...? ¿Dónde ya el ligero balanceo sobre el escote... si ya no hay palcos ni descansos? ¿Y ese suspiro ahogado con tu borde? No... todo eso pasó, ahora a eso lo llaman cursi... vuelve a tu vitrina, no hay tiempo para ti. Pero una vez tan solo, una vez al año..., casi como si fuera un pecado, déjame mirarte y ser romántica también ¡una sola vez! ¡Que no me vea nadie...! ¡Qué emoción al sacarte de la caja vieja y polvorienta y que de entre tus pliegues se escape una flor, seca de cien años... que aun huele a amor.



— Los abanicos reproducidos en la página doble, a color, pertenecen a la colección Montaner, de Barcelona: abanico Imperio, s. XVIII; abanico isabelino; abanico Imperio, s. XVIII; abanico isabelino y abanico isabelino, s. XIX.
(Fotos exclusivas Archivo Mus.)



Abanico con tipos populares de las distintas tierras españolas. Editado en Francia. S. XIX. Anverso y reverso. Colección Joaquín Montaner, Barcelona.



*El cristal en el
Arte moderno*



Desde hace cientos de años ha constituido preocupación esencial de las manufacturas de cristal el obtener cristal perfectamente transparente. El fabricado por Steuben, en Inglaterra, es el primero, artísticamente incoloro, que se conoce en el mundo. Los ensayos de laboratorio han demostrado que se trata de la sustancia más diáfana que existe, si exceptuamos el cuarzo fundido. Reproducimos aquí algunos objetos de gran valor artístico, dibujados por S. Waugh y A. H. Houghton.

(Foto Eugène Hutchinson.)

INTERRUMPIDA durante los tres años de dominación roja, nuevamente renace la más simpática de las fiestas infantiles.

Y en este alborear de la Nueva España que predijo José Antonio, la estrella que antaño guió, a través de inhóspitas regiones, a tres Reyes del Oriente lejano, cobra nuevo brillo, y bajo sus plateados rayos se unen en fraterna comunidad pobres y ricos, humildes y poderosos.

Obreros humildes, burgueses de clase media, industriales, financieros, abandonando por unas horas las preocupaciones de la lucha cotidiana rinden culto, gozosos, a la cristiana tradición de los Reyes Magos para hacer vivir a los niños las mismas alegrías que ellos conocieron en sus años infantiles y de las que aún, ¿quién no?, conservan en sus mentes la añoranza de un recuerdo o de una ilusión que todos, en nuestro subconsciente, lamentamos haber perdido.

Ofrecemos en estas páginas a nuestros lectores dos escenas del reparto de juguetes que entre los hijos de sus empleados realizó el Banco de Crédito Local de España. Magnífico ejemplo de fraternidad, digno de todo elogio y también de ser imitado por quienes, pudiendo, habrían de sentir íntima alegría en cambiar por unos instantes sus títulos de rey del acero, de la Banca, del petróleo, etc., por los de Rey Melchor, Gaspar o Baltasar.

A ellos, la gratitud de todos.



REYES



LA OBRA DE TRAJANO

(Continuación de la pág. 19.)

dad. ¿Qué supieron estos hombres, hundidos en su tierra, del Versalles de Clemenceau, ni del de Luis XV, ni del poder del turco, ni de la corte de los Reyes magiares o Emperadores bizantinos? Las invasiones resbalaban allende sus montañas.

Contra las afirmaciones del húngaro, hay algo en la presencia del hombre maramureseano que inculca la certidumbre de ser indígena en su suelo desde hace miles de años. Tallando troncos midieron los días: *luni, marti, mercuri, joi, vine-ri, sambata, duminica*. Calcularon los meses, que en su lengua pastoral se llaman como el astro: *luna de april, luna de mai, luna de octombrie*. Mucho antes de los romanos, su sangre estaba, como ahora, sobre el paraje.

Al aparecer la luna, que ellos llamaron *frumosa luna*, hermosa luna, viendo a su resplandor aquellos semblantes duros y libres, ajenos a lo latino, me parecía estar rodeado por los soldados de Decebal.

Se oye en el pavoroso silencio de la comarca la cantinela de las aguas; siéntese en la lobreguez de sus bosques un espanto de cuento, creyendo ha de venir por el sendero el lobo, o ha de asestarnos, subido en un risco, el oso sus ojos ensangrentados. Es un país de balada.

La Edad Media rumana fué sufrir en silencio morando en los montes con las alimañas. Desde esa ciudadela selvática se defendieron los supervivientes con peñascos y pastoriles porras.

¿Qué podía recordar a aquellas muchedumbres inmemores y abatidas la dignidad antigua, si ahora mismo nada lo atestigua? Borró la hierba la ambición más alta que alentó en la tierra.

Iluminaban los oblicuos rayos del sol candente la desastrosa ruina del anfiteatro. ¿Qué se hizo del designio de Roma de construir para la eternidad? ¡Cayó Ulpia Trajana!

Corrió en esto por el camino una turba de niños, diciéndose: *Vieni on qua. — Ascultame. — Asta nu se poate*. He aquí vivas aún en los Cárpates las palabras que importó Trajano.

Ofrece de conmovedor el destino rumano la ciega y heroica adhesión al afán del fundador. El mundo y la Historia abandonaron al caudillo, y, lo que es más, Roma misma le abandonó; quien no le abandonó nunca fué el humilde abandonado. Rutas y valles, desde las más afligidas centurias hasta nuestros días, lucieron el nombre al que la tradición aludía como al de un héroe nebuloso: *Calea Trajanului, Valea Trajanului*, el camino o el valle de Trajano.

Si saliendo del Paraíso, que mereció el gentil piadoso, hubiera venido a visitar en la Edad Media los parajes de su hazaña, ante el martirio de sus montañeses, la piedad le arrancara lágrimas. Durante miles de años su plan produjo la desgracia de un pueblo. Éste, con todo, vive de su memoria; un compatriota obscuro y alejado le oía de labios campesinos aclamarse a sí mismo como el "pueblo de Trajano".

Con las brumas de la tarde veía levantarse del valle la imagen de una nación nueva. Y era cierto: en la Rumania unificada se reincorporaba la Dacia rediviva, embargada de un amor por su fundador tan vivo, de un entusiasmo y un reconocimiento por él tan entrañables, que, a pesar de casi los dos mil años que nos separan de su venerable figura, no habrá probablemente en el mundo iglesia que celebre el culto de su patrono con el ardor que Rumania adora a Ulpio Trajano.

LA GUERRA HEROICA DE FINLANDIA

(Continuación de la pág. 40.)

sas recibieron orden de retirarse de la frontera para hacer menos peligrosas las negociaciones, y, sin embargo, el 30 de noviembre, a las siete y media de la mañana, la aviación soviética bombardea Helsinki. Ruinas, incendios y cadáveres

inocentes sobre la capital. A la media hora, Finlandia sabe que la guerra se ha iniciado y que las gentes de Moscú han cruzado la frontera, apoyados en su flanco izquierdo por los cañones de la base soviética de Cronstadt. Pequeños pueblos ribereños del golfo de Finlandia, como Vammelsuu, sufren una implacable acción artillera. Los soviets llegan, sin gran resistencia, a las proximidades de Kivennapa, en el istmo de Carelia.

Los ejes de marcha de los invasores pueden resumirse de la siguiente manera: el primero, dirigido contra las fortificaciones Mannerheim, en el istmo; segundo, ataque hacia la frontera noruega sobre el "fiord" de Petsamo; tercero, sobre la frontera oriental, en la región del lago Kianta, y cuarto, en la misma frontera, más al sur, ataque hacia la ciudad de Suojärvi, cabeza fortificada de la prolongación de la línea Mannerheim, al norte del Ladoga.

Aunque la atención del mundo se centró, como era natural, en el ataque a la línea fortificada, que defendía la parte más poblada e industrial de Finlandia, es indudable que la acción más importante que iniciaron los rojos, y en la que han sufrido el mayor desastre es la emprendida en la región de Kianta, sobre Suomussalmi y los lagos Agla y Tolva. El objetivo de esta marcha era, nada menos, que cortar en dos al ejército finlandés y situarse, con la conquista de Oulu, en el golfo de Botnia. La ayuda de occidente a Finlandia hubiera quedado detenida y sólo los batallones de cazadores lapones y de guardia cívica que combaten desde Rovaniemi a Petsamo hubieran mantenido el contacto con los países escandinavos.

Los primeros días de diciembre fueron testigos de una criminal acción aérea sobre la retaguardia finlandesa. Bombardeos sobre Helsinki, centrales hidroeléctricas del Imatra, de las fábricas de celulosa de Enso y de pueblos y fábricas del valle de Vuoksi, situado detrás de la línea Mannerheim. Los soviets intentan, ante la imposibilidad de desbordar del primer golpe la línea fortificada, desembarcar en Hango. Las baterías finlandesas impiden el desembarco y hunden el crucero "Kirov", la mejor unidad de la marina roja. La capital respira tranquilizada, porque la ocupación de Hango hubiera supuesto una inminente amenaza por el Oeste.

El ataque sobre la península de Pescadores proporciona a los rusos la conquista de Petsamo; pero a los dos días un victorioso ataque finlandés reconquista la ciudad. Los rojos, fatigados por una enorme marcha sobre el hielo y carentes de todo enlace con sus servicios logísticos, tienen que abandonar la ciudad. Después, las noticias sobre la actividad en este frente casi polar indican que las operaciones han quedado estacionadas.

La defensa de Finlandia va haciéndose por momentos más cerrada y más intensa. Mannerheim, el gran héroe nacional, en torno al cual descansa la fe y el orgullo de la nación, dispone con eficacia sus efectivos de defensa. Un ejército de trescientos mil hombres se extiende a lo largo de la inmensa y nevada frontera. Osterman es el segundo jefe, y Pesch tiene a su cargo el Estado Mayor. La guardia cívica está mandada por el general

Halmberg. El sector de Kianta ha de ser teatro de la grandeza táctica y del valor del general Wallenius, que dispone de las pequeñas y audacísimas divisiones de esquadores que manda el general Talvela.

La ofensiva diplomática contra la U. R. S. S.

Mientras tanto, el mundo democrático que había vestido de "frac" a la cerril diplomacia soviética y la había obligado a codearse con la civilización y la vida de Europa, se siente en peligro. La campaña anglofrancesa contra la U. R. S. S. adquiere enorme violencia. Argentina pide la expulsión de los representantes comunistas de la Sociedad de Naciones y el Consejo y la Asamblea de Ginebra aprueban la expulsión. Naturalmente que tal medida no puede detener la acción de la barbarie moscovita.

Los estudiantes italianos se manifiestan en las calles de Roma al grito de "¡Muera la U. R. S. S.!" El anticomunismo italiano, servido heroicamente en tantas ocasiones, resuena en el corazón del mundo con un mejor eco de verdad que los remilgos democráticos.

La ayuda de los países escandinavos se traduce eficazmente en el envío de 15.000 voluntarios y de importantísimos donativos de material sanitario. Suecia y Noruega, por su proximidad, sienten de una manera más activa el peligro del sueño ruso de todas las épocas de asentar sus campamentos junto al Atlántico.

El Caudillo de España, reunido con su Gobierno, proclama la simpatía de los españoles, vencedores del comunismo, por el pueblo finlandés, continuador, en un extremo de Europa, de nuestra misión histórica.

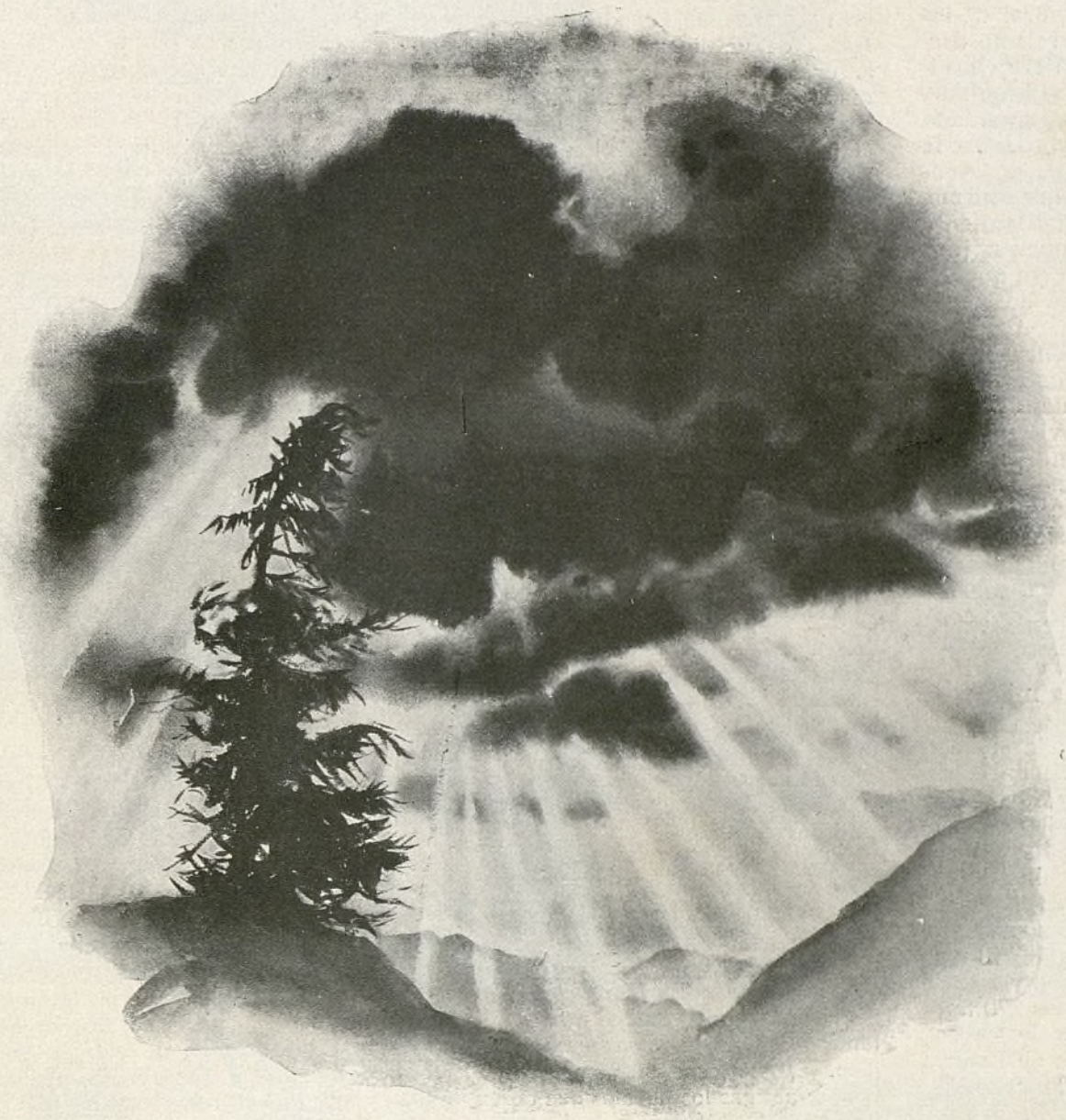
Stalin nombra un Gobierno comunista en Terijoki, un pequeño lugar de la frontera, y afirma que esa tertulia comunista, presidida por un tal Otto Kuusinen y el famoso terrorista Axel Antila, representa al pueblo finlandés.

Veinte días de victorias finlandesas.

Resulta impresionante examinar el fracaso del ejército soviético. Un pueblo de tres millones de hombres ha demostrado que toda aquella propaganda democrática sobre el soldado comunista, en los alegres días de las conversaciones de Moscú, ha sido un puro "bluff". Más de veinte días de incesantes victorias hablan claro.

La batalla de la región de Kianta, extendida casi en una línea sin interrupción desde Suomussalmi a Suojärvi, empezó el día 9 de diciembre. Tres divisiones rusas cruzan la frontera, y mientras dos vivaquean junto al Aglajärvi, la tercera, precedida de tanques rompehielos, se dirige hacia el lago Tolva, que intenta atravesar por una estrecha faja de terreno que lo divide en dos. Dos compañías de esquadores finlandeses se lanzan contra la 163 División y la retienen durante toda una terrible noche en el estrecho camino. Las dos divisiones, que avanzaban desde el lago Agla creyendo que los alrededores del Tolva están ocupados exclusivamente por los finlandeses, abren un infernal bombardeo contra la 163 División rusa, la cual replica con todo su tren de artillería, por creerse atacada por retaguardia. La carnicería fué espan-

(Continúa en la pág. 64.)



Rayos de sol...

Cuando los tiempos son duros, menos que nunca hay que desperdiciar los ratos felices que se presentan, cual rayos de sol en días grises. Dejarnos dominar por la depresión, soportar dolores que amargan la vida? ¡Nunca, habiendo **CAFIASPIRINA** para librarnos en todo momento de dolores restableciendo el bienestar y el optimismo! Es un producto «*Bayer*».

Cafiaspirina



EL REMEDIO SOBERANO

tosa. Una temperatura de 40 grados bajo cero termina de aplastar la moral de los soviets. Las tres divisiones se retiran desordenadamente hacia la frontera, hostigadas implacablemente por los esquiadores finlandeses. Una compañía, mandada por el campeón Peter Niemen, cruza la frontera y corta, a la altura de Kondamlski, la línea de ferrocarril de Murmansk a Leningrado. El avituallamiento de las tropas soviéticas que operan junto al Artico queda suspendido, ya que dicho ferrocarril es la única vía de comunicación.

Brutales acciones aéreas contra la ciudad de Lahti, donde está situada la radio finlandesa, y sobre la pequeña ciudad de Parvoo, son el desquite soviético. Entretanto, los batallones finlandeses han cruzado la frontera y avanzan 40 kilómetros sobre la Carelia soviética, alcanzando las vanguardias el Tuulijärvi (lago del Viento). Los soviets intentan presionar más al sur, sobre el Ladoga, y arrojan gases asfixiantes, pero el fracaso continúa y la aviación roja se venga bombardeando terroríficamente la ciudad de Turku, sobre el Botnia, y las minas de níquel de Kuolajoki.

Todavía hay un nuevo intento soviético para alcanzar el ferrocarril de Uleaborg, en el Báltico, a Joensuu y Sortavala, esta última junto al Ladoga; pero son nuevamente rechazados. Otro intento de vadear el Vudski les obliga a abandonar 1.500 cadáveres sobre el hielo.

Al mes y medio de guerra, los rusos no han ocupado ninguna ciudad de importancia; han tenido 100.000 bajas y 15.000 prisioneros; han visto destruidos 270 tanques y 160 aviones. El fracaso de Mereskov, el jefe del distrito militar de Leningrado, adquiere proporciones increíbles, hasta el punto que se habla ya de su sustitución por Gregori Stern, el general que combatió contra los japoneses en Mongolia.

El mundo sigue manteniendo más que nunca su fe y su esperanza en los soldados de Finlandia. Helsinki, la ciudad construida en granito y pórfido rosa, es en esta hora triste del mundo un eje triunfal de civilización y de vida legendaria y heroica. Sobre el corazón y la angustia de los pueblos, la nieve, el lago y el bosque son hoy símbolos entrañables. Ellos decoran para la Historia una de las páginas más bellas que han visto los siglos.

SIGNIFICACION HISTORICA DEL IV CONCILIO DE TOLEDO

(Continuación de la página 9.)

dad de los pueblos. El rey y la Iglesia en estrecha colaboración; los obispos recordando sus deberes al rey, y el rey haciendo cumplir los suyos a los obispos. El pensamiento político del gran prelado se trasluce claramente en el último canon de este concilio, que él presidió y dirigió. En realidad, no se trata de un canon, sino de un discurso del presidente del concilio, seguido de una definición general. Las palabras de Isidoro tomaron entonces una gravedad tal, que los notarios las transcribieron íntegramente, y todos los asistentes debieron que-

dar profundamente impresionados por ellas. Hay en ellas tristes presentimientos y severas advertencias, que más tarde pudieron sonar a profecía. Al fin del tercer concilio toledano, San Leandro había hecho, con frases de un lirismo ferviente, el canto a la unidad recobrada; ahora, pasados cuarenta y cinco años, antes de clausurar este cuarto concilio, levanta su hermano Isidoro el lamento de la unidad rota o próxima a romperse. Es un anciano lleno de experiencia, un gran conocedor de los hombres y de los pueblos, un político sagaz, que ha descubierto los males profundos que amenazan a la pobre nación que en su juventud había cantado con optimismos exagerados y a cuya grandeza había consagrado su vida. Ahora, sus sueños empiezan a desvanecerse; pero todavía cree que podría evitarse la ruina, remediando los males con severidad ejemplar. Acaba de proponer y hacer aprobar un decreto terrible contra los judíos, la llaga que pudiéramos llamar externa del organismo social; ahora va a intentar un remedio radical en el cáncer que le corroee interiormente. Cuando los ejércitos de Muza, en unión con las sinagogas instaladas en cada ciudad y con el apoyo del partido vitizano, destruyeron aquel reino entonces tan floreciente, pudo creerse que Isidoro había vaticinado la ruina de su Patria; y durante mucho tiempo se le consideró como un profeta. Pero si no fué un vaticinio, su oración tuvo toda la fuerza de un llamamiento a la conciencia de todos, en previsión de un oscuro porvenir.

"Ahora, dijo, bajo la mirada justiciera de Dios, debemos dar un decreto que asegure la autoridad de nuestros reyes y la estabilidad de la gente goda." Existe en España un gran crimen, que es preciso evitar, y es que se quebranta sin escrúpulos el juramento de fidelidad a la Patria y a sus representantes. Esto es la ruina en un plazo no lejano. "¿Qué esperanza, pregunta Isidoro, podrán abrigar los pueblos que obran de esta manera? ¿Qué fuerza en el choque contra sus enemigos? ¿Qué confianza podrán inspirar a las demás naciones en tiempo de paz? ¿Quién es tan loco que se corte la cabeza con su misma mano? Y si la lealtad se debe guardar en la guerra con el enemigo, ¿vamos a estar dispensados de ella con nuestros conciudadanos?" Este proceder es para Isidoro un suicidio y un sacrilegio, porque no solamente se quebranta un pacto humano, sino que se desprecia a Dios, en cuyo nombre se hace la promesa. Y aquí viene la conminación terrible, que pone delante de nosotros las sombras siniestras de don Opas y sus partidarios: "Muchos reinos sucumbieron porque la ira celeste quiso castigar en ellos el crimen de la deslealtad y la corrupción de las costumbres; vivamos nosotros con el temblor de semejante caída. Y no digamos que somos un pueblo escogido, pues ni a los ángeles prevaricadores perdonó la cólera de Dios; su espada, como dice Isaías, se emborrachó de sangre en el cielo. Sólo un camino tenemos para evitar la ira divina: servir a Dios con temor y sinceridad, guardar las promesas que hemos hecho a nuestros príncipes, huir de la sutileza impía de la infidelidad, de la perfidia engañosa de la mente, del crimen del perjurio, de las nefandas maquinaciones de la ambición, de las rebeliones sangrientas, de las sediciones que inquietan las ciudades y de las intrigas infames que acaban en el regicidio."

Con esta claridad, con esta energía, revelaba aquel gran patriota el grave peligro que

amenazaba a su Patria, esforzándose por despertar un santo temor en las filas de aquellos prelados y aquellos magnates que escuchaban su discurso y que representaban a las grandes familias rivales, codiciosas del Poder supremo. No le era posible hacer más que lo que hacía: recordar las sanciones divinas, reprimir las ambiciones y promulgar la forma legal de las elecciones futuras. Confirmando la ley fundamental de la monarquía, añadió: "En adelante, cuando muera un rey, que los nobles del reino, juntamente con los obispos, le busquen un sucesor, de común acuerdo, para que, garantizada así la concordia de la unidad, se vea libre la Patria de la violencia y la ambición." Una aclamación general interrumpió el discurso del presidente. Levantándose de sus asientos, los Padres prorrumpieron en un formidable anatema contra los perjuros, conjuradores, usurpadores y atentadores a la vida del príncipe. Después, volvió a decir Isidoro: "Si es este vuestro sentir, confirmad con la voz vuestra sentencia, tres veces repetida." A lo cual contestaron los presentes con un clamor general: "Que los violadores de la lealtad a su Patria sean anatema, maranatha, hasta la venida del Señor, y que participen de la suerte de Judas." Tres veces el clero y el pueblo se juntaron en un coro imponente para ratificar la terrible sentencia.

Y se hubieran juntado veinte veces de habérselo pedido Isidoro. Tanta era la autoridad que tenía con ellos. Pero el hecho mismo de haberles obligado a repetir el anatema parece indicar que miraba algo escéptico aquel entusiasmo; en unos, inconsciente; en otros, acaso fingido. Tal vez presentía con angustia que aquella condenación amenazaba la existencia de los mismos que la pronunciaban y del pueblo, representado por ellos en aquella basilica de Santa Leocadia. Ochenta años de vida le quedaban aún a aquel imperio, cuyo nacimiento había cantado Isidoro con el entusiasmo de sus ímpetus juveniles, ochenta años de intrigas, de rivalidades, de conspiraciones, de destronamientos y de represiones sangrientas, que debían terminar con la tragedia del Guadalete. Entre judíos y traidores dieron al traste con aquel trono, al parecer inmovible, y entonces los pueblos recordaron las palabras proféticas del arzobispo de Sevilla.

NUEVOS HORIZONTES A LA MUSICA ESPAÑOLA

(Continuación de la pág. 32.)

completamente caducas. En las altas galerías del Teatro Real, wagnerianos y antiwagnerianos se abofeteaban ruidosamente cuando ya la concepción dramática de Wagner había sufrido superaciones fundamentales. La enseñanza oficial de la Música ha estado sometida a un neoclasicismo rigorista, inclinada con admiración supersticiosa a glorias ya inoperantes. En estos días estamos asistiendo a una temporada de ópera que pudo ser actual en los tiempos de Víctor Hugo.

Como consecuencia de ello, el público sufre una desorientación mayúscula. Siguen entusiasmados con el romanticismo. Debussy le suena a peligrosa novedad. La generación de los hombres que alcanzan hoy los treinta años no ha podido presenciar en Madrid la cúspide de la música romántica: "Tristán e Iseo". Hemos recibido hace pocos días, como un delicioso acontecimiento, un tipo de "bal-

(Continúa en la pág. 66.)

PEDRO BARBIER

(SOCIEDAD LIMITADA)

LA PEÑA - BILBAO



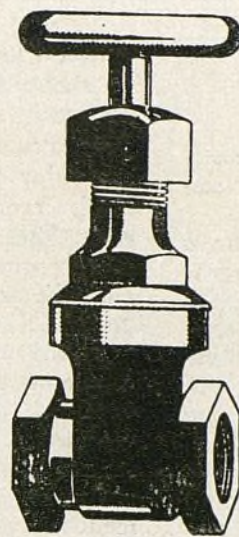
Fábrica de alambres, Tachuelas, clavos, puntas, remaches de hierro, cobre, latón, aluminio, earlumin, clavillo de latón y llaves para latas

Dirección Telegráfica: BARBIER-PEÑA — BILBAO

Apartado, n.º 37

Teléfono, n.º 14.487

BILBAO



GENARO ECHAURI COBAS

Casa fundada en el año 1907

TALLERES METALURGICOS

Grifería y Valvulería en General
Artículos Sanitarios, Niquelado,
Cromado, Soldadura autógena y
eléctrica - Material Sanitario para
Hospitales y Clínicas, etc., etc.

Oficinas: Santa María, 2 Teléfono, 1.536
Talleres y Almacenes: Escuelas, 5

VITORIA


SOCIEDAD BILBAINA DE MADERAS Y ALQUITRANES



Derivados del Alquitrán de la Hulla.

José María Olabarrí n.º 1
Apartado número 318
Teléfono número 10.471

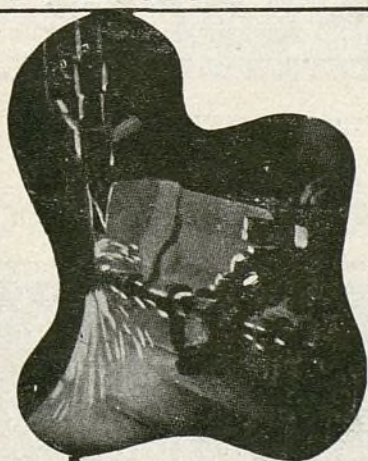
BILBAO



Bodegas

SAN MIGUEL
DESTILERIAS
DE
ALCOHOLES
VERMOUTH
"MILA"
SUCEOR DE HIJOS DE
P. VELA
QUINTANAR DE
LA ORDEN
(TOLEDO)

ATLANTIC



lubrificantes

PARA FINAS
TALADRINAS
ACEITES TECNICOS
VASELINAS

ATLANTIC

S. A. E.

MADRID

ATLANTIC

Ayuntamiento de Madrid



TEJIDOS
Zorrilla y Cia.
SERRANO, 2. Y PRECIADOS, 18
MADRID

Conclusión de

NUEVOS HORIZONTES A LA MUSICA ESPAÑOLA

let" como el de Loie Füller, cuyo éxito y significación corresponden al París del tiempo Mallarmé.

Hay que acudir con urgencia iracunda a modificar esto. Debemos exigir unos programas musicales al nivel de los tiempos. La historia musical está llena de ejemplos fehacientes, que muestran palmariamente cómo una inteligente propaganda, llena de espíritu político, puede modificar esencialmente un estado de opinión artística. La tarea del inmediato presente musical en España consiste en eso que llama Goethe "Preparación de la sensibilidad". No confundamos, sin embargo, la urgencia con el atropellamiento, ya que, nunca como ahora, es necesaria la ponderación. Atiborrar al público de novedades sería, con toda seguridad, precipitarle por incompreensión en el camino de reacciones peligrosas.

Mientras tanto, preparemos el futuro. Partiendo de nuestro inalienable sentir colectivo, podemos ya hacer alborear algo de lo que puede ser la música de España.

LA AUTENTICA VUELTA A LO CLASICO

El estudio de las formas clásicas ha de servirnos para estimular la creación de otras nuevas formas en que resplandezcan aquellas mismas cualidades, pero nunca para hacer de ellas lo que un cocinero con sus moldes y recetas.

MANUEL DE FALLA.

Estamos todavía en Música bajo la influencia del impresionismo y del nacionalismo. Aquél nos borró la línea y el ritmo; se con-

fundían los precisos linderos de las artes y su simbolismo fué una desatada huida de la realidad. El impresionismo, legítimo como parcial manera de ver, es ineficaz como último valor constructivo. El nacionalismo musical, creación romántica, se nutre de residuos liberales y se forma en afirmaciones pintoresquistas. Pintoresquismo y difuminación; he aquí los auténticos enemigos de un posible clasicismo.

Si con un afán de universalidad ponemos en pie las energías musicales de España, volveremos, como en tiempo de Victoria, a orientar a Europa entera. Contra el desleimiento impresionista tenemos en nuestra tierra una virginidad del ritmo y una claridad mediterránea; contra el falso y romántico pintoresquismo productor de esa música de superficie—bien criticada no ha mucho por Antonio Tovar—hay que alzarse desde el centro de España para entonar sonidos ásperos, fuertes y universales. No olvidemos una cosa señalada por nosotros hace ya tiempo: Victoria fué abulense. Cabezón y Salinas, burgaleses, Castilla, madre de músicos de universalidad clásica.

Un parangón: la música francesa recibió, no ha muchos años, un célebre manifiesto del poeta Cocteau, en el cual, como solución contra el impresionismo, preconizaba la vuelta al ritmo del "café-concert". "Este—decía—queda bastante intacto, a pesar de la influencia angloamericana. Se conserva allí una cierta tradición que puede ser crapulosa (sic), pero que no es menos de raza."

Hoy, gracias a Dios, los buenos músicos franceses se alejan de esos absurdos. Nosotros, desde nuestra visión española, tenemos

la alegre sensación de una autarquía artística, que podemos cultivar sin peligro de aislamientos, porque sabemos que el profundizar con aliento en nuestro ser es volver a inquietudes eternas.

Europa entera clama hoy por la vuelta a unidades clásicas. En Italia y España la reacción se ha mostrado en forma de una apasionada vuelta a Scarlatti. Si ello significa una restauración de la claridad melódica, con deseos de nitidez y pureza expresiva, nos parece magnífico. Sin embargo, corremos el peligro de seguir cultivando la forma pequeña si tomamos al pie de la letra la sonata scarlattiana.

Hay que volver con pasión al manejo de las grandes formas como reacción contra estéticas enanas y agudizadamente técnicas. Un sentido vertebral de las grandes masas sonoras, un acoplar con claridad racional elementos susceptibles de desarrollo con volumen. Es triste que España haya estado ausente en la creación de ese apogeo cultural y clásico de la sinfonía. Hoy, dicho sea con toda sinceridad, no encontramos en los nuevos compositores afanes de estabilidad, porque hemos carecido hasta ahora de ese sentimiento elemental de la continuidad histórica. No se trata, como dice Manuel de Falla, de aplicar moldes y recetas, sino tratar de hacer algo con empuje nuevo, articulado y con desarrollo armónico.

La solución esencial está en aquellas palabras de José Antonio en su artículo "La gaita y la lira", que debemos llevar como ejemplo de apasionado amor a la geometría, a lo recto, a lo arquitectónico. Una claridad llena de infinito fuego por sus honduras.

PRODUCTOS ESMALTADOS DEL NORTE

FABRICA DE ARTICULOS DE HIERRO ESMALTADO

PROPIETARIO:

B. Pascual Reyero

Todas nuestras decoraciones se hallan al amparo de la Ley

Teléfono, 16.083

BASAURI (Vizcaya)



SIDRA CHAMPAGNE

G I J O N
(E S P A Ñ A)

"VIVA ASTURIAS"
VERETERRA Y CANGAS, S. A.

almacenes

Cerezo

COLONIALES

Garbanzos, legumbres y cereales ♦ Ventas al detall a precios de almacén ♦ Servicio a domicilio

Cuarteles, núm. 4 - Teléf. 1695 - MALAGA

VICENTE RODRIGUEZ PEREZ

S U C E S O R D E

FRANCISCO RODRIGUEZ Y C.^{IA}

CASA FUNDADA EN EL AÑO 1882

D A I M I E L

Fábrica de aceite de Orujo - Jabones, glicerina, sulfuro de carbono y serrería mecánica - Elaboración de vinos - Telegramas: ORUJERA - c/c Banco Español de Crédito - Banco Central, DAIMIEL - Banco de España - Nieto P. Martín Moreno, CIUDAD REAL - Banco de Bilbao, VALDEPEÑAS

Cuadrado S.L.

ALMACENES de PAQUETERIA MERCERIA GENEROS de PUNTO



CUADRADO, S. L. • VALENCIA



**HIJOS DE
JACINTO
FERRI**

Fábricas de Harinas
y Géneros de punto
Especialidad en me-
dias y calcetines
Teléfonos 1, Harinas.
9, Géneros de punto.
Telegramas: FERRI
CANALS (Valencia)



MARCA REGISTRADA

PIELES

Económicas y de
calidad, marca
LAS TORRES DE CUARTE
Se venden en la
CALLE COLON, 2
Teléfono 13781
VALENCIA

**A M A D E O
B A D I A**



COSECHERO EXPORTADOR DE
VINOS Y MISTELAS
TELEFONO 67 Y 127 (BODEGA)
C. CRIPTANA (Ciudad Real)



FABRICA DE
TEJIDOS DE ALGODÓN
DRILES PATENES Y ALFORJAS

JUAN ANTONIO QUEROL

Teléfonos: Fábrica, 37 - MORELLA
Despacho, 124

CASTELLON

Andrés Calero

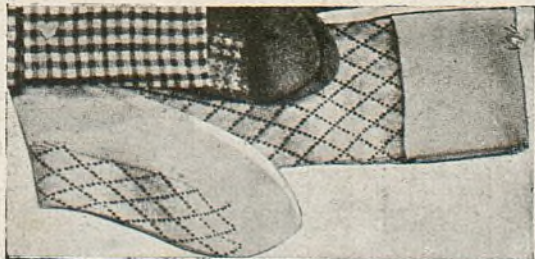


Exportador
de Vinos y Alcoholes

LA RODA
(ALBACETE)

TELEFONO NUM. 44

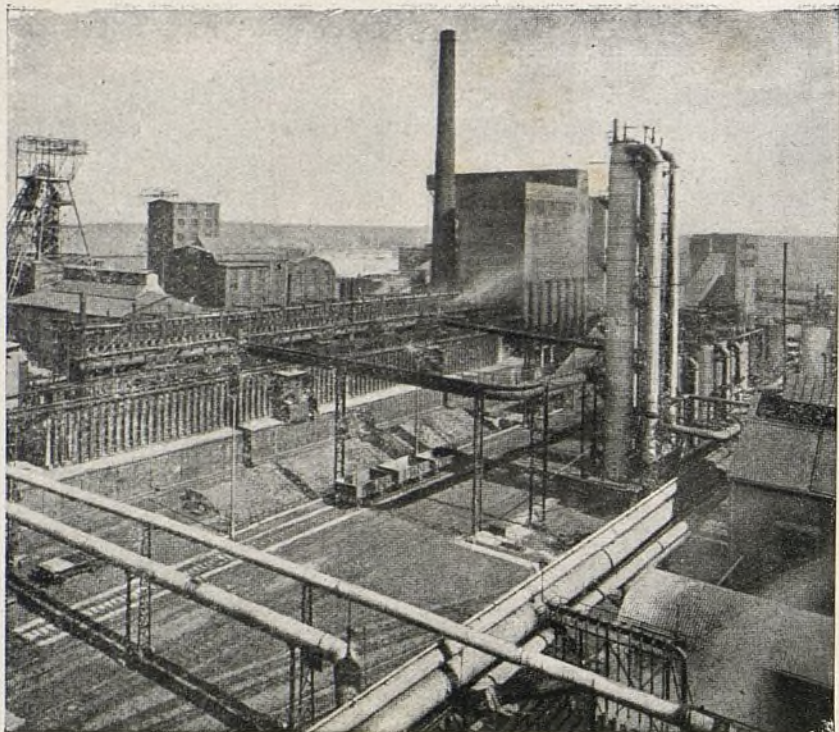
COÑAC MONTAÑÉS - TOMELLOSO



F. COLOM

Productor de los calcetines marca "MOLOC" y "CAMARON"
Fábrica de Géneros de Punto - Despacho: 3.ª Tvsía. del C. del
Mar, 12 - Fábrica: Calle Prim, 28 y 30 - Apartado de Correos núm. 46

CASTELLON DE LA PLANA

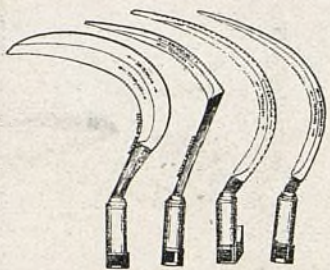


REFINERIAS METALURGICAS LIPPERHEIDE Y GUZMAN, S. A.

ÉTITULO DEL PRODUCTOR NACIONAL NUMERO 1.624
TELEFONOS 11551 y 18967 • Dirección telegráfica "ALEACIONES"
Fábrica y Laboratorios en ASUA (Vizcaya) • TELEFONO número 19

FABRICANTES DE METALES NO-FERRICOS EN LINGOTES
Fabricación: Cobre electrolítico en Ingotbars y Wirebars-Cobre Best
Selected = Bronces Navales y de toda clase de aleaciones en lingotes.
Latones especiales y de uso corriente = Metales antifricción para
toda clase de trabajos = Zinc refinado, Alpaca, Cobre fosforoso, etc.
Importación: Estaño de todas las marcas, Níquel MOND en bolitas,
Zinc electrolítico, Silicio, Magnesio, Manganeseo y sus aleaciones, Cu-
pro-níquel, etcétera, así como toda clase de metales poco corrientes.

ALAMEDA DE MAZARREDO, 7 BILBAO



LA MANCHA INDUSTRIAL

MANUFACTURA
DE ACERO
LA FABRICA
MAYOR DE
ESPAÑA
DE HOCES
PARA SEGAR

MARCA REGISTRADA

"LA LANGOSTA"

PRODUCCION
DIARIA DE 800
A 1.000 PIEZAS
MODELOS PARA
TODAS LAS
REGIONES
DE DIENTE
Y DE FILO

ELADIO REGUILLO
LA SOLANA
(CIUDAD REAL)



LEANDRO AMADOR

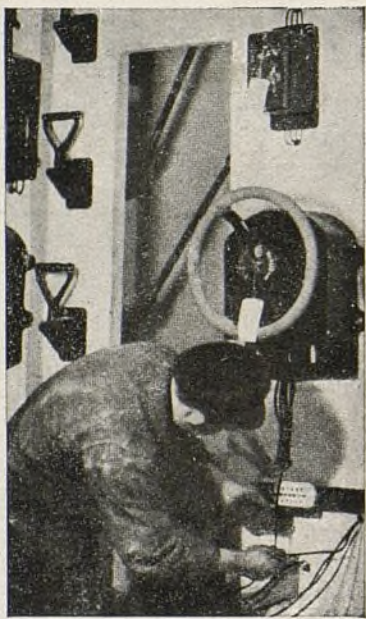
e HIJOS, S. en C.

COSECHERO
Y EXPORTADORES
DE VINOS

Marca "SOTANO" H

MANZANARES
(CIUDAD REAL)

CASA CENTRAL
SEVILLA



LA ELECTRICIDAD, S. A.
SABADELL
LANDIS & G. Y R. ZOUG
(SUIZA)

R. CORBELLÀ

OFICINA TECNICA
MAQUINARIA
MATERIAL
ELECTRICO

MARQUES DE CUBAS, 5

TELEFONOS { Oficinas, 22860
Almacén, 74361

MADRID



Vda. de

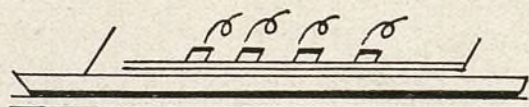
ANTONIO F. PACHECO

VINOS FINOS
EMBOTELLADOS
DE MESA
MISTELAS Y
ESPECIALES

P.º de la ESTACION, 25

MANZANARES

(CIUDAD REAL)



La Mariposa

JUAN TOMAS SIMON y C.ª

FABRICA DE HARINAS
EXPORTACION ♦ SISTEMA
FRANCES Y BERENGER

LA SOLANA

PUBLICITAS

PIEL BOTONOSA

GRANOS ESPINILLAS

CUTIS SENSIBLES

Todos los defectos de su cutis desaparecerán con el uso constante del extracto

Glandermo

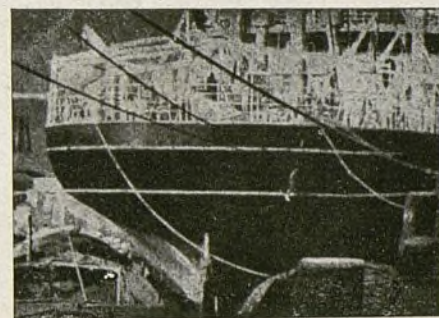
recobrando con ello un semblante de belleza y sana juventud.

DENYSE: Av. José Ant.º Primo de Rivera, 454 - Barcelona

ANTONIO BROTONS SEGARRA

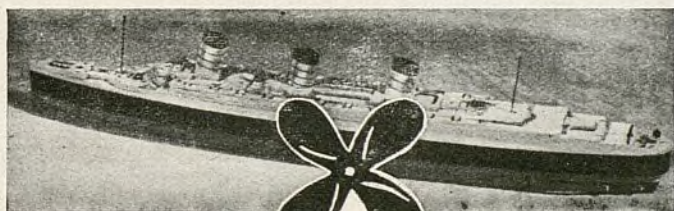


Exportador de Almendras
Especialidad en ALMENDRA
PLANETA y COMUNO
ORIHUELA (Alicante) España



HIGINIO MARIN FERNANDEZ

Fábrica de Cordelería de Esparto
CALASPARRA (Murcia)



HOLZAPFEL

Compañía Española de Pinturas
"INTERNATIONAL"

Fábrica en LUCHANA - ERANDIO - BILBAO

UNICOS AGENTES DE LAS PINTURAS PATENTADAS
Y FABRICANTES EN ESPAÑA • HOLZAPFEL
LAS MEJORES DEL MUNDO LAS DE MAYOR CONSUMO DEL MUNDO

PATENTE INTERNACIONAL para fondos de buques de hierro y acero.
COPPER PAINT para fondos de buques de madera.
COPPER PAINT EXTRA STRONG. La mayor garantía antiincrustante para el armador de buques de madera.
LAGOLINE. Pintura al barniz. La más resistente a la acción del aire y del sol.
DAMBOLINE. Supera al minio. Cubre 4-5 veces más. Seca más pronto.
PINTOFF. Quitapintura de acción rapidísima. Exento de ácidos.
Barnices aislantes eléctricos «INTERVOLT»: Para armaduras e inducidos, para cajas, para transformadores, para forrar y encasquillar, para cables, arrollamiento y bobinas; para núcleos y láminas, carretes, piezas de hierro.
Barnices dieléctricos.
Composiciones adhesivas «INTERVOLT». Composiciones para forrar y encasquillar, para cerrar condensadores, pilas, etc. Para tanques y cajas, etcétera, etcétera.
ESMALTES de todas clases. Barnices y esmaltes nitrocelulósicos, sintéticos, de secado a estufa, etc., etc.
Secantes líquidos. Argentola (pintura a base de aluminio, lista al uso).

Todas patentadas "HOLZAPFEL". Exija esta marca y no admita otras

Nuestras patentes son las de más duración, las mejores y, dados sus magníficos resultados, las más baratas

Depósitos en todos los puertos del mundo y abastecedores de las principales Compañías navieras, etc., etc.

Ibáñez de Bilbao, número, 8, 1.º - BILBAO

*Casa
Madurga*

(Nombre registrado)

LONAS - SACOS
TEJIDOS GRUESOS
Fábrica de Tejidos con
Tintorería propia
Hilados de Algodón

PROPIETARIO:

FRANCISCO
MADURGA
VAL

(Hijo y Sucesor de
Domingo Madurga)

FABRICA Y DESPACHO:

PASEO DE SASERA, n.º 3
(Junto a la Avda. del Gral. Mola)

Apartado 144 - Teléfono 1852

ZARAGOZA



FABRICA
DE
CALZADO

Calzados para Caba-
llero y Niño

VILLENA
(ALICANTE)

FRANCISCO
F L O R
HERNANDEZ



TUBOS

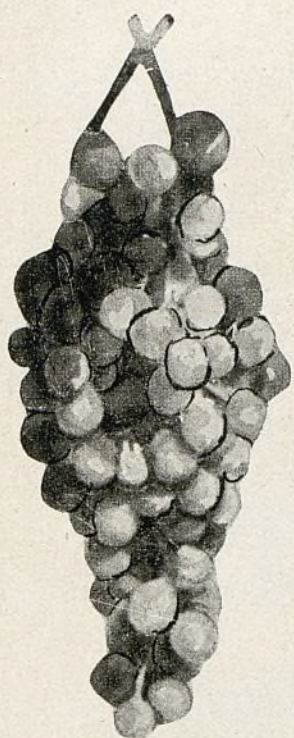
de acero estirado sin soldadura



SOCIEDAD ESPAÑOLA DE CONSTRUCCIONES

Babcock & Wilcox

Centrales Térmicas - Grúas y Transportadores - Construcciones Metálicas
Locomotoras y Automotores-Tubos de Acero estirado, soldados y fundidos **BILBAO**



**SALVADOR
BUENDIA**

COSECHERO
Y EXPORTADOR
DE VINOS
Vinos Finos de Mesa

Teléfonos: { Despacho, 126
Particular, 27

TOMELLOSO

RAMON VAZQUEZ

FABRICA DE ALCOHOLES
Y HOLANDAS - VAGONES
CUBAS EN PROPIEDAD



RODRIGUEZ

VINOS FINOS,
MISTELAS
Y MOSTOS
AZUFRADOS

TELEFONO III

TOMELLOSO
(CIUDAD REAL)

JOAQUIN CARRION

LA RODA

(Albacete)

COSECHERO Y EXPORTADOR DE VINOS
VINOS - ALCOHOLES - MISTELAS - CONCENTRADOS

Teléfono 84

Bodegas en LA RODA (Albacete), SOCUELLAMOS
(Ciudad Real) y SAN CLEMENTE (Cuenca)

**Heliodoro
Madrona**

Fábrica de

Cintas de Seda

y Algodón

Avenida de Orihuela, 25
(Portazgo)

TELEFONOS:

1128 Despacho

1325 Almacén

Telegramas y Telefonemas:
AGLOMERADOS

Apartado núm. 115

ALICANTE

LA METALURGICA LOGROÑESA



Depósitos Water



Tubería para bajada de aguas

CASA ELIAS

Calle del Cabo Noval • LOGROÑO

Calderería - Soldadura Autógena y Eléctrica
GRAN TALLER DE AJUSTE

Construcción de Bombas para Elevación de Agua y Riegos

FABRICACION DE ARTICULOS
PARA BODEGAS Y AGRICULTURA

Sumideros - Sifones - Solera - Trasfuegos - Hornillos
Ruedas para Carretillas - Luceros, etc., etc.

SOBRE PLANO Y PRESUPUESTO TODA CLASE DE PIEZAS DE FUNDICION
GRANDES FUNDICIONES A DIARIO DE HIERRO Y BRONCE
CONSTRUCCION DE MAQUINAS - MONTAJE Y REPARACION
TUBERIA PARA CONDUCCION DE AGUAS Y SUS ACCESORIOS

BOCAS DE RIEGO
REGISTROS PARA BOCAS DE RIEGO
REGISTROS PARA ALCANTARILLAS

FUNDICION DE PIEZAS DE TODAS DIMENSIONES

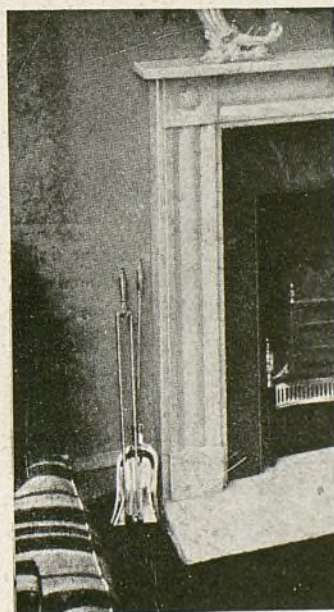


Grifería en general

Pidanse catálogos
ilustrados y notas
de precios



Sulfatadora, Pat. n.º 61946



MARMOLES Y PIEDRAS
CARLOS TORTOSA

Casa Central
MONOVAR (Alicante)
EXPLOTACION DE CANTERAS
Talleres ELECTRO-MECANICOS
para toda clase de trabajos
en MARMOL Y PIEDRA

Sucursales
LURGENA (Almería)
OLULA DEL RIO (Almería)
MADRID, O'Donnell, 34 - Tel. 60681
VALENCIA, Camino Viejo Picasent, 15.
Teléfono 11588

Oficina en QUERCETA - CARRARA (Italia)

*Marcelo
de Gracia
Nuñd*

ALMACENES SALAZONES
COLONIALES, CEREALES
HIERROS Y CARBONES
MINERALES

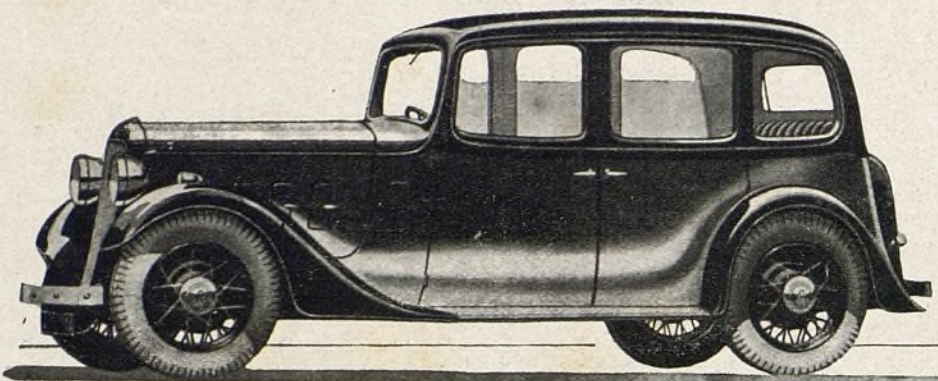
c/c BANCO HISPANO
NO = AMERICANO
VALDEPEÑAS
ESPAÑOL DE CRE-
DITO = POPULAR
PREVISORES
DEL PORVENIR

Telegramas
Marcelo Degracia:

TELEFONO 20

Almacenes
BAJA 1.ª, 14 y 16

S.ª CRUZ de MUDELA
(CIUDAD REAL)



Servicio permanente, abonos - Engrases especiales con los más modernos aparatos para autocares y camiones de gran tonelaje - La estación más céntrica

Aguado

ESTACION SERVICIO

Estación de engrase
Abastecimiento de Gasolina
Gas-Oil. Lubrificantes
CADIZ, 92 - TELEF. 18663

VALENCIA



PRODUCTOS ALIMENTICIOS

MEIVEL

Chocolates, Purés, Sémolas y Arroces Selectos. Derivados de Arroz

ARROCERIAS BELLOCH
BENETUSER (VALENCIA)

VICENTE



Roda

FABRICANTE DE CALZADO

TELEFONO 15076
SAN JACINTO, 25, BAJO

VALENCIA

Carrocerías

J. Pastor

C. Dr. Sunsi, 30 • Teléfono 14868

VALENCIA

FARMACIA
C. PEREZ

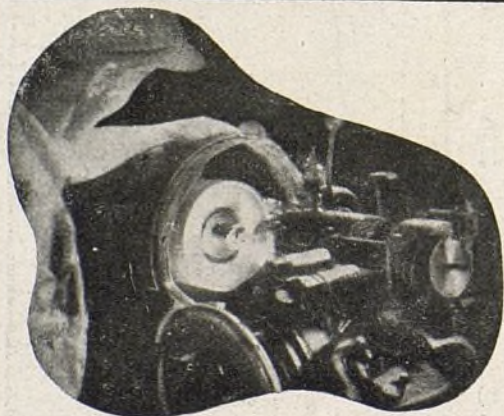
SOBERANIA, 24
(PLAZA MERCADO)

UTIEL
(VALENCIA)



José Solá Lagarriga

FABRICA DE ALCOHOLES
UTIEL (Valencia)



Elaboración de
chapas a cuchillas
PLANAS
Y TORNOS

Sierra sin fin automática para grandes piezas, única en Valencia

Fábrica: Camino
Tránsitos (entre San
Vicente y Jesús)
Teléf. núm. 11036

Almacén y Despacho:

Calle de Lepanto, núm. 9 - Teléf. 13227 - VALENCIA

VDA. DE ERNESTO VALLÉS

ARTURO
PONS
IBÁÑEZ

FABRICA DE ANISADOS
LICORES Y JARABES

JATIVA
(VALENCIA)

Coloniales



Almacén de Ultramarinos
COLONIALES Y SALAZONES

JOSE ANTONIO, 63
Teléfono núm. 95

UTIEL (Valencia)

UNION COMERCIAL
UTIELANA, S. A.



Cristobal Pons Ruiz

Fábrica de Licores, Anisados y Jarabes. Licor Kola-Kola. Anís Navarro. Coñac Granero - Camino Real Madrid, 90 - Telef. 59 - Bene BENETUSER (Valencia)

DESTILERIAS
BENEDITO

LICORES,
JARABES
Y ANISADOS

TELEFONO 1

CASA FUNDADA EN 1889

BENETUSER
(VALENCIA)

BARTOLOMÉ Alcaráz

FABRICA DE JABONES
JATIVA (Valencia)

JULIAN GUERRERO

Bodegas: Ntra. Sra. de la Salud y Nuestra Sra. del Remedio. TEJERIA, fabricación de baldosas, materiales de construcción y azulejos de todas clases - TELEFONO 4

UTIEL (Valencia)



Servicio oficial de Autobuses de Valencia a Madrid y viceversa

BAR - RESTAURANT "CASTILLO"
ALEJANDRO ROMEO

Se sirve a la carta y recibe encargos para arroz a la marinera y paellas. Vinos y aguas minerales. Cubierto desde 3 pesetas en adelante. Especialidad en PAELLAS INDIVIDUALES a 3 pesetas.

TELEFONOS 20 Y 84 :: JOSE ANTONIO, 88

UTIEL (Valencia)



RAMON FERRER GARRIDO

PIELES - LANAS - ZUMAQUES

LA RODA

Albacete



RAFAEL Y MATEO VALIENTE

VINOS, MISTELAS Y CONCENTRADOS
FABRICACION Y RECTIFICACION DE
ALCOHOLES VINICOS

TELEFONO NUM. 9

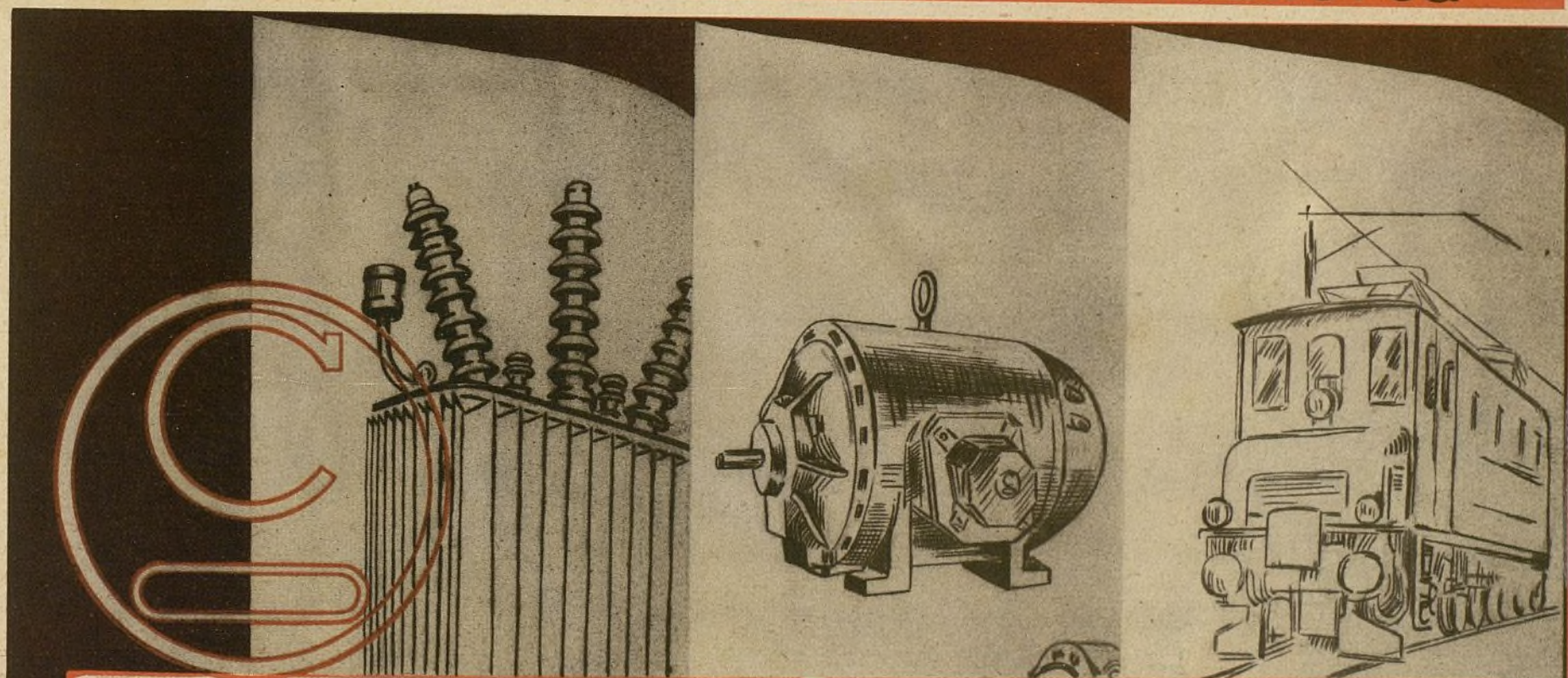
SOCUELLAMOS
(C I U D A D R E A L)

USE

CALZADO



Fabricante: Pedro y José Tascón Ortega
Palma de Mallorca



Constructora Nacional de
Maquinaria Eléctrica

Fabricas en

Córdoba y

Reinosa.

Ayuntamiento de Madrid

ELCHE
(A L I C A N T E)



RIPOLL HERNANDEZ & CIA.

FÁBRICA DE
L O N A S
CINTAS Y PISOS DE
GOMA - CALZADOS COSIDO
BLACKE Y VULCANIZADOS
TELÉFONOS: 24, 25 Y 55

Ripoll
MARCA REGISTRADA

Ayuntamiento de Madrid

W. E. VELASCO

REVISTA NACIONAL DE LA FALANGE ESPAÑOLA TRADICIONALISTA Y DE LAS J.O.N.S.